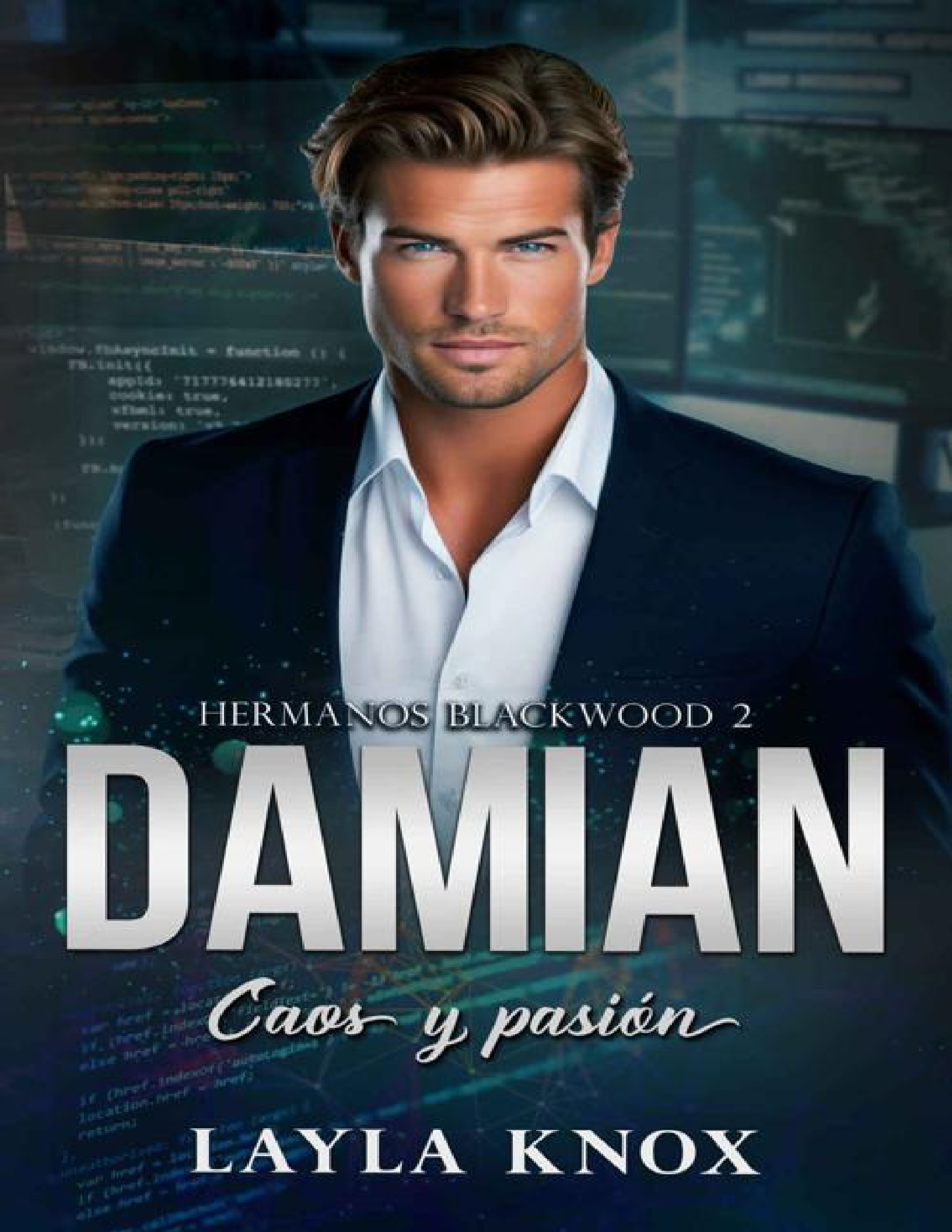
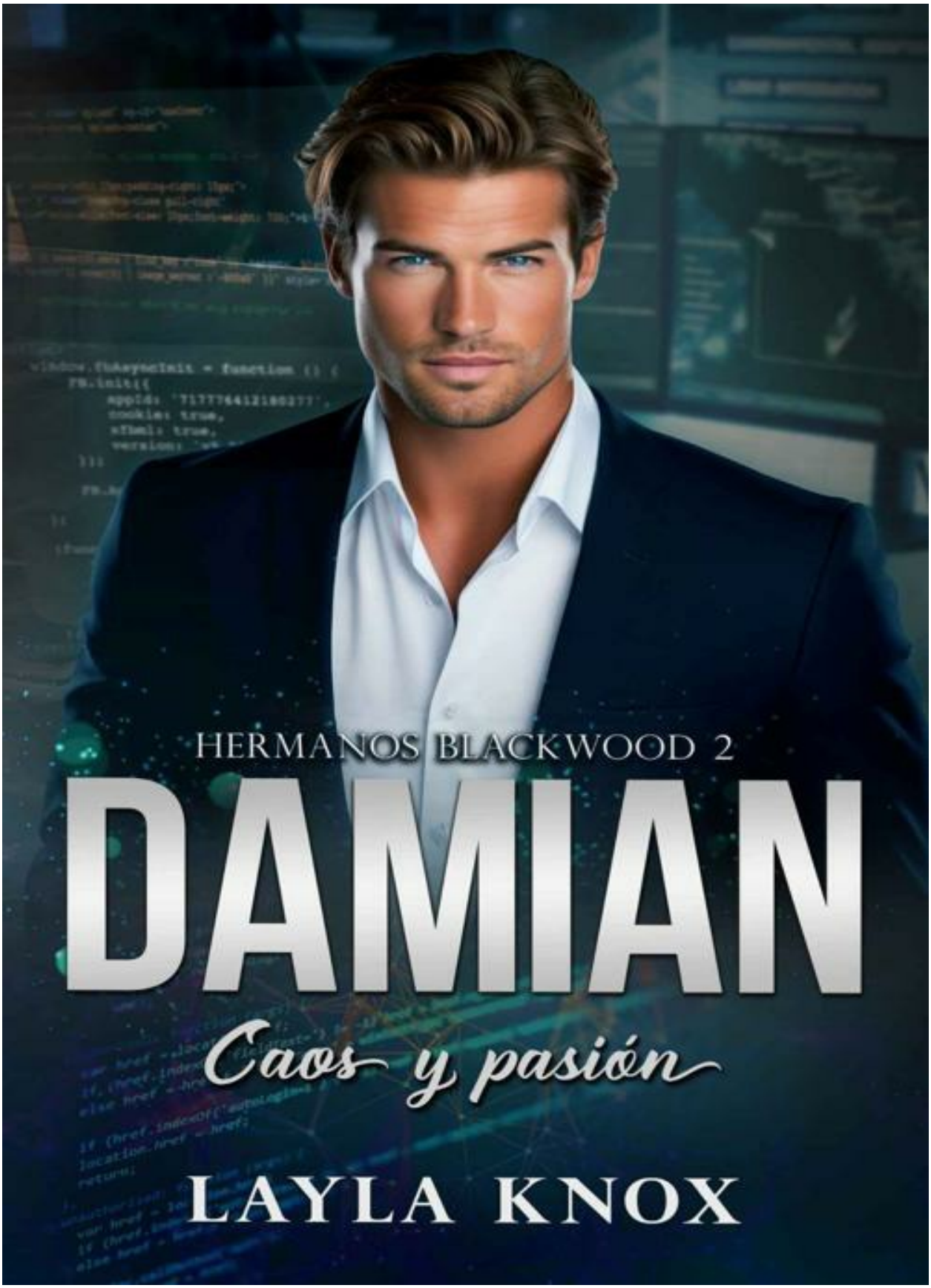

HERMANOS BLACKWOOD 2
DAMIAN
Caos y pasión
LAYLA KNOX


HERMANOS BLACKWOOD 2
DAMIAN
Caos y pasión
LAYLA KNOX

# DAMIAN
# CAOS Y PASIÓN

## Hermanos Blackwood II

Título: *Damian. Caos y pasión.*
© 2025, Layla Knox
Del diseño de la cubierta: 2025, Calice Design
Primera edición: 2025, marzo.
Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyrightal no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

**Para todos los que buscan a su polo opuesto.**
**Y si ya lo has hecho, no lo dejes escapar.**
**El amor es la única fuerza capaz de mover el mundo,**
**así que AMA.**
**Cómo, cuándo, dónde y a quién quieras.**
**Pero AMA.**

# Índice

Prólogo
1. Damian
2. Abigail
3. Damian
4. Abigail
5. Damian
6. Damian
7. Abigail
8. Damian
9. Damian
10. Damian
11. Damian
12. Abigail
13. Damian
14. Damian
15. Abigail
16. Damian
17. Abigail
18. Damian
19. Damian
20. Abigail
21. Damian
22. Damian
23. Damian
24. Abigail
25. Damian
26. Damian
27. Damian
28. Abigail
29. Damian
30. Abigail
31. Damian
32. Damian
33. Abigail
34. Damian
Epílogo
Nota de autora
Biografía

# Prólogo
# Damian

Miro de nuevo a Dayana y me repito que esto es lo correcto. Mi hermano lo necesita, y si hay alguna forma de demostrar su inocencia, la encontraré. Cueste lo que cueste.

—¿Estás seguro? —pregunta Dayana mientras se quita los guantes y las vendas.

—No encuentro otra manera —respondo, tocándome las tiras blancas que envuelven mis manos.

—Te aseguro que es una persona discreta. Nadie sabrá cómo has obtenido los vídeos… si es que existen. Primero debemos asegurarnos de que estén ahí.

Asiento. No puedo decir que me sienta orgulloso de lo que estoy a punto de hacer; al contrario, me siento mal. He mandado mis principios al carajo y espero que mi carrera no se vea afectada.

Dayana se levanta y me pone una mano en el hombro.

—¿Confías en mí?

—¡Claro! ¿Qué pregunta es esa?

Mi tono molesto no pasa desapercibido para ella, que sonríe en agradecimiento.

Conocí a Dayana hace más de un año, cuando llegó al gimnasio donde entreno. Michael me dijo que tenía un nuevo contrincante. Al ver que era mujer, me negué a pelear con ella. Se enfadó y terminó dándome un puñetazo que me dejó en silencio. Desde entonces, hemos forjado una amistad, apoyándonos en momentos complicados. Por eso se ha ofrecido a ayudarme a limpiar el nombre de mi hermano pequeño, Ethan, que ahora está lejos por algo de lo que no es culpable. Mi único trabajo es demostrar su inocencia, y por mis huevos que lo haré, caiga quien caiga.

—Déjame a mí —dice, sacándome de mis pensamientos.

—Esto no es legal —respondo, intentando justificarme.

Dayana se cuelga la mochila al hombro y me lanza una mirada que no sé descifrar.

—Eh, eh, grandullón —me llama, y sonrío al oírla. Siempre tiene un apodo para mí, aunque este es el que más usa—. Te aseguro que nadie se enterará y tendrás lo que quieres. Mi colega es… ¡increíble! Este es el único modo.

—Lo sé. —La veo darse la vuelta para marcharse—. Dayana —la detengo—. ¿El pago…?

—No te va a salir barato, eso te lo aseguro.

—No importa. La libertad de mi hermano no tiene precio.

—Ya te avisaré en cuanto tenga su respuesta.

Asiento, y se va.

Resoplo.

Espero que esto salga bien o mi reputación como abogado y, sobre todo, como hermano, se irá al traste, al igual que lo está haciendo el resto de mi vida.

1

# Damian

Un año después.

Estoy de pie frente al ventanal, observando las luces de la ciudad y el ir y venir de coches en la avenida. Julian suspira y se hunde aún más en el sofá. Me giro y nuestros ojos se encuentran. Él es la imagen de la despreocupación: sentado con las piernas abiertas, una cerveza en la mano y esa sonrisa que nunca borra de su cara, sin importar la importancia de la conversación. Lleva aquí unos treinta minutos y llegó sin avisar. No sé de qué me sorprendo; cuando me llamó por un asunto de trabajo, debió notar algo raro en mi voz. No mencionó nada, pero se desvió hasta mi casa.

—Entonces, ¿vas a hacerlo o no? —pregunta tras un rato de silencio, esperando una respuesta.

Juguetea con la botella como si el tema no le importara, aunque ambos sabemos que es pura fachada.

—No lo sé. Es lo correcto. —Mi respuesta sale seca.

Llevo un tiempo sintiendo que mi vida es un maldito tablero de decisiones y esta no será diferente.

Julian suelta una risa corta, incrédula.

—Ah, ya empezamos. El gran Damian con su análisis exhaustivo. —Resoplo—. Mierda, ¿cuándo fue la última vez que hiciste algo sin pensártelo doscientas veces?

No le contesto porque sabe la respuesta. Para él, todo es simple y rápido, sin esas interminables capas de consecuencias que yo siempre tengo que desenterrar.

—Damian… estarás muy jodido si lo haces.

Sus palabras me sorprenden; la seriedad con la que habla no es propia de él. Aprieto los labios y cruzo los brazos. No puedo darle la razón ni quitársela. No es tan sencillo como un sí o un no. Hay más en juego.

—No es lo que quiero, pero… Me siento responsable.

—Tú y tus responsabilidades.

Me paso la mano por la cara y me acerco al mueble de las bebidas. Me sirvo un whisky solo.

—La vida es eso: tomar decisiones y ser responsable.

—¿Responsable? —Julian alza una ceja, incrédulo—. No eres un puto héroe de Marvel. No tienes que rescatar a nadie. Resoplo de nuevo. Estoy molesto porque no sea capaz de ponerse en mi lugar—. Solo intento hacerte ver que tienes más opciones —continúa, esta vez más serio—. Y elegir eso... Bueno, sería un error, una cagada épica.

—¿Y por qué sería un error? —pregunto, sabiendo que la respuesta no me gustará.

—Porque vas a acabar jodido, eso está claro. Te conozco. Eres como un maldito robot: metódico, frío y calculador. Pero si saben tocar donde te duele, te desarmas. Y ya sabes lo que pasa cuando eso ocurre.

—Esa no es la cuestión —respondo tras un breve silencio.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿qué es? Desde donde lo veo, estás a punto de lanzarte a un puto agujero negro y no veo la cuerda que te ayudará a salir.

—Es solo que... no puedo ignorarlo —digo, con la misma frialdad de siempre. No tengo mejores palabras para describir lo que siento.

Julian se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—Escúchame bien: va a salir mal. Y cuando digo «mal», me refiero a una jodida tormenta de mierda. No me apetece verte atrapado ahí de nuevo.

Sus palabras me atraviesan, pero no lo suficiente para cambiar mi decisión. A veces, no se trata de lo que quieres, sino de lo que tienes que hacer.

—Aún lo estoy decidiendo —le aclaro.

Julian inspira con fuerza, frustrado.

—Tío, no puedes meterte en ese infierno otra vez y pensar que va a ser diferente.

—Lo sé —contesto, aunque ambos sabemos cuál es mi decisión.

El silencio se instala entre nosotros. Doy un trago al whisky y lo apuro. Mientras, Julian no me aparta la vista. Deja la cerveza sobre la mesa.

—Y hablando de apuestas jodidas —dice, reclinándose en el sillón—, ¿qué hay del curro con Nassef? Ya me he enterado de que te quiere en la empresa. ¿Qué vas a hacer?

Julian, impredecible, cambia de tema de forma tan radical que parece que la conversación anterior fue solo una interrupción en su eterno monólogo sobre lo fácil que es la vida.

Suelto un suspiro. Sabía que este tema iba a salir tarde o temprano. Nassef me ha ofrecido un puesto en su reciente adquisición, Elysium, un gigante de la moda con reconocimiento mundial. Eso es algo que no esperaba y que no estoy seguro de querer aceptar.

—No he decidido nada —contesto.

Julian se ríe entre dientes.

—¡Joder!, eres una puta máquina. Deja de analizarlo todo, capullo.

—Es más complicado de lo que parece —digo, perdiendo la paciencia—. No se trata solo de aceptar un trabajo. Hay muchas cosas en juego.

—Bah, son excusas —interrumpe, haciendo un gesto con la mano—. Si yo fuera tú, ya estaría en el despacho de Nassef con el contrato firmado y un whisky en la mano.

—Tú no eres yo —le replico, dejando que una pizca de molestia se filtre en mi tono.

Julian sonríe como si hubiera ganado una pequeña batalla.

—Menos mal, porque si lo fuera, no me aguantaría ni yo mismo.

# 2

# Abigail

Estoy sentada en mi escritorio, mirando los códigos que parpadean en la pantalla de mi ordenador. Las líneas de datos fluyen como si fueran extensiones de mis pensamientos. El silencio me rodea y eso me da vida. Este pequeño rincón de mi apartamento es donde me siento más cómoda, porque aquí tengo todo lo que necesito. Aunque muchos no lo entienden, así es mi mundo, uno de bytes y ceros, donde el caos tiene una lógica inquebrantable y cada tecla esconde una respuesta.

Mi concentración se interrumpe por la vibración del móvil. Es Dayana. Un suspiro se escapa de mis labios. Me ha llamado tres veces en media hora. Sabe que por las tardes trabajo, ¿por qué insiste? Mientras se descifra el último código, desisto y descuelgo. Sé que no parará hasta que conteste.

—Abi, tenemos que hablar. No quiero excusas —dice más tajante de lo habitual.

Frunzo el ceño. No me apetece dejar lo que estoy haciendo para calmarla. Irónico, porque siempre ha sido la racional, la que controla sus emociones.

—¿Hablar? ¿De qué? Estoy ocupada con mis proyectos —respondo mientras veo que parte del código se desencripta.

Mis dedos vuelven a moverse por el teclado casi de manera automática. Sé que Day está oyendo el clic de las teclas y se está poniendo de los nervios.

—Pues, precisamente, de eso. De tus proyectos —replica—. Sé que te estás metiendo en algo peligroso, Abi. Así que deja lo que estés haciendo y mueve tu culo hasta aquí. ¡Ahora!

Su orden me sobresalta. Day siempre ha sido sobreprotectora, especialmente desde que le conté mis «actividades secundarias», que ya no son tan secundarias desde que dejé el empleo que tenía. Pero por más que le explico, no entiende la magnitud de lo que hago. Para ella, es peligroso. Para mí, es un reto.

—Day, sabes que controlo esto. No estoy jugando. Tienes que entender que lo que hago es delicado, aun así, puedo manejarlo —le aclaro, eligiendo cada palabra con cuidado, sabiendo que no la convenceré con tecnicismos.

—¡¿Quéé?! —El volumen de su voz sube—. ¡¿Es que quieres acabar como papá?! Eres una inconsciente y una egoísta.

Su reprimenda es intensa.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que me ponga a servir cafés en un Starbucks?

—Pues no estaría mal…

—Day… —la reprendo.

—Hablo en serio. Lo único que quiero es que estés bien.

—Lo tengo todo controlado, Day. Deja de preocuparte por cosas absurdas.

Cuento hasta tres, esperando el grito que sé que vendrá. Siempre que sale el tema «trabajo de Abi», ella hiperventila y me insiste en que me dedique a otra cosa.¡Yo no le digo que deje de dar mamporros, aunque un día le rompan la nariz! Se la curaré cuando eso ocurra y listo.

—No, Abigail, no está bajo control cuando recibo llamadas extrañas en plena madrugada. Gente que pregunta por ti. Tipos que no dan su nombre y que claramente no deberían interesarse

por mi hermana pequeña. Así que no me vengas con «todo está bajo control», porque no lo está.

Mis dedos se detienen de inmediato.

—¿Quién te ha llamado? ¿Qué han…? —pregunto, sintiendo que mi pulso se acelera.

—No lo sé, Abi. Solo dijeron que querían hablar contigo. ¿Me explicas cómo han dado con mi número?

—No lo sé, pero ten por seguro que lo averiguaré.

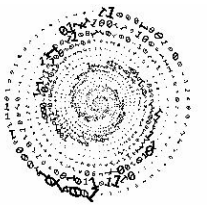
—Abi… —me advierte.

—Está bien, está bien —cedo, apagando la pantalla del ordenador—. Voy para allá. No te preocupes, será un malentendido. He sido cuidadosa. No te pongas paranoica.

—Eso espero. Y sí, me pongo como me da la gana, sobre todo si te has metido en algo que no puedes manejar. Nos vemos en casa.

Cuelgo y me quedo en silencio, mirando la pantalla apagada. Un escalofrío recorre mi espalda. Mis proyectos recientes son más intensos. Estoy tocando redes difíciles y códigos de alta seguridad . ¿Serán esos tipos los que han localizado a Day?

Levanto la vista y miro mi reflejo en el cristal de la ventana. Day nunca ha comprendido lo que hago y, aunque tiene razón en que tal vez se me esté yendo de las manos, sé que no dejaré de intentarlo.



Cuando llego a su casa, el aire se siente tenso. Este lugar siempre ha sido un refugio, pero hoy la inquietud se filtra en cada rincón. Voy directa a la cocina, de donde proviene el ruido. En cuanto entro, se vuelve hacia mí, mirándome con dureza.

—Me alegra que hayas venido —dice, dejando caer la bolsa de hielo que tiene en las manos.

La observo un segundo antes de responder.

—Ya me tienes aquí. ¿Y ahora qué?

—Quítate ese aire de suficiencia, Abi. Esto es serio.

—No tengo aire de suficiencia —respondo, sentándome en la encimera y cruzando las piernas —. Seguro que estás exagerando.

—¿Exagerando?

Dayana me mira, visiblemente irritada. Su paciencia se agota.

—Sí.

—He recibido llamadas preguntando por ti. Y no eran las típicas de trabajo. Esa gente sabe cosas que no deberían saber. ¿En qué te has metido, Abi?

—Day, confía en mí. No es la primera vez que me muevo en estas aguas. Sé cómo mantenerme fuera de la vista.

Aunque al principio me sorprendió, luego ya no. No es raro que hayan llamado aquí. Hace solo un año que me mudé y muchos siguen pensando que vivo aquí. Dayana es una exagerada.

—Ese es el problema, que te crees invisible. ¡Pero no lo eres! Y menos para ese tipo de gente —responde, golpeando la bolsa de hielo. Sus nudillos se enrojecen.

—¡¿Qué haces, so bruta?! —exclamo al verla.

—No puedes jugar con fuego y esperar no quemarte.

Me muerdo el labio. Day tiene razón en parte y, pese a que no quiero preocuparla, siento que esta vez es diferente. Siempre he sido cuidadosa, sin embargo, el tono de su voz me hace dudar.

—Dime exactamente qué te dijeron en esas llamadas —le pido, intentando sonar seria.

Dayana suspira y se cruza de brazos junto a mí.

—La primera fue hace tres días…

—¡¿Y no me lo dices hasta ahora?! —reclamo.

—Pensé que sería algo puntual. —Le indico que continúe—. Era un tipo con un acento que no pude identificar. Me dijo que estaba buscando información sobre ti, «sabía» que trabajabas en algo importante. No dio detalles. Las otras dos llamadas han sido hoy. Mencionaron cosas sobre nuestro pasado… sobre papá y su trabajo.

Eso hace que mi corazón dé un vuelco. Eso solo puede significar que han trazado una línea hacia mí.

—Está bien —respondo, intentando mantener la compostura—. Te prometo que averiguaré quiénes son.

Dayana me lanza una mirada incrédula.

—No es suficiente, Abi. Debes ser más cautelosa.

—¡Lo soy!

—No quiero que estés sola hasta que todo esto se aclare.

—No me quedaré aquí si es lo que estás insinuando —replico a la defensiva—. Además, hoy tienes esa reunión con tus amigos de élite, ¿no?

—Es algo informal. Solo diez o doce personas. No es necesario que te unas, solo… quédate, así sabré que estás a salvo, por favor.

Levanto una ceja. Quiero negarme, pero no puedo.

—De acuerdo, solo esta noche —digo, consciente de que, aunque Day tiene buenas intenciones, este no es un juego que pueda controlar y es mejor que esté lejos de mis asuntos.

# 3

# Damian

Estoy apoyado en la barandilla, mirando la piscina y preguntándome qué carajo hago aquí. No me gustan los eventos sociales y solo acudo a los estrictamente necesarios y lo hago por trabajo. Dayana siempre insiste en invitarme y yo nunca acepto. Sin embargo, su tono preocupado y lo distraída que ha estado estos días me hicieron sentir pena al negarme de nuevo, así que aquí estoy.

El silencio de este lugar tiene un efecto curioso en mí, quizás solo la necesidad de desconectar tras una semana agotadora. Las luces reflejadas en el agua me hipnotizan y apenas oigo las voces que vienen del interior de la casa.

El crujido de la puerta trasera me saca de mi ensoñación. Levanto la vista y veo a una joven que me pone a la defensiva: no ha estado en la cena.

Lleva jeans rotos y una sudadera enorme, sin importarle lo que piensen de ella, teniendo en cuenta el atuendo de los que están esta noche aquí. La observo mientras camina hacia la piscina, despreocupada.

Se inclina para sentarse en una de las hamacas.

—¡Madre! —exclama al darse cuenta de que estoy detrás—. ¡Qué susto! —ríe, llevándose la mano al pecho.

Fijo la vista en su rostro delgado, de pómulos marcados y labios finos. Sonrío al ver su sorpresa. Sus ojos, abiertos de par en par, son intrigantes, una mezcla de desafío y vulnerabilidad.

—Pensé que todos estaban dentro —añade, con una media sonrisa que no logro descifrar.

—No soy de multitudes —respondo, girando el vaso vacío entre mis manos.

Ella asiente y se da la vuelta. Tras unos segundos, se gira de nuevo, observándome como si decidiera algo sin decirlo.

—Soy Damian Blackwood, encantado —me presento, sin saber por qué lo hago. Extiendo la mano de manera cordial.

No responde ni me la estrecha, solo se recuesta en la hamaca.

—Hola —dice al cabo de unos segundos, rompiendo el silencio incómodo.

Nos quedamos callados: ella mirando el agua y yo observándola. ¿De qué va esta chica? Parece no preocuparse por las normas sociales.

—Soy su hermana —dice al fin—. De Dayana.

—¿Hermana de Dayana? —repito.

No era tan difícil adivinarlo. Son opuestas, pero hay rasgos similares en ambas.

Al oírme, se vuelve y me observa con atención, frunciendo una ceja de forma graciosa.

—¡Vaya!, ¿ya te habías dado cuenta? ¿Qué me ha delatado, mi estilo o mi actitud? —El sarcasmo rebosa en su voz.

No puedo evitar sonreír, algo raro en mí con desconocidos.

—La mirada —respondo—. Es igual de desafiante.

—Observador —apunta, divertida con este tira y afloja.

—Gajes del oficio —añado, elevando los hombros—. En serio, os parecéis.

Nuestros ojos se encuentran por un instante.

—Yo no soy como ella, yo no peleo con guantes —dice, desviando la mirada hacia la piscina.

No puedo evitar sentir curiosidad. ¿De qué está hablando?

—Ah, ¿no? Entonces, ¿a qué te dedicas? —le pregunto, esperando una respuesta sencilla.

Se encoge de hombros y, mirándome de reojo, lanza una sonrisa casual.

—Nada tan interesante como boxear —responde, como si esa fuera toda la explicación necesaria.

Antes de que pueda decir algo, Dayana sale al patio.

—Hey, grandullón, te estaba buscando… —me dice, pero se detiene al ver a su hermana—. ¡Vaya! Ya os habéis conocido —añade, sonriendo.

Abi me lanza una mirada rápida antes de responder.

—Más o menos —contesta con ironía.

Frunzo el ceño, curioso.

—No mucho. Ni siquiera me has dicho tu nombre —recalco.

Se ríe con naturalidad.

—¿Piensas decírmelo en algún momento de la noche? —cuestiono, casi retándola.

Me mira a los ojos, con esa media sonrisa intrigante.

—Abigail. Abi para los amigos. Un placer —responde, extendiendo la mano para saludarme.

La acepto, y ese breve contacto parece tener más peso del esperado.

—El placer es mío, Abi.

La miro serio, esperando su reacción al escuchar su diminutivo. No pasa nada. Maldigo en silencio al darme cuenta de que tengo más curiosidad de la que quisiera admitir por saber a qué se dedica la hermana pequeña de Day y por qué evita el tema .

—No la intimides, Damian. Abi es dura, aunque no tanto como yo —bromea Dayana, dándome un ligero golpe en el brazo.

Ella sonríe.

—No te preocupes, Day. Ya deberías saber que no me asusto con facilidad —responde Abi con calma inquietante.

Me quedo en silencio mientras Dayana la mira con reproche. Mi atención permanece fija en ella. Mi instinto nunca me falla y ahora me dice que ambas ocultan algo...

4

# Abigail

Le hago caso a mi hermana y me siento junto a ella, anticipando la charla. Dayana me observa con los brazos cruzados.

—¿Vas a hablar o prefieres que juguemos a las adivinanzas? —pregunta, usando ese tono severo que me asustaba de pequeña.

—Jugar a las adivinanzas contigo siempre ha sido divertido —levanto una ceja.

—Déjate las historias, Abi. Pensé que cambiarías de opinión estando aquí, en casa y…

—¿Lejos de todo lo que soy? —Al notar su culpa, desvía la mirada—. No importa dónde esté, Day. Yo soy así, eso es lo que no entiendes. No soy papá. Métetelo en la cabeza.

Ella sigue sin mirarme. Siento un leve malestar por decirle esto, pero disfruto de mi trabajo, igual que ella disfruta del suyo, aunque yo no lo entienda.

—No puedo evitar preocuparme. Sé que algo va mal. Te están buscando.

Finalmente, me mira. No está enfadada; está decepcionada porque no le hago caso.

—Quédate tranquila, ¿de acuerdo? No es nada que no pueda manejar —le digo.

Mi hermana frunce el ceño; no está convencida.

—Al menos cuéntame qué coño has hecho para que intenten localizarte. —Niego con la cabeza—. Abi, esto es la vida real. ¡Espabila! No es un puto videojuego. Aquí, si te matan, ¡se acabó! ¿Lo entiendes?

Me tenso, tanto que mis dientes chirrían.

—No puedo… —suspiro, cargando con el peso de la situación—. No puedo decirte nada, salvo que son personas que no juegan limpio y que algo importante está en juego.

Dayana se inclina hacia adelante y clava sus ojos en los míos.

—¿Algo grande? ¿Para quién? Tú no ganas nada, solo pasta. Y encima, ¿para qué? Para vivir en un cuchitril en el Bronx, podrías tener una mansión en… no sé, Beverly Hills.

—¿Qué dices? No me mudaría tan lejos de ti.

—Abi… —me riñe.

—Está bien. Ahí paso más desapercibida. Además, me gusta mi cuchitril.

—¿Trabajas para alguna mafia?—Niego. ¿Está loca? ¿Acaso cree que el dinero me ha corrompido tanto?—Abi, por favor…

Solo hago trabajos freelance, algunos por debajo del radar.

Mis palabras suenan vacías incluso para mí.

«Técnicamente, no es mentira», pienso, intentando sentirme mejor.

Dayana me observa, evaluando cada palabra. Finalmente suspira y se pasa la mano por el cabello.

—Solo quiero que estés segura. Esto no es un juego, Abi, y tú siempre actúas como si nada pudiera pasarte.

—Lo sé, lo sé. Te lo agradezco, pero puedo cuidarme. No soy una niña.

Me levanto del sillón y empiezo a caminar por la habitación, sintiendo el aire pesado al respirar. Mentirle a mi hermana nunca me ha gustado, pero necesito que deje de preocuparse y, sobre todo, que deje de preguntar.

—Eso ya lo sé. —Dayana se levanta y se acerca a mí. Sé que no la he convencido—. Solo espero que tu instinto de Robin Hood no te explote en la cara —dice, abrazándome por la espalda.

—Day —murmuro, pasando mis manos sobre las suyas para corresponderle. Ella levanta la barbilla, que apoyaba en mi hombro—. Te quiero, aunque seas una gruñona.

—Y yo a ti, a pesar de que seas una cabeza hueca —me responde tras unos segundos en silencio.

Ambas soltamos una carcajada, aliviando la tensión.



—Anoche conociste a Damian. ¿Qué te pareció?

Su pregunta casi me atraganta.

—¿Damian? —dejo caer el tenedor—. ¿Y por qué debería parecerme algo?

Dayana se encoge de hombros, con esa sonrisa peculiar que aparece cuando tiene alguna idea descabellada rondándole la cabeza.

—No sé, tenéis mucho en común, ya sabes…

—No, no lo tenemos. —Pese a que sé que estoy mintiendo y ambas lo sabemos—. Yo no hablo de eso y él no tiene ni idea de que fui yo quien lo ayudó. Entre otras cosas, porque tú no quisiste decírselo y prefieres que mis «actividades» sean «invisibles».

—Vaya… ¿te pones a la defensiva? Eso me da que pensar… Creo que te pareció interesante…

Su tono malicioso y pícaro me incomoda.

—Interesante es una forma amable de decirlo —replico—. Es el típico tipo que parece llevar corbata hasta cuando duerme.

De repente, recuerdo la conversación junto a la piscina. No voy a admitirlo, pero había algo en él que me removió por dentro. Sentí que intentaba descifrarme a la vez que mantenía las distancias. Me planteé que sí que sabía quién era yo y lo que nos unía, aunque descarté la idea rápido. Dayana jamás le contaría nada.

—¿Eso es lo que piensas? —Una sonrisa divertida se asoma en su rostro—. Damian no es tan perfecto como parece.

—¿Intentas emparejarme con él? —bromeo, aunque sueno más curiosa de lo que debería. Dayana se ríe, negando con la cabeza—. Menos mal. No es mi tipo —digo, casi ahogándome con la mentira.

Es cierto, los tipos como Damian no suelen atraerme; sin embargo, él me interesa y me pone a partes iguales. Esos ojos claros, el pelo oscuro, siempre bien peinado. Su traje, su corbata… Todo en él desprende seguridad.

«Sí, definitivamente, me interesa», admito, notando cómo cierta parte de mí se despierta después de mucho tiempo.

Me pregunto por qué alguien como él me provoca de esta forma. Tal vez sea porque, tal y como ha dicho Day, su fachada oculta un fondo más intenso y, en el fondo, es un justiciero al igual que yo.

—Es alguien interesante, digas lo que digas, y tú no sueles *cruzarte* con gente así. Hasta diría que no te *cruzas* con nadie desde hace meses. —Hace un gesto obsceno con la mano que deja claro a qué tipo de «cruces» se refiere.

Suelto una carcajada y vuelvo a tomar el tenedor.

—No voy a hablar de mis *cruces* contigo…

Una sonrisa permanece en mi cara mientras termino de comer.

¡Vaya con la casamentera!

5

# Damian

Me alejo el teléfono del oído y suspiro. No tengo ganas de hablar. Son las cuatro y llego tarde a una cita importante con un accionista. Nassef me ha pedido que lo acompañe y es la primera vez que me confía algo así. Contengo el aire antes de volver a acercarme el móvil. La voz del otro lado sigue hablando, cada palabra retumba en mi cabeza. Sé que no está bien sentir esta frustración, pero ¡joder!, es inevitable.

—Ahora no puedo, ¿de acuerdo? —respondo de manera cortante—. Estoy ocupado.

Guarda silencio un instante, lo suficiente para que me sienta el villano de la historia. Sé que debería enfrentar este tema, aun así, tengo otras prioridades.

—No, no estoy complicando nada —me defiendo, cuando retoma la cantaleta de siempre. Aprieto los dientes intentando descargar así mi malestar—. Solo te he dicho que no es el momento.

Otra pausa.

—Voy a colgar. Estoy llegando a la oficina.

No espero respuesta antes de cortar la llamada y deslizar el teléfono en mi bolsillo. Otra discusión sin sentido. Cada vez que esto ocurre, el peso de las palabras de Julian vuelve a colgar sobre mí como una nube oscura. ¿Tormenta de mierda me dijo? Esto es un puto huracán sin fin. Tengo que resolverlo y, pese a saberlo, siempre lo pospongo porque no sé cómo hacerlo.

El bullicio de Nueva York me envuelve, convirtiéndose en mi único escape. La ciudad que nunca duerme; sin embargo, hoy me siento fuera de sintonía. Me concentro en la multitud que se mueve a mi alrededor, dejando atrás la tensión de la llamada y enfocándome en lo que de verdad importa: mi reunión con Nassef. Mientras camino, aparece en mi mente la imagen de Abi, tumbada en la hamaca. Esa sonrisa fácil, esos ojos brillantes... Hace tres días que la conocí y no puedo quitármela de la cabeza. Me irrita. Cada vez que su rostro se cuela en mis pensamientos, intento, sin éxito, desecharlo.

Me paso la mano por el rostro, frustrado. Siento una tensión extraña en el pecho, como si estuviera luchando contra algo que no logro identificar. No es solo su imagen, es su forma de ser: despreocupada, suelta… Esa manera de hablar como si nada en el mundo le afectara.

Me enerva.

Y la envidio, porque yo soy todo lo contrario; nunca me dejo llevar tan fácilmente. Sin embargo, ella ha conseguido inquietarme con solo dos palabras y una sonrisa.

—Necesito un café —murmuro, apretando los dientes mientras me dirijo a una cafetería en la esquina.

Aunque suene paradójico, un poco de cafeína siempre me ayuda a calmarme y, por supuesto, a lidiar con el agotamiento mental. Sigo adelante, con paso rápido, casi como si quisiera escapar de este torbellino. No puedo evitarlo. Incluso cuando cierro los ojos, la imagen de Abi reaparece: su cuerpo relajado en la hamaca, su mirada perdida y, sobre todo, esa risa suave que resuena en mi cabeza como un eco molesto.

Justo al salir de la cafetería con el vaso en la mano, alguien aparece en mi campo de visión.

Es ella.

¡Me cago en todo! No entiendo qué tiene que me altera los sentidos con solo verla.

Va caminando distraída, con la atención fija en su teléfono, tanto que la gente tiene que esquivarla. Cuando está a unos pasos, una mujer la empuja sin querer y la hace tambalear. No se cae, pero el golpe la saca del trance. Levanta la mirada y nuestros ojos se encuentran.

—¿En serio? ¿Tú, otra vez? —dice con una sonrisa burlona.

—Lo mismo podría decir yo. —Me detengo frente a ella.

—Ya sabes… Nueva York es un pañuelo —responde, encogiéndose de hombros con esa actitud de que todo le da igual.

Ambos miramos a nuestro alrededor. No sé por qué lo hace ella; yo me estoy preguntando cómo pueden darse estas coincidencias en una ciudad tan enorme. Nathan diría que es el destino, que el universo está jugando con nosotros. Pero yo no soy Nathan.

—O, tal vez, es algo más…

¿En serio he dicho eso?

¡Joder!

Yo no creo en señales ni en el destino. Y, sin embargo, aquí estoy, pensando que, con ella, lo impredecible parece lo único constante.

Espero su respuesta con nerviosismo, aun así, no llega. Ni siquiera pestañea al escuchar la monumental idiotez que he soltado. Guarda el teléfono en el bolsillo de la chaqueta. Noto que le tiembla un poco la mano.

«Algo la inquieta», pienso, aunque me reprendo por preocuparme por alguien que apenas conozco, considerando todo lo que tengo encima ahora. La realidad vuelve cuando Abi suelta una carcajada breve, casi irónica.

—No sé si estoy en el *mood* de creer en eso hoy.

—¿Cómo? —pregunto, confundido—. ¿El destino no encaja en tu agenda? —esbozo una leve sonrisa, con los brazos cruzados.

—No suelo tropezarme dos veces con la misma persona en esta ciudad, si es lo que insinúas —contesta, manteniendo un tono relajado, aunque su cuerpo revela un leve nerviosismo.

El tráfico ensordece nuestro extraño intercambio. Me mantengo alerta, observando cada gesto que hace. De repente, saca el móvil, lo desbloquea un segundo y noto una nota de preocupación cruzar su rostro antes de volver a guardarlo rápidamente.

—¿Va todo bien? —le pregunto sin pensar. Nada de lo que he dicho suena como yo.

—Sí, claro —responde, encogiéndose de hombros, restando importancia a todo.

Me recuerda a Ethan y su extraña manía de ignorar la realidad.

—La última vez que vi a alguien así de distraído acabó bastante mal, ¿sabes?

Abi me mira con sorpresa.

—¿Te preocupas por mí, Blackwood? —Su manera de hablar es coqueta, casi sensual. ¿Está intentando ligar conmigo?

—Solo parece que tienes algo en la cabeza —respondo, intentando sonar indiferente—. Cuando la gente camina distraída por aquí, suele andar preocupada… o ser un poco suicida.

Abi frunce el ceño, considerando si debe responder con la verdad o mantener su fachada despreocupada.

—Nada con lo que no pueda —dice, lanzándome una mirada desafiante.

—Ya… —comento, sosteniéndole la mirada.

No parece del tipo de persona que se desmorona fácilmente, aunque todos tenemos un límite. Su lenguaje corporal desmiente sus palabras, porque de otra cosa no, pero de lenguaje corporal

tengo casi un máster.

—No soy de las que se preocupan por cualquier cosa. —Da un paso hacia mí—. Digamos que tengo mis propios métodos para lidiar con los problemas.

Su voz se vuelve más baja y ronca, como si quisiera que solo yo la escuchara en medio del ruido.

Su cercanía me enciende todas las alarmas, aunque no son de peligro hacia ella, sino hacia mí. Trago, intentando disolver el nudo que se me ha formado en la garganta al escucharla tan cerca.

Abi se aleja despacio, con una sonrisa torcida.

—Sea lo que sea… —empiezo, las palabras se quedan en el aire.

¡Me cago en la puta!

¡¿Desde cuándo soy incapaz de pensar con claridad?!

Me lanza una mirada intensa, indescifrable. No escucho el ruido de los taxis, ni los murmullos de los peatones… Solo queda esta conversación.

—Claro —dice, como si supiera de qué hablo.

—A veces, incluso los más fuertes necesitan ayuda —le digo, sin apartar los ojos de los suyos.

Ella me mantiene la mirada y, por un instante, siento algo diferente. Hay una tensión en el aire que ninguno de los dos puede ignorar.

—Bueno, abogado, si alguna vez necesito ayuda, será el primero en saberlo. —Su tono es juguetón y siento que una parte de mí empieza a ceder.

—Por supuesto —contesto, asintiendo y desviando la atención.

—Tomaré nota de su consejo, señor Blackwood —continúa con ese tonito que me enciende más de lo que debería.

Me quedo callado. ¿Qué se responde después de eso? Estoy oxidado en esto de las relaciones.

¡Al carajo! Voy a tener que darles la razón a mis hermanos: ¡soy un puto robot! Y Abi acaba de desprogramarme.

Mientras intento volver a la realidad, ella se da la vuelta y empieza a caminar. Antes de irse, me lanza una última mirada por encima del hombro.

—Nos vemos por ahí… Damian. —La forma en la que pronuncia mi nombre me deja temblando.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

—Claro —murmuro, carraspeando.

—Nueva York es grande, aunque a veces las coincidencias existen más de lo que creemos —dice, justo antes de volver el rostro.

Sin más, se aleja. La observo mientras camina y no puedo sacudirme la extraña sensación que me ha dejado esta conversación.

Su silueta se pierde entre la multitud y, al hacerlo, un pensamiento me invade: tal vez, Nueva York sea lo suficientemente pequeña para que nuestros caminos se crucen de nuevo.

**6**

# Damian

Un mes después.

Doy un respingo al oír el teléfono de la oficina. Es casi la hora de salir. ¿Quién cojones será ahora? El día ha sido agotador, con demasiadas visitas de inversores. A veces creo que me equivoqué al aceptar el trabajo que me ofreció Nassef Al-Fahd. No puedo negar que eso fue un despegue a toda mecha; las ofertas y los billetes nos llueven, pero también las horas de trabajo. Y eso empieza a pasarme factura.

El teléfono vuelve a sonar. Sigo sin descolgar. Hoy doy el día por terminado y no pienso atender a nadie más.

Me reclino en el asiento y saco el móvil del bolsillo de la chaqueta. Veo que tengo mil mensajes del grupo de mis hermanos. ¡Cabrones! Me pregunto qué se traen entre manos para saturar así el chat. No me da tiempo a comprobarlo porque la puerta de mi despacho se abre bruscamente, golpeando la pared.

—Nassef —digo, asombrado de verlo aquí. Me levanto de inmediato y adopto una postura formal—. Siéntate, por favor.

—He llamado, Damian —me informa mi secretaria desde atrás—. No contestabas —termina, queriendo decir: «No iba a esperar».

—No te preocupes. Disculpa —añado, mirando a Nassef, que toma asiento de inmediato.

Kate cierra la puerta con cuidado y, antes de salir, me lanza una mirada de disculpa.

—Lamento haber entrado así y a estas horas —dice Al-Fahd en cuanto me siento de nuevo—. Es importante. Mucho.

Su tono me preocupa. Nassef no es el tipo de persona que pensábamos. Es un hombre de negocios, pero también alguien que comprende a los demás. Aunque no todos están contentos con él, especialmente desde que se supo que su padre dejaría en sus manos el cuarenta por ciento de los negocios. El otro cuarenta sería para sus dos hermanos, quienes llevan una vida mucho menos activa y prefieren solo llenar sus cuentas mientras se pasean en yates de lujo. El veinte restante es para el pequeño Hassim, el hijo de Nassef. Como tutor legal del niño, Nassef se convierte en el líder indiscutible de un patrimonio considerable.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Tenemos un problema… —baja la voz— interno.

Pestañeo, sin entender bien a qué se refiere.

—¿Interno?

—Sí. —Coloca un minúsculo *pendrive* frente a mí. Frunzo el ceño al verlo—. Mira lo que contiene.

Le hago caso. Solo hay una carpeta en su interior. La abro. Varias hojas de cálculo empiezan a desplegarse en la pantalla: facturas, ingresos y gastos de las empresas de Nassef a…

—¡Joder! ¿De dónde ha salido todo esto?

—Amenazan con hacer llegar el vídeo a la prensa si no damos la cara y asumimos algo que no sé.

—¿Qué vídeo? —pregunto, porque solo tengo datos financieros frente a mí.

—Está al final, en una carpeta aparte dentro de esa misma.

Lo abro.

Me quedo en silencio unos segundos al ver de qué se trata. Pongo en modo on mi lado frío de abogado. Pienso rápidamente, evaluando opciones sobre qué podemos hacer.

—¿Sabías algo de esto?

Nassef se levanta de golpe.

—¡¿Qué cojones voy a saber?! Mi vida se resume en gestionar las empresas casi a tiempo completo y cuando llego a casa, limpio pañales mientras intento no dormirme en el proceso.

No puedo evitar una risa, aunque el momento no es el mejor.Quiero decirle que eso le pasa por querer ser un padre empresario. Debería contratar a una canguro interna para Hassim, en lugar de dejarlo al cuidado de su abuela y tías, que solo lo malcrían. Le sobra el dinero. Caga billetes, ¿por qué no contrata ayuda externa para el niño? No lo entendí entonces y sigo sin hacerlo.

—Podrían acusaros de desfalco y corrupción. Sin mencionar las repercusiones de… esto. —Señalo el vídeo pausado, incapaz de seguir viendo lo que tengo delante.

—Hay que averiguar quién está traspasando dinero de manera ilegal antes de que se filtre la noticia y nos hunda en la miseria. Eso —indica la grabación— es repugnante. No se ve el rostro del culpable, han tenido la osadía de ocultarlo.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Llegó a la oficina de forma anónima.

Me tapo la boca, intentando pensar en el siguiente paso. Sin embargo, el rostro de la chica de la grabación no se me va de la cabeza. Vuelvo a mirar la imagen congelada.

—Es una menor. —Aparto la vista y minimizo la ventana del vídeo.

—¡¿Crees que no me he dado cuenta?!

—Lo primero es contratar una nueva empresa de ciberseguridad. La actual, visto lo visto, no está haciendo bien su trabajo. Déjame unas horas para investigar.

Nassef asiente. Tras algún que otro intercambio más de opinión, se despide.

Cuando sale, me recuesto en el sillón, dándole vueltas al asunto. Resolver esto va a ser complicado. Necesito encontrar una solución, pero no tengo claro cómo hacerlo. Para empezar, voy a llamar a la empresa que gestiona nuestros servidores y exigirles una explicación. Alguien se ha colado en ellos y ni siquiera se han dado cuenta del ataque, que podría costar millones y hundir la empresa, de la cual mi padre es el mayor accionista junto a Nassef Al-Fahd.

¡Menudo marrón de cojones!

7

# Abigail

Me siento en la mesa del fondo, cerca del ventanal, donde la luz del atardecer me baña sin molestarme. Aquí, en esta esquina, estoy más aislada del bullicio de la cafetería, que está a tope. Pido un café fuerte, porque la noche promete ser larga, y miro por el cristal, observando a la gente que va y viene, absorta en sus propias vidas. Me molesta esa indiferencia. ¿Es que nadie se da cuenta de que deberíamos esforzarnos por vivir en un mundo mejor? Pero parece que solo les importa el aquí y el ahora.

El móvil vibra sobre la mesa, interrumpiendo mis pensamientos. Al mirarlo, me sorprendo: es un mensaje. No uno cualquiera. Es otra advertencia. La primera la recibí hace más de un mes y me pareció un susto sin importancia. Rastreé su origen y resultó ser un don nadie al que alguien le había pagado para que me enviara ese mensaje. No le di más importancia. Desde entonces, han llegado dos más, casi seguidos.

Lo leo un par de veces y no puedo evitar recordar las palabras de Dayana recriminándome mi falta de cuidado. Siento cómo el pulso se me acelera, aunque intento restarle importancia.

«Es solo una más», me repito.

Las amenazas son comunes en mi vida, aunque esta me inquieta de una forma diferente. El mensaje no es muy distinto a los anteriores, pero menciona a Day y a las «posibles consecuencias».

Pese a todo, parar no es una opción. No ahora, cuando estoy tan cerca. Bloqueo la pantalla y guardo el móvil en el bolso. Saco el otro que siempre llevo conmigo y marco su número.

—Me están amenazando —digo en cuanto descuelga—. Y saben quién soy.

—¿Estás segura?

—Sí. Han enviado dos mensajes al teléfono del trabajo en estos días. Ahora, lo han hecho al personal.

—De acuerdo. ¿Puedes rastrearlo?

—No, esta vez es alguien que sabe lo que hace. No hay…

—No te preocupes. No hagas nada. Yo encontraré una solución.

No necesito más para entender que la conversación se da por terminada. Así es siempre. Intercambiamos solo información esencial.

Intento desconectar mientras me tomo el café. Echo un vistazo hacia afuera y veo el gimnasio justo enfrente. Dayana está entrenando ahí, pasa más tiempo en ese lugar que en su propia casa, y no la culpo; es su trabajo. Está preparándose para un campeonato estatal. La echaré de menos cuando se vaya a Las Vegas dentro de unos días. Normalmente intento acompañarla, pero esta vez no podrá ser. No con todo esto que tengo entre manos.

Doy un sorbo a mi café, sin apartar la vista del cristal. Y entonces lo veo.

Damian.

Sonrío de lado. Las casualidades existen, y esta es una más.

«Tal vez no tanto. Ya sabías que entrenaba con Day, idiota», me reprendo.

El cosquilleo que me recorre al verlo es más que delator. No sé qué tiene este hombre que me hace fantasear con él, conmigo y una cama... o un sofá, una bañera, un coche...

«Vale, vale... para ya, Abi, que vas a hiperventilar», me digo.

Lo mío con Damian viene de tiempo atrás, desde que descubrí hasta dónde es capaz de llegar por los suyos, haciendo que sus principios inquebrantables dejaran de importar cuando se trató de ayudar a su hermanastro. No puedo evitarlo, los justicieros me atraen. Y mucho.

Y si el justiciero en cuestión lleva pantalón corto en lugar de traje…

«Uy, madre, qué calor me está subiendo».

Lo sigo con la mirada mientras entra en el gimnasio, con esa forma de caminar tan segura. Como mi propósito ahora mismo: conocer a Damian y *cruzar* caminos con él, al menos una vez. Me gustan los retos y quiero ver hasta dónde llega su autocontrol y saciar la curiosidad que me provoca en todos los sentidos. Me recuesto en la silla, observándolo hasta que desaparece de mi vista. Soy consciente de que una parte de mí se muere por entrar tras él.

La sonrisa sigue en mis labios cuando me levanto, me coloco la chaqueta y salgo de la cafetería.



Entro al gimnasio y busco con la mirada. Se supone que estoy intentando localizar a Day, pero mis ojos tienen un objetivo más... cargado de testosterona.

Ahí está.

Se encuentra de espaldas, hablando con un compañero. Al verlo, casi me detengo en seco, como un acto reflejo. Me muevo un poco, buscando un ángulo desde el cual observarlo de perfil. No se percata de mi presencia, así que aprovecho la situación y me recreo en su imagen.

Damian, en ropa deportiva. Ya sabía que entrenaba, claro, pero nunca imaginé verlo fuera de esos trajes caros que le sientan tan bien.

Ahí está, con una camiseta ajustada que marca cada músculo de su espalda, los hombros amplios, las líneas de sus bíceps parecen hipnotizarme. Su pelo oscuro, algo despeinado, le cae sobre la frente y estoy segura de que sus ojos azules brillan aún más bajo las luces del gimnasio.

¡Qué lástima que no pueda comprobarlo desde aquí!

Y su mandíbula... fuerte, marcada, como si la hubiesen esculpido.

¿Por qué todo en él parece tan perfectamente calculado?

Decido acortar la distancia, despacio, y me detengo a una distancia prudente. Quiero que sea él quien se acerque, así que me quedo aquí, esperando lo que sé que va a ocurrir.

Desvío la mirada hacia Dayana, que está entrenando en una esquina cerca de donde me encuentro. Le hago una seña para que sepa que he llegado y que la esperaré en los bancos.

—No hay prisa —susurro, segura de que entiende mis labios.

Estoy a punto de señalarle dónde me voy a quedar cuando lo siento acercarse. Me arde el pecho. Intento disimular, pero, en lugar de eso, lo miro con descaro. Mi vista vaga libremente, disfrutando de cada detalle de su torso bien definido, su cintura estrecha, esas caderas que... Levanto la mirada de inmediato, aunque me deleito en el proceso. Miro sus labios finos, que, sin razón aparente, me obligan a morderme el mío. Esa contradicción entre su físico imponente y su comportamiento educado me trastorna. Siento el calor en mis mejillas, y no solo porque el gimnasio esté cerrado.

—Qué casualidad, ¿no? —dice con esa voz que me eriza la piel.

Trago saliva, intentando controlar el cosquilleo que me recorre al escucharlo. Ese tono formal y distante... En algún momento tiene que dejarlo de lado. Y, maldita sea, ya me imagino cuándo será. Algo en mi entrepierna se enciende solo de pensarlo.

—El destino, diría yo —le respondo con una sonrisa juguetona, girándome para encararlo.

Sabía que se acercaría, pero fingir sorpresa es parte del juego.

—Siempre terminamos en el mismo lugar —añade, con calma calculada.

—O quizás tú me estás siguiendo —le lanzo, descaradamente coqueta.

Él levanta una ceja, como si estuviera considerando la posibilidad.

¿De verdad me sigue el juego? Guau. Esto me gusta.

—No soy de los que persiguen a nadie, Abi.

Ahí está, el Damian formal, con su corbata invisible bien apretada. ¿Por qué se contiene tanto? Sé que este tira y afloja le gusta tanto como a mí; lo veo en la forma en que su mandíbula se tensa, en ese sutil cambio de postura. No puede engañarme, aunque lo intente.

—Ah, ¿no? —Me acerco un poco más, retándolo a que me muestre hasta dónde puede llegar. Por un segundo, su expresión cambia, como si algo en él se rompiera, pero de inmediato recupera la compostura. Su autocontrol es admirable, aunque no entiendo por qué alguien actuaría así. Me mata la curiosidad—. Lástima.

Él suelta una pequeña risa, una de esas que escapan sin querer. Justo lo que necesito para confirmar que esto le gusta, pese a que trate de disimularlo con su seriedad habitual.

—No, no es mi estilo. —Su mirada se desvía hacia donde Dayana está dándole al saco como si su vida dependiera de ello. Pensándolo bien, casi podría decirse que así es—. ¿Has venido con tu hermana?

«Obvio», me respondo. No tengo pinta de deportista y eso me hace sonreír, ya que quiere que entablemos conversación.

«Punto para Abi».

—Sí, tenemos algunos recados que hacer después, aunque creo que va a tardar más de lo que pensaba y van a cerrar las tiendas. La veo demasiado distraída para parar.

Damian vuelve a mirarla brevemente antes de devolverme su atención. No puedo evitar mirarlo de arriba abajo. Ese físico…

«Dios, cómo le sientan esos pantalones cortos».

—Te queda bien el look —comento, casi sin filtro, señalando su atuendo.

—Es más cómodo que un traje, te lo aseguro.

—Viniendo de ti, suena raro.

—Aunque no lo parezca, uno se adapta a todo.

Sonrío. Verlo sin la corbata, sin esa armadura de perfección que son sus trajes, me da una satisfacción perversa.

—¿Sabes? —Me inclino un poco hacia él—. Me pregunto cuánto tiempo más nos seguiremos encontrando «por casualidad».

Damian me observa en silencio, con una mirada que se vuelve más intensa. Siento cómo algo cambia en el aire entre nosotros. Hay tensión, pero no es incómoda; es electrificante, cada segundo se siente más cargado que el anterior.

—Supongo que lo descubriremos pronto —responde, de manera calmada. Sin embargo, sus ojos me dicen algo muy distinto.

Me río sin apartar la mirada de la suya. Esto se está volviendo mucho más interesante de lo

que esperaba y tengo la sensación de que lo que sea que está surgiendo entre nosotros apenas comienza.

# 8

# Damian

Una semana después.

El reloj marca las diez de la mañana y me siento agotado, como si fuese medianoche. El día está igual que yo: cerrado, encapotado y con una energía de mierda. Apenas entra luz por las ventanas y eso solo hace que el ambiente se vuelva más denso. Estoy detrás del escritorio, mirando la pantalla del ordenador que parpadea con informes que ya he repasado hasta el cansancio. No hay respuestas ni avances. El teléfono no ha parado de sonar desde que llegué, y sigo ignorándolo. Me planteo desconectarlo, antes de que me dé por estrellarlo contra la pared.

De repente, Nassef entra sin tocar la puerta, como lleva haciendo desde hace días. Distingo a la perfección su mandíbula apretada y los ojos oscuros llenos de rabia. Esto no pinta bien.

—Damian, esto es una puta pesadilla —dice sin rodeos, frustrado.

Apago la pantalla y salgo de detrás del escritorio, quedándome de pie, de espaldas al ventanal. Sé de qué habla, porque es lo mismo que no me deja dormir.

—Lo sé —respondo, seco—. Llevo días con esto. Los de la empresa de ciberseguridad no tienen ni idea. ¡Joder! No saben ni cómo ni cuándo lo hicieron. Dicen que no hay rastro que seguir.

Nassef me lanza una mirada como si quisiera darme un golpe en la cabeza, pero se contiene. Se frota la frente, agotado.

—No me importa el cómo o el cuándo. Quiero saber quién es el desgraciado que aparece en ese vídeo y, por supuesto, quién está desviando fondos.

—Lo encontraré. Tengo a varios trabajando en…

Pero no puedo seguir. Nassef me corta. Su mirada es intimidante, dejando claro quién manda aquí. Me callo, dejándole la batuta.

—¿Sabes cuánto tiempo tenemos antes de que empiecen a salir esos datos?

—No —le respondo, manteniendo la vista fija en él.

—Cuarenta y ocho horas, Damian. —Su voz se eleva y golpea la mesa con un puño—. ¡Dos días antes de que todo se vaya al carajo!

Antes de que logre decir algo coherente, Nassef se deja caer en el sillón. Vuelvo a mi escritorio, intentando mantener la compostura. Él está al borde del colapso y tiene razones para estarlo.

—¿Y qué quieres que haga? —pregunto, sintiendo cómo su presión arremete contra mi paciencia—. Ya lo he intentado todo. No hay un maldito agujero visible en el sistema. No sé cómo lo han logrado, pero está claro que no es algo amateur.

—Dime algo que no sepa —responde, con una mezcla de molestia y sarcasmo.

—Si tuviéramos algo más de tiempo…

—No lo tenemos, Damian. —Me corta, endureciendo aún más su expresión—. No podemos fallar. ¿Te haces una idea de lo que significa que esos datos y ese vídeo se filtren? Perderemos

millones y nos caerán demandas de todas partes.

Me paso una mano por el pelo, sin saber qué responder. Tiene razón. El riesgo es inmenso y no tenemos el lujo de la paciencia.

Nassef respira hondo, y noto que se prepara para soltar algo importante.

—Ya no me importa qué hagas ni cómo lo hagas. Usa cualquier truco, cualquier recurso. No me interesa si es legal o no. —Su voz es un gruñido—. Pero soluciona esta mierda antes de que nos destruya. Y sabes el tiempo que tienes para hacerlo.

Lo miro, incrédulo. Esto cambia las reglas del juego. Me empuja a un límite que no quiero cruzar. Me jode que insinúe que… No soy corrupto y lo de mi hermano fue una jodida excepción, desesperada, pero una excepción.

—¿De verdad estás dispuesto a que crucemos esa línea? —pregunto, serio, sin expresar lo que pienso.

Nassef me mira como si mi pregunta fuera estúpida.

—Damian, lo que está en juego no es solo dinero, es la reputación de toda la empresa, la mía y la tuya. Si no lo arreglamos, no tendremos nada por lo que preocuparnos, porque estaremos en el puto suelo. Así que deja de pensarlo demasiado y haz lo que tengas que hacer.

Asiento, aunque el peso en mi pecho no disminuye. Esto se está descontrolando, pero si quiere que cruce esa línea, lo haré. No tengo otra opción.

—De acuerdo. Dame un par de horas. Lo solucionaré, cueste lo que cueste.

Nassef se levanta, lanzándome una última mirada de advertencia.

—No quiero un par de horas, quiero resultados. Y si no los tienes, olvídate de tu carrera, porque estaremos de mierda hasta arriba.

Sale del despacho con la misma furia con la que entró, dejándome con el peso de su amenaza sobre los hombros. Sin pensarlo, marco el número de Dayana. Solo ella puede darme el contacto que nos salvó el culo una vez. Ahora, más que nunca, vamos a necesitarlo.

9

# Damian

Estoy sentado en la sala de reuniones de nuestra empresa familiar. No en la de Elysium. Desde que empecé a trabajar para ambas y papá se convirtió en accionista de la segunda, acordamos tratar los asuntos aquí. Me siento más cómodo en el lugar donde siempre he trabajado y, además, mis hermanos no tienen que desplazarse. Solo yo. Miro por el ventanal mientras espero a que Nathan y Julian lleguen. La luz entra a raudales ahora que ha salido el sol y las nubes se han apartado un poco, pero la atmósfera sigue cargada.

Escucho murmullos en el pasillo; mis hermanos están a punto de entrar. Me vuelvo hacia la puerta.

Julian es el primero en acceder. Me sorprende que, a pesar de haberles dicho que la reunión era muy importante, él siga con su típica energía desbordante y su actitud despreocupada. A veces pienso que me llevé toda la responsabilidad de la familia y no dejé nada para los demás. Lo observo mientras, tras saludarme, se deja caer en la silla y comienza a tamborilear con los dedos sobre la mesa. Nathan llega unos minutos después, cerrando la puerta tras hablar con alguien que no puedo ver. Se acerca a la mesa con su calma habitual, vestido de manera informal, lo que indica que su día de trabajo no incluía reuniones, salvo la nuestra. Observo los collares que lleva; parece que ha salido de un retiro espiritual. ¡Qué diferentes somos! Cierra los ojos un segundo antes de sentarse, como si necesitara alinearse con el universo.

—Bueno, ¿qué pasa, hermano? —Julian interrumpe la conexión mística de Nathan, quien lo mira con fastidio—. Me tienes en ascuas con tanto secretismo —dice con esa forma habitual de hablar que parece gritar «Soy Julian Blackwood, que me la coma el mundo»; sin embargo, sé que es pura fachada, porque ya está al tanto de la gravedad del asunto; hablamos por teléfono esta mañana, justo después de mi reunión con Nassef.

—¿Puedes tomarte este asunto en serio? —le respondo, intentando mantener la calma. Me molesta que actúe así, sabiendo de qué se trata.

—¿Qué ocurre? —pregunta Nathan, que aún no sabe nada—. Te veo más serio de lo normal.

—Han descubierto que hay alguien en Elysium desviando fondos —le explica Julian—. No nos afecta directamente, pero papá es accionista, así que eso también nos involucra.

Su breve resumen hace que Nathan abra los ojos de par en par.

—¿De cuánto estamos hablando? —cuestiona.

—Números grandes —contesto—. Y no, no es un error en el sistema; es intencional.

Pongo el iPad sobre la mesa y les muestro los datos que tengo hasta ahora. La sorpresa y la incredulidad se reflejan en sus rostros. Me doy cuenta de que Julian no se hacía una idea de las cantidades y le ha pillado desprevenido.

—Es muy importante que esto no salga de aquí. Hay más —añado, haciendo una pausa—. Mirad.

Abro la carpeta del vídeo y lo reproduzco. Me giro, no soporto ver esas imágenes de nuevo.

—Pero… —Nathan no puede decir nada más.

—¿Qué cojones… es esto? —Julian se levanta de la silla, alterado por primera vez en mucho tiempo.

—Es lo que ves.

—Damian —me llama Nathan—. Esto es muy grave. No es solo el dinero, es…

Detiene la reproducción.

—Lo sé. Nassef quiere que tome cartas en el asunto, y rápido. La persona que le ha hecho llegar la información amenaza con filtrarla a la prensa en cuarenta y ocho horas. Se ha cansado de esperar.

—¿Y eso?

—Hace una semana que nos llegaron los datos y… el vídeo —confieso.

Mis hermanos abren los ojos de par en par.

—¿Y hasta ahora no nos lo dices? —me increpa Julian, claramente enfadado.

—Nassef quería discreción. Ahora mismo está intentando negociar un margen de tiempo, aunque es complicado sin saber a quién está buscando.

—Lo que quieres decirnos, con palabras bonitas, es que la mierda aún no nos ha salpicado, pero lo hará, ¿verdad?

Nathan asiente despacio.

—Intentemos ver el lado positivo —dice.

—¡¿Qué coño positivo?! —exclama Julian—. Déjate de historias, Nathan.

—Esto es muy grave —concuerdo.

—Todo tiene su causa. Puede que esto sea una oportunidad para hacer cambios profundos en la empresa.

Oírlo con esa tranquilidad me crispa los nervios.

Julian lanza una carcajada sarcástica.

—¿Oportunidad? ¿Qué clase de mierda de oportunidad es esta? Están robando, Nathan. —Señala la pantalla, donde estaba la imagen congelada del vídeo—. Eso no es un momento de iluminación, es un agujero en las cuentas y un posible caso de… ¡Joder! —Se gira hacia mí—. Dime que tienes un plan mejor que unas puñeteras sesiones de meditación.

—Tengo a alguien en mente —respondo, manteniendo la calma.

—A alguien… ¿cómo?

—¿Recordáis los vídeos de las cámaras de seguridad del ático de Ethan? —Ambos asienten —. Pagué a una persona para que accediera al sistema y…

—¿Un hacker? —pregunta Nathan.

—¡Qué hijo de puta! ¿Así fue como los conseguiste? ¡Qué calladito te lo tenías, capullo! Nos dijiste que…

—Ya sé lo que dije. No estoy orgulloso de saltarme la ley, pero era Ethan y no podía dejarlo en la estacada —me justifico.

—Está bien, me da igual el método. Eso ya está solucionado —añade Julian.

—Entiendo que estás sugiriendo volver a contratar los servicios de ese hacker, ¿no? —Asiento. Nathan se reclina un poco en el asiento—. ¿Sabes cómo localizarlo?

—¿Y cómo piensas hacerlo sin llamar la atención? —me interrumpe Julian.

Los miro, y no sé qué pensar. Julian está serio, algo raro en él. Y Nathan… no sé si esta idea le gusta o no.

—Creo que lo ideal sería meterlo en un rol encubierto, para rastrear a quién está detrás de todo.

Ambos fruncen el ceño.

—¿Encubierto? ¿Aquí? —murmura Nathan.

—Sí, encubierto. No tenemos otra opción —le corto—. Necesita acceso a todo: información del personal, datos fiscales, cuentas… ¡A todo!

—¿Aquí? ¿Y por qué no en Elysium? Es allí donde está el problema —cuestiona Julian.

—Porque desde aquí también puede acceder a los servidores. Necesito que esté encubierto y allí llamaría demasiado la atención. Elysium lleva años con los mismos empleados. No quiero arriesgarme.

Julian se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—Suena arriesgado, Damian, pero cuenta con nosotros. —Mira a Nathan, que asiente despacio—. ¿Tienes el nombre de la persona en cuestión?

—Aún no. Me reuniré esta tarde aquí con él. Quiero que estéis presentes los dos.

Julian accede de inmediato.

—De acuerdo —acepta Nathan—. Solo espero que esta persona no añada más caos a lo que ya está sucediendo. Necesitamos claridad, no más confusión.

—Lo que necesitamos son resultados, Nathan, no armonía universal —murmura Julian de manera burlesca—. Bien, Damian, haz lo que tengas que hacer, pero no nos metas en una mierda más grande de la que ya estamos.

Suspiro, sabiendo que, aunque tenga su aprobación, esto no va a ser fácil.

—Gracias.

Después, ultimamos los detalles para la supuesta entrevista que le haremos al encargado de destapar el asunto.

—Ah, por cierto —atraigo la atención de mis hermanos mientras caminamos hacia el despacho de Nathan—. Me voy a mudar al ático de Ethan… por un tiempo.

Julian me mira, sorprendido.

—¿Al ático de Ethan? ¿Y qué hay del casoplón de Forest Hills?

—Ya sabes lo que pasa con esa casa —le contesto, molesto, porque fue él quien me aconsejó alejarme.

—¿Ethan lo sabe? —pregunta Nathan.

—Claro que lo sabe. Me lo ha ofrecido él —contesto, seco.

—Vaya con el peque. Tiene las pelotas bien cogidas en las montañas —replica Julian, riendo —. Lo cierto es que es lo más práctico para ti.

—Pues sí. Además, él estará unos meses en Suiza y necesito algo más... apartado. Solo por un tiempo —repito.

# 10
# Abigail

Espero sentada en una de las sillas de la sala, observando a la mujer detrás del mostrador. Ella me ha indicado que espere, así que aquí estoy. Cuando Day me llamó para contarme todo, no podía creerlo. Es la primera que no quiere que revele mi trabajo; entonces, ¿por qué me ha puesto en esta encrucijada? Sé que lo hace por instinto protector: «Estás en peligro, Abi. Si no me cuentas nada, haré lo que considere necesario».

Cruzo las piernas, tratando de disimular la tensión. Mis manos, apretadas en el regazo, se mueven inquietas, frotando las yemas de los dedos, un tic que me traiciona en momentos de nerviosismo. Intento calmarme, aunque mi estrés no tiene sentido. La verdad es que saber que es él quien me ha llamado me tiene al borde del colapso. Nunca he compartido mi identidad con nadie que haya contratado mis servicios; Damian será el primero, lo que me asusta y atrae a partes iguales. Estoy ansiosa por ver su reacción al verme, pues estoy más que segura de que Dayana no le ha contado que fui yo quien lo ayudó.

Aunque no soy conocida por mi puntualidad, hoy lo soy; no quiero causar una mala impresión, al menos no peor de la que ya puede llevarse. Mi profesión intimida a muchos, y asusta a otros, mientras que algunos nos desprecian como si fuéramos delincuentes. No comprenden que todo depende de la perspectiva y la intención. Esto es un don y hay que usarlo como tal.

Han pasado más de cinco minutos desde la hora de nuestra reunión y sigo esperando. Parece que el señor perfecto no es tan puntual como esperaba. El reloj en la pared marca cada segundo con saña, y el sonido del tictac intensifica mi ansiedad. Lo que más me intriga es qué espera Damian de mí. Dayana no me ha dado detalles, solo que necesita mis servicios para un asunto laboral. Temo que esto sea una estrategia para mantenerme ocupada y alejada de otros quehaceres, aunque también me convenzo de que no es así.

Quiero estar a la altura y cumplir con las expectativas. No me preocupa la complejidad del asunto, sino que lo que tengo entre manos ahora mismo ocupa todo mi tiempo. Ni siquiera sé por qué le dije que sí a Day.

«Porque es Damian y te atrae», me recuerdo.

Y es que es absurdo negarlo. Desde que lo vi tomando café un día con Day, quedé prendada de sus gestos. Esa mirada penetrante, las facciones serias, el mechón rebelde que le cae en la frente… Desde entonces, supe que me atraía. Después, me lo crucé varias veces. ¿Casualidad? Puede ser. No creo en el destino, así que supongo que fue pura casualidad. Semanas más tarde, Day me contó sobre el problema que tenía su hermano menor para demostrar su inocencia. Evidentemente, le dije a mi hermana que le ofreciese mis servicios. Damian no sabía que yo existía. Él no me había visto nunca, aun así, yo ya lo tenía «fichado». Por supuesto, tampoco cabe dudas de que le habría ayudado gratis, aunque eso habría sido raro. Justo cuando terminé el trabajo, Damian desapareció de mi radar. Ni una sola casualidad más, hasta la otra noche. Desde entonces, no hago más que soñar con él, con su cuerpo sobre el mío, o debajo; sí, debajo también. Cualquier postura me sirve.

Ajusto mi chaqueta, buscando algo que me dé la ilusión de control y me distraiga de estos pensamientos poco decentes.

—Señorita Tucker, puede pasar —me dice la mujer que me indicó que esperara, sacándome de mi trance.

Me pongo de pie torpemente, sorprendida al darme cuenta de que me tiemblan las piernas mientras la sigo hasta la puerta.

Al abrirse, no es Damian quien me espera, sino un hombre más joven, de pelo largo recogido y aire bohemio.

—Gracias, Michelle —dice a la mujer, quien asiente y se retira en silencio. Luego, me dirige una sonrisa—. Encantado, señorita Tucker, pase. Soy Nathan Blackwood, director de Recursos Humanos de Blackwood C&B. —Me tiende la mano y hago lo mismo—. Y él es Julian Blackwood, el director comercial —añade, señalando al tipo que está apoyado en el escritorio, como si todo esto le importara una soberana mierda.

—Encantada —respondo, intentando procesar lo que está sucediendo.

¿Dónde está Damian? ¿Ha dicho Blackwood? ¿Son estos sus hermanos? Nadie lo diría, la verdad.

—Tome asiento, por favor —me indica Nathan, devolviéndome a la realidad.

Apenas me siento cuando la puerta a mi derecha se abre de golpe.

—¡Listo! —exclama Damian, cerrando tras de sí, sin notar mi presencia.

—Llegas tarde —le dice Julian, en un tono entre despreocupado y molesto.

—No pasa nada —añade Nathan—. Aún no hemos empezado.

El carraspeo de Julian interrumpe lo que Damian iba a decir. Luego, levanta las cejas y me señala con la cabeza. Damian se queda quieto de inmediato y su postura cambia. Con lentitud, gira la cabeza hacia mí. Cuando nuestros ojos se cruzan, siento cómo mi pulso se acelera.

—¿Abi? —dice mi nombre, su voz suena más grave de lo que recordaba.

Un escalofrío me recorre. Trago saliva y fuerzo una sonrisa para ocultar el desbarajuste interno que me ha ocasionado.

No esperaba esto. Pensé que estaríamos solos. Me pongo más nerviosa por segundos. Están todos mirándome, y yo… No suelo ser el centro de atención; de hecho, lo evito. Pero hoy, con Damian y sus hermanos aquí, no tengo opción.

—Vaya, volvemos a encontrarnos, señor Blackwood —digo para romper el silencio, intentando sonar relajada, aunque estoy tensa.

«Dios, cómo me pone», pienso mientras lo miro.

Él también está descolocado. Al menos yo sabía quién me esperaba al otro lado de la puerta. La falta de reacción le dura solo un segundo, pero lo puedo notar, y no puedo evitar sonreír. Me encanta verlo alterado por mi presencia, cómo lucha por mantener su fachada controlada.

Nos sostenemos la mirada un instante más, y el aire en la habitación se vuelve denso, cargado de una tensión que nadie menciona, pero que todos sentimos.

# 11

# Damian

Ver a Abi en el despacho me da de lleno. No solo es el hecho de encontrarme con ella de nuevo, sino lo que implica su presencia aquí. Nunca se me había pasado por la cabeza que ella era quien estaba detrás de todo, la hacker que Dayana me había recomendado. ¡Con razón me aseguró que era alguien de confianza! Pensé que esto sería solo una formalidad, pero ahora tengo que lidiar con ella.

Intento disimular la sorpresa, algo difícil para mí, que siempre me he caracterizado por tenerlo todo bajo control. Julian, demasiado perceptivo, se percata de mi reacción, y la sonrisa torcida en su rostro me crispa los nervios. Necesito disimular. No puede darse cuenta de que no he conseguido sacarla de mi cabeza desde la noche en que la conocí en casa de Dayana. Ahora, está aquí, en el centro de todo lo que compone mi mundo. Estoy a punto de ponerlo todo patas arriba y no tengo ni puta idea de cómo manejar esto.

Nathan y Julian comienzan a hablar con Abi, debatiendo detalles que apenas escucho, ya que mis ojos permanecen fijos en su figura. Ella está ahí, sentada, con una expresión que mezcla nerviosismo y seguridad. Su sonrisa, que intenta ser relajada, no me engaña; también está alterada.

Julian, fiel a su estilo, se inclina hacia mí. No puede resistir la tentación de intervenir.

—Qué calladito te lo tenías, Damian —me dice con esa expresión burlona que lo caracteriza —. Nunca nos dijiste que tenías una admiradora secreta. ¿O eres tú quien la admira a ella?

—Cállate, Julian —le replico sin mirarlo, intentando seguir la conversación entre Abi y Nathan.

—No sabía que te fuesen las intelectuales —continúa.

—Julian —le advierto—. No sigas.

—Hacker. El inquebrantable Damian y la chica que vive al margen de la ley. ¡Te has lucido! —No puedo callarlo como debería porque está Abi delante.

—¡Cállate! No es nadie. Deja de inventarte cosas raras —digo, intentando retomar un tono calmado, aunque mi susurro suena más amenazante de lo que quisiera.

—Ahora entiendo lo del ático —dice mientras lo encaro, tratando de aparentar desinterés—. No te juzgo, al contrario, te aplaudo.

Finalmente, cuando ya no puedo más con sus comentarios, decido cortar el teatro.

—Nathan, Julian, dejadme a solas con Abi, por favor.

Julian sonríe y me lanza una mirada significativa antes de añadir:

—No te pongas demasiado serio con ella, Damian. A las mujeres les gusta un poco de diversión.

Se ríe de su propio chiste mientras sale, seguido por Nathan, que asiente en silencio. El sonido de la puerta al cerrarse resuena en la habitación y nos quedamos solos.

El silencio se siente pesado. Nos miramos, y no sé qué decir, porque la situación es extraña. Respiro profundamente y me acerco, quedándome a unos pasos de su asiento.

—Discúlpalo —empiezo, intentando justificar el comentario de Julian—. A veces pienso que se cayó de la cuna o algo parecido.

Mis palabras provocan una carcajada en Abi, y ese sonido me transporta a nuestra primera conversación. De pronto, todo encaja: su soledad, sus comentarios, la preocupación que Dayana siempre muestra por ella. ¿Cómo no me di cuenta antes?

Me pongo nervioso al ser consciente de la realidad. Abi sabe quién soy de verdad. Me conoce. Es la única que sabe que no soy tan perfecto como aparento. Ha jugado con ventaja desde el principio, algo que yo nunca había experimentado.

Damian Blackwood siempre ha ido por delante de todos… hasta ahora.

# 12

# Damian

La observo. Está sentada frente a mí, con esa sonrisa juguetona que tanto me desconcierta. Algo en mi interior se tensa, además de mi polla, como siempre que la tengo cerca. Joder, debería estar más calmado, pero me cuesta controlarme cuando la tengo cerca. ¿Qué carajos me pasa con Abi?

—No esperaba que fueses tú —digo, intentando sonar profesional, aunque, sin duda, no es mi mejor actuación.

—Entonces, soy buena en eso de las sorpresas —me responde, con una mirada traviesa que hace que mi garganta se cierre un poco más.

«Céntrate, Damian. No eres un puto crío», me reprendo. Me molesta no poder controlar mis instintos.

No puedo dejar que el juego entre nosotros tome el control de la conversación. Tengo que hablar de lo importante, solo de trabajo.

Me aclaro la garganta y cruzo los brazos, apoyándome un poco sobre la mesa.

—Ahora que sé que fuiste tú… quiero agradecerte lo que hiciste por Ethan. Lo que encontraste fue... No sé qué habríamos hecho sin ti.

Sus ojos no se apartan de los míos, pero no parece afectada. Me atrevería a decir que le divierte la situación ahora que mis hermanos están fuera de escena. La tensión entre nosotros es aún más palpable desde que ellos han salido, y soy lo suficientemente maduro como para saber que no es por el trabajo.

—No tienes que agradecérmelo —contesta con ligereza—. Me pagaste bien por hacerlo. Además, no soporto a los que se creen más listos que los demás.

—Aun así, tu ayuda fue decisiva —insisto, intentando no dejarme arrastrar por el juego que parece a punto de empezar entre nosotros. Necesito mantenerme frío, aunque eso con ella parece imposible. Siempre termino diciendo algo que mi cabeza me grita que no diga.

Me inclino hacia adelante, tratando de parecer firme.

—Gracias —responde halagada y sonriente—. Fue todo un placer… —Deja ir la última palabra y no sé si es intencionado, pero el placer que me viene a la mente no tiene que ver con ordenadores ni algoritmos, sino con su cuerpo y el mío encima del escritorio de mi hermano.

—Imagino que Dayana ya te ha puesto al tanto de la situación en Elysium —comienzo, ocupando mi mente en algo que no sea imaginarla de un modo inapropiado.

Abi asiente, sin despegar sus ojos de los míos.

—No mucho, la verdad. Me comentó que tenéis un problema interno en la empresa y necesitáis indagar en servidores y demás.

—Exacto, no es peligroso. Lo primordial es encontrar a quién está desviando fondos de la empresa.

Me guardo la información del vídeo, porque, si todo es como pensamos, se trata de la misma persona. Es mejor que el posible caso de abuso de menores quede en la intimidad de mi despacho.

—De acuerdo. No le veo la complejidad —afirma, demasiado segura de lo que dice.

No puedo evitar sonreír. Esa confianza y seguridad que muestra al hablar de su talento con las

máquinas me pone a mil.

—Aquí tienes mi número —le digo, entregándole mi tarjeta, en la que he garabateado también mi número personal—. El del trabajo y el propio —especifico. Ella asiente y sonríe pícara mientras los mira—. Si tienes cualquier problema, si te dicen…

—¿Preocupado por mí, señor Blackwood? —pregunta de ese modo divertido, que usa siempre para incomodarme—. No sabía que eso también entrase en el trato, Damian.

La forma en que pronuncia mi nombre hace saltar todas mis alarmas. Esto se me está yendo de las manos.

—Esto es serio, Abi —le respondo, aunque sé que estoy cayendo en lo mismo de siempre—. No quiero que acabes en una posición en la que no te sientas segura.

Sus ojos brillan, haciéndome saber que está disfrutando demasiado. Me inclino hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—Suelen gustarme las nuevas posiciones.

Mi mente comienza a divagar en cuanto lo dice. Me separo de la mesa y me echo hacia atrás, buscando distancia para volver a ser yo. No es el momento ni el lugar, además, Damian Blackwood no comete locuras.

—En principio, habíamos pensado que trabajases aquí, supervisada por mis hermanos, aunque Julian puede ser un dolor de cabeza. Pero si te da más seguridad, siempre puedes venir a Elysium conmigo.

¡A la mierda todo lo planeado!

Soy consciente de que no debería haberle hecho semejante propuesta. ¿Ella y yo? ¿Todo el día juntos? Llevo siete meses sin sexo, al menos no con otra persona. Mi mano no cuenta, por supuesto. No sé si podré soportar este tira y afloja con Abi. No quiero ceder. No puedo ceder. Y no voy a ceder.

Ella no dice nada durante unos segundos, aunque parece considerar la oferta. No puedo evitar querer que elija mi propuesta, aunque sé que sería una pésima idea para mi autocontrol.

—¿Ser algo así como tu asistente personal? —me pregunta, insinuando mucho más de lo que dice—. No sabía que necesitases tanta ayuda, Damian.

Mi mandíbula se tensa. Vuelve a la carga.

—Te sorprendería saber cuánto necesito a alguien que entienda lo que está pasando. —Como siempre, caigo en su trampa.

Me arrepiento al instante, consciente de que mis palabras, al igual que las suyas, tienen doble sentido.

Ella sonríe, se inclina y apoya los codos sobre el escritorio. Desde aquí, puedo ver su generoso escote, apenas cubierto por la chaqueta.

Trago saliva. Esta está siendo, sin duda, la entrevista más complicada de mi carrera.

—¿Y qué haría exactamente como tu asistente personal? —cuestiona, juguetona—. ¿Grapar y ordenar archivos, servirte café? No me veo en ese papel. Soy más de acción, aunque sea en la sombra.

Me esfuerzo por mantener la compostura.

¿Por qué lo que dice suena tan cargado de insinuaciones? Y lo peor, ¿por qué todo se reduce a sexo, posturas y otras guarradas que no dejan de asaltarme la mente?

—No. Estarías junto a mí todo el día, dándome acceso a lo que necesites.

Abi se queda en silencio. No sé si evalúa mi oferta .

Tras unos segundos, se reclina en su silla y asiente. Suelto el aire que no sabía que retenía.

—Si voy a hacer esto, prefiero trabajar en casa. Tengo todo lo que necesito: mi equipo y mi espacio. Pero… —me muestra la tarjeta que acabo de darle— me la quedo, por si me haces falta.

No contesto de inmediato. Me detengo a pensar en lo que acaba de decir.

—Está bien —accedo, intentando disimular el latigazo que ha dado mi polla al oír eso de «haces falta»—. Si cambias de opinión, ya sabes cómo localizarme rápido.

Ella sonríe, satisfecha, como si hubiera ganado una pequeña batalla. Me siento estúpido por primera vez en mis treinta y cinco años.

—Perfecto, Damian. Sabía que nos entenderíamos. —Se levanta, dando por concluida la reunión—. ¡Ah! Y no te preocupes, no te haré correr demasiado —añade de un modo que deja claro cómo quiere verme correr.

Asiento, sonrío por un instante, y luego recupero la fachada. Ella me estrecha la mano educadamente y se da la vuelta para salir del despacho de Nathan.

—Te enviaré la información mañana —agrego, solo para darme el gusto de que se gire y me mire.

Y lo hace.

—No esperaba menos de ti.

Cruza la puerta, dejándola entreabierta. Me quedo de pie, tras el escritorio, mirándola mientras se aleja, preguntándome cómo una mujer como ella logra descolocarme. A pesar de mis esfuerzos por mantenerme firme, sé que esto solo está comenzando.

# 13

# Abigail

La habitación está a oscuras, pero puedo sentir cómo se acerca a mí.

Damian.

Su presencia es imponente, inconfundible.

Está frente a mí, sus ojos están clavados en los míos, y aunque no dice una palabra, su mirada, azul e intensa, habla por él. Noto cómo me desnuda mucho antes de que sus manos me toquen. Doy un paso hacia atrás, pero mi espalda choca contra la pared. No hay escapatoria.

—¿Estás huyendo de mí, Abi? —pregunta. Su voz suena grave, resonando como un susurro que vibra en mi pecho.

Mi garganta está seca; las palabras se me atascan. Niego con la cabeza, no puedo mentirle.

Damian se mueve lentamente, apoya la mano en la pared junto a mi rostro, y el calor que irradia me envuelve por completo.

—¿Acaso no es esto lo que estabas buscando? —dice, aunque su tono sugiere que sabe exactamente cuánto me intimida.

Su otra mano se desliza por mi cintura, firme pero deliberada, repasando cada curva y haciendo que mi piel se erice. Mi respiración se acelera y el corazón me late tan fuerte que estoy segura de que él también puede escucharlo. Pero no retrocede, y tampoco lo hago yo.

Cuando su boca encuentra la mía, es como si el mundo se detuviera. Sus labios son suaves a la vez que exigentes, reclamando todo lo que estoy dispuesta a darle. Mi cuerpo responde antes que mi mente, subiendo mis manos hasta su cuello, enredando los dedos en su pelo oscuro mientras que el beso se hace más profundo y ardiente.

La pared fría contra mi espalda contrasta con el calor abrasador de nuestros cuerpos. Su mano sube por mi muslo, empujando la tela de mi vestido hacia arriba con una facilidad que me enloquece. Mi piel se eriza y un gemido suave se escapa de mis labios, uno que él atrapa con un movimiento rápido de su boca sobre la mía.

—Eres una maldita tentación —susurra contra mi piel, sus labios bajando por mi cuello, dejando un rastro de besos que me hacen arquearme hacia él.

Mis manos exploran su pecho, sus hombros, sintiendo cada músculo bajo la tela que aún lo cubre. No quiero barreras, y mi impaciencia lo deja claro. Mis dedos encuentran los botones de su camisa y los desabrochan con movimientos algo torpes, revelando su piel caliente, marcada por el ejercicio y provocando un cosquilleo en mi entrepierna que toma el control total de mí.

El contacto de piel contra piel es un choque de electricidad.

Sus manos vuelven a mi cintura, tirando de mí hacia él, eliminando cualquier distancia entre nosotros. Mi nombre escapa de sus labios, un susurro cargado de necesidad, y mi pecho se aprieta contra su torso desnudo. Cada caricia, cada beso, me lleva más lejos de la realidad, hasta que el mundo a nuestro alrededor desaparece.

Y entonces, justo cuando siento que estoy a punto de perderme por completo en él, en nosotros, despierto.

Mi habitación está tranquila, bañada por la luz tenue del amanecer, pero mi corazón aún late con fuerza y mi cuerpo está caliente, como si todo hubiera sido real.

—Damian —susurro.

Cierro los ojos y compruebo que su imagen sigue ahí, clavada en mi mente, tan vívida que casi puedo sentir su cercanía y sus caricias.

Me paso una mano por el rostro, como si eso pudiera borrar los recuerdos de lo que he soñado. Pero no, aún siento la intensidad, el modo de susurrarme al oído, la forma en que me miraba, su cuerpo pegado al mío… Y lo peor: cómo me afecta este hombre incluso en sueños. Es frustrante darme cuenta de lo profundamente que se mete en mis pensamientos.

Alargo la mano, tomo el teléfono y miro la hora. Es mucho más tarde de lo que pensaba. Hay un mensaje de Richard, que sigue preocupado por mí desde aquella conversación en la cafetería. Me pide que mantenga un perfil bajo.

—Sí, ya… a buenas horas —murmuro hacia la pantalla.

Suspiro, me incorporo y dejo que mis pies toquen el suelo frío. Necesito concentrarme en el trabajo, nada de mensajes ni sueños.

Camino descalza hasta la cocina y enciendo la cafetera. Mientras el aroma a café lo inunda todo, pienso en las opciones que tengo. Debería empezar ya con la investigación que Damian me ha encargado y seguir con la otra… la real.

—Podría decirle que… Sí, es buena idea —digo en voz alta, cavilando sobre las posibilidades que tengo.

Soy consciente de que tomar decisiones con la calentura que aún tengo no es una buena idea, pero también es cierto que nunca me he caracterizado por ser buena decidiendo.

De modo que…

Es una buena excusa para verlo y eso me sirve.

Me muerdo el labio mientras giro el teléfono entre los dedos.

«Es trabajo, solo trabajo», me repito, aunque ni yo me creo la mentira.

Voy hacia la entrada, saco la tarjeta que Damian me dio y, antes de arrepentirme, marco.

—Dígame —contesta de inmediato, sin que llegue a sonar el segundo tono.

Suena ajetreado, lo que me hace dudar. ¿Lo estaré interrumpiendo? Es viernes, quizá tiene otras cosas.

—¿Damian? Soy Abi. —Siento que me tiemblan un poco las palabras, y hasta las manos me sudan.

—¡¿Abi?! ¿Ocurre algo? —Su voz se torna más firme, aun así, no puedo evitar imaginarme esa media sonrisa que a veces asoma en sus labios.

—No, no, nada grave —digo, intentando sonar casual, aunque en mi interior late un nerviosismo inesperado—. Necesito que me pases unos datos para comenzar con la investigación. Lo básico: accesos, registros…

—Claro. Tengo que reunirme con Nathan primero. Supongo que en una hora o dos estaré en Elysium. Puedes pasarte…

—Yo había pensado que… —dudo, mordiéndome el labio—. Tengo todo aquí en casa, y así puedo ir ingresando datos a medida que me los pases. Además, podríamos revisar algunas cosas juntos…

Silencio. Imagino su ceño fruncido, evaluando la propuesta. Sé que a él también le gusta este juego entre nosotros, pese a que intente resistirse.

—¿En… tu apartamento? —pregunta, y noto que está procesando más de lo que revelan sus palabras.

—Sí. Creo que será más cómodo. Así puedo ponerme manos a la obra de inmediato —intento

mantener el tono despreocupado, aunque siento la ansiedad en el estómago, mezcla de anticipación y nervios.

—De acuerdo —responde finalmente, y sonrío al escucharlo—. Dime la hora y estaré ahí.

—¿En un par de horas te va bien?

—Perfecto. Nos vemos entonces. Pásame la dirección.

—Ahora te la envío, junto con la lista de lo que necesito.

Cuelgo y me quedo con el teléfono en la mano, en silencio.

—Bien —susurro, aunque no lo digo con euforia; siento una extraña calma inquietante.

¿Por qué tengo la sensación de haber ganado una pequeña batalla y, al mismo tiempo, de estar a punto de entrar en un terreno peligroso? Todo lo que tiene que ver con Damian lo es.

14

# Damian

Abi está frente a mí, tan cerca que siento su aliento caliente contra mi cuello y, por un segundo, pienso que todo esto debe ser alguna especie de trampa. Porque no puede ser real, porque ella no puede mirarme de esa manera, con esos ojos que parecen arder y desarmarme al mismo tiempo.

Mis manos se mueven antes de que mi mente lo procese. Encuentran su cintura, firme y cálida bajo mis dedos, y la atraen hacia mí. Su cuerpo encaja perfectamente contra el mío y todo en mí reacciona como si hubiese estado esperando este momento desde siempre.

—Llevo demasiado esperando esto —gruño, mi voz sale más baja y ronca de lo que esperaba.

Ella no responde con palabras. Sus manos suben por mi pecho, trazando un camino que deja mi piel ardiendo incluso a través de mi camisa. Sus dedos llegan al cuello de la prenda, empieza a desabrochar los botones con destreza, pero también con tranquilidad.

—Yo pienso arrancarte la ropa —le susurro al oído.

Abi jadea, sorprendida, pero la forma en que sus labios se curvan en una sonrisa traviesa me dice que le encanta. Antes de que pueda reaccionar, me inclino hacia ella y capturo su boca con la mía, reclamándola con un beso que no deja espacio para dudas. Mi lengua se desliza contra la suya, explorando, exigiendo, y ella responde con una intensidad que me hace perder cualquier vestigio de control.

Mis manos bajan por sus caderas, apretando con fuerza, reclamando cada centímetro de ella mientras la guío hacia el escritorio que hay detrás de nosotros. Con un movimiento decidido, la levanto ligeramente y la coloco sobre la superficie, empujando los papeles y cualquier otra cosa que se interponga en el camino. La madera fría contrasta con el calor abrasador de su cuerpo, arrancándole un suave jadeo que me vuelve loco. La forma en que su cuerpo tiembla bajo el mío, la forma en que sus dedos se enredan en mi cabello, me encienden de una forma que nunca había sentido antes.

—Damian... —jadea mi nombre cuando mis labios abandonan los suyos y se deslizan por su mandíbula, hasta su cuello. Dejo un rastro de besos húmedos, mordiendo suavemente, y sonrío contra su piel cuando un gemido bajo escapa de su garganta.

Mis dedos encuentran el borde de su camiseta y, sin darle tiempo a reaccionar, la tomo con ambas manos y la rasgo en un movimiento brusco, dejando que la tela caiga al suelo hecha jirones. Mi mirada se clava en su piel desnuda, subiendo por sus costillas hasta sus pechos, y un gruñido escapa de mi garganta, cargado de pura necesidad.

—Joder, Abi —murmuro, dejando que mis ojos recorran su cuerpo desnudo.

No hay otra palabra que haga justicia a lo que siento ahora mismo.

Ella se inclina hacia mí y recorre mi pecho desnudo con sus labios, dejando un rastro que me hace apretar los dientes para no desbocarme del todo. Cuando sus manos se mueven hasta el botón de mis pantalones, un gruñido escapa de mi garganta.

—Abi, si sigues por ahí, no voy a ser capaz de ir despacio —advierto, aunque no hago nada por detenerla.

—No quiero que vayas despacio —responde de manera desafiante.

La tomo por la cintura y, con un movimiento decidido, la hago inclinarse hacia atrás sobre el

escritorio. Su espalda choca contra la madera, y el leve arqueo de su cuerpo me arranca un gruñido que apenas puedo contener. El ruido de los objetos cayendo a nuestro alrededor se desvanece en el aire porque lo único que importa es ella. Me inclino, atrapando sus labios con los míos, mientras mis manos se deslizan con urgencia por sus caderas y su torso, reclamándola en cada caricia.

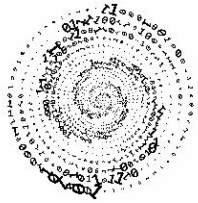
Mis labios vuelven a encontrar los suyos, mientras mis manos exploran su cuerpo con más intensidad, deslizándose por sus muslos hasta llegar al borde de su ropa interior. La tela no tarda en desaparecer y el calor de su piel contra la mía es suficiente para que mi respiración se detenga por un instante.

Cuando finalmente me hundo en ella, un gemido simultáneo escapa de nuestros labios y el mundo entero parece reducirse a este momento, a nosotros.

Nos movemos juntos, un ritmo que comienza lento pero que pronto se intensifica, cada embestida va acompañada de nuestros gemidos y de mi nombre escapando de sus labios. Clava los dedos en mis hombros y me rodea con las piernas mientras me pierdo por completo en su interior.

—No tienes idea de lo jodidamente loco que me vuelves —murmuro justo antes de llegar al orgasmo.

Ella no contesta, pero la forma en que me sonríe satisfecha lo dice todo.



Cuando despierto, aún siento la calidez de su piel contra la mía. Todo ha sido un sueño; mi cabeza lo sabe, pero mi cuerpo sigue ardiendo, incapaz de apartar su imagen de mi mente.

Abi. Otra vez. Invade mis noches y, cada vez, parece más presente. No sé qué me pasa, pero cada vez que pienso en ella, todo lo que soy, todo lo que he construido, parece tambalearse.

No entiendo por qué no puedo sacarla de mi cabeza. Y estas imágenes no hacen más que complicarlo todo. No debería estar soñando con su risa o con esa manera de mirarme, como si supiera exactamente lo que pienso. Y mucho menos debería estar soñando con esas manos y esa boca que, en mis fantasías, recorren mi cuerpo y me desarman.

Me levanto a desgana, con el calor aún palpitando en mi cuerpo.

—¡Maldita sea! —murmuro al ver mi erección, renegando de lo que Abi me provoca. No la conozco tanto como para que me altere así.

Más calmado, después de ducharme y justo antes de desayunar, suena el teléfono. Es un número desconocido, así que contesto formalmente.

Cuando escucho su voz, mi corazón da un vuelco y las imágenes que creía haber desechado regresan con más fuerza. Solo es trabajo o, al menos, debería serlo. Pero al oírla de nuevo, se me olvida todo lo que me he impuesto. Intento sonar tranquilo, aunque soy dolorosamente consciente de que, me guste o no, ella tiene la puta capacidad de hacerme perder el equilibrio y la serenidad que rigen mi vida.

Me explica que necesita algunos datos para la investigación y que será más fácil si nos vemos en su casa. Sé que no es una buena idea, que debería negarme y mantener la distancia, porque su propuesta amplifica la tensión que estaba conteniendo.

Suena tan formal, tan directa… y yo, tan perdido con su imagen en mis sueños. Su forma de hablar es despreocupada, aun así, el eco de ese sueño vuelve a mí con fuerza.

Me paso la mano por el rostro en un intento de regresar al presente. Procuro concentrarme en lo que me está pidiendo, pese a ello, mi mente sigue atrapada en esa extraña mezcla de deseo y confusión. No debería estar recordando cómo en mi sueño me acercaba a ella, cómo la besaba con una urgencia que jamás me había permitido y luego me hundía en ella hasta lo más profundo.

Debería negarme, sin embargo, ¿cómo hacerlo cuando ella es la única que consigue empujarme más allá de mis límites sin proponérselo? Ese es el problema con Abi: logra desarmarme incluso sin estar presente. Y lo peor es que no sé cómo resistirme.

Finalmente, acepto, porque ambos sabemos que no soy capaz de rechazarla, ni siquiera cuando sé que sería lo más sensato.

Cuelgo y dejo escapar un suspiro. Me quedo sentado, con la taza de café en la mano, intentando procesar lo que acaba de ocurrir. ¿Qué cojones me pasa? ¿Por qué estoy a punto de lanzar mis principios por la borda?

No debería ir.

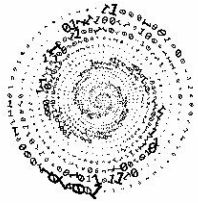
—Ya es tarde para arrepentirse —murmuro, poniéndome en pie.

Me tiene donde quiere y empiezo a darme cuenta de que, de alguna forma, deseo estar ahí.

Recibo un mensaje casi al instante, con la dirección y el listado de cosas que necesita. Apenas termino de leerlo cuando me entra otro mensaje.

**Abi**: No te dejes nada. Recuerda: lo necesito todo, ¿OK?

Sonrío por lo bajo, a pesar de que debería estar preocupado por mi comportamiento. Aquí, ella siempre lleva la delantera y yo, como un idiota, la sigo, incluso sabiendo que todo puede complicarse más de lo que puedo permitirme.



Cuando llego a la oficina, Nathan y Julian ya están en la sala de reuniones.

—Mira quién llega tarde —dice Julian con una sonrisa descarada. Me uno a ellos y me siento entre ambos—. Creo que es la primera vez en... ¿cuánto? ¿Toda tu vida?

—No me toques los huevos. Me quedé hasta tarde hablando con Ethan y he tenido una noche… movida.

—¿Movida? —pregunta Julian, alzando una ceja.

No le contesto. Cuando se pone pesado, es mejor ignorarlo.

—¿Todo bien con Edine? —interviene Nathan, cortando el desvarío de Julian.

—Sí, no hay novedades. El pronóstico no es bueno, aunque ya lo sabían.

Les hablo sobre el estado de salud de la madre de Ava, que ha empeorado y está hospitalizada, y del dolor que esto causa en la chica Blackwood, apodo que mis hermanos le han dado a la novia de Ethan. Luego, nos centramos en los asuntos laborales que nos han reunido. Aun así, mi mente se escapa de vez en cuando. Disimulo y trato de integrarme de nuevo en la conversación.

—¿Todo bien, hermanito? Te veo distraído.

Me digo que necesito enfocarme, pero mis pensamientos vuelven a ella una y otra vez.

—Estoy bien —respondo, tratando de sonar natural, aunque sé que no me dejarán tranquilo.

Nathan me lanza una mirada inquisitiva.

—¿Seguro? —pregunta—. Parece que tienes algo en la cabeza.

—¡Claro! Mi puesto está en juego en Elysium —respondo, tratando de desviar la conversación.

—¿Y eso tiene algo que ver con la chica? —pregunta Julian, arqueando una ceja.

—¿La hacker? —Nathan se sorprende, aunque su sonrisa lo desmiente—. ¿Cómo se llamaba?

—¿Abi? —acaba Julian por él.

Intento no reaccionar, pero la mención de su nombre hace que mis hombros se tensen. Julian lo nota al instante.

—Vaya, parece que hemos dado en el clavo.

Nathan deja los papeles sobre la mesa y se reclina en el asiento, observándome.

—¿Qué pasa con Abi? —añade Julian.

—Nada —respondo, parco. No pienso entrar en su juego.

—¿Es solo trabajo o hay algo más, Damian? —pregunta Nathan, inclinándose hacia mí.

Julian me observa con satisfacción.

Suspiro, sabiendo que no puedo evadir esto mucho más.

—Es solo trabajo —digo, pero no suena convincente.

Nathan asiente, comprensivo, mientras Julian estalla en carcajadas.

—¡Lo sabía! —exclama, dándome una palmada en la espalda—. Así que la chica hacker te ha descolocado... Eso sí que no me lo esperaba del rey del autocontrol.

Esbozo una pequeña sonrisa, que no quiero que Julian note.

—¿Te felicito entonces? —pregunta Nathan, dudoso.

—No. Hay asuntos más importantes de los que encargarme.

—Sí, claro —dice Julian, escéptico, hasta que se da cuenta de mis motivos—. ¿Es por… Etienne? Damian, siempre he creído muchas cosas de ti, pero nunca pensé que te dejarías atar así. Te dije que sería un desastre.

Asiento, recordando bien sus advertencias.

—Lo siento, pero esta vez estoy de acuerdo con él —añade Nathan—. ¿Vas a seguir guiando tu vida en base a lo que ella necesita? No seas idiota.

—Más idiota todavía —apostilla Julian, molesto.

Me levanto sin decir palabra. No pienso discutir esto con ellos.

—Si no hay nada más que hablar sobre esos papeles —digo, señalando la mesa—, tengo otros asuntos que atender.

Y me voy, dejando a mis hermanos mirándome y renegando de mis decisiones.

# 15

# Damian

Después de la reunión, me dirijo al coche. Arranco y conduzco en silencio, con la mente atrapada en las bromas de mis hermanos, el recuerdo del sueño con Abi y, sobre todo, en el consejo final de Julian. A veces, me gustaría ser como ellos, vivir sin la sensación de que el peso del mundo recae sobre mis hombros. Papá siempre me recordó que, como el mayor, debía dar ejemplo y cuidar de mis hermanos. Desde que Nathan llegó, he intentado cumplir con eso. Sin embargo, de un tiempo a esta parte, siento que son ellos quienes cuidan de mí.

Al detenerme en un semáforo, me doy cuenta de que no he puesto la dirección en el GPS. Lo hago sin prestar atención, pues ni siquiera me suena el nombre de la calle. Nueva York es enorme y bastante tengo con almacenar leyes y decretos como para ir fijándome en eso también. Avanzo hasta que el GPS me indica tomar el desvío hacia White Plains y luego hacia Hunts Ave. Entonces lo entiendo. Iba tan absorto en mis pensamientos que... ¿Abi vive aquí? ¿En el Bronx? Dayana tiene una casa enorme en Forest Hills y me dijo que era la casa familiar… ¿Cómo es que su hermana vive en una zona tan diferente? Y sabiendo lo que le pagué para que encontrara los vídeos que exculparon a mi hermano, ¿por qué no cambia de domicilio?

Todo en ella es un misterio.

Mientras me adentro en el Bronx, busco dónde estacionar. A medida que me acerco, mi estómago se revuelve con los nervios.

—Tengo que controlarme —murmuro, deteniéndome en una esquina mientras dejo pasar a una pareja de adolescentes que se besan sin darse cuenta de que casi los atropello.

Varios minutos después, sigo parado hasta que el claxon de un coche detrás me obliga a continuar. Busco aparcamiento para mi BMW, pero no encuentro un lugar seguro, así que sigo hasta llegar al edificio. Observo la zona; no es la peor del barrio. Al mirar a mi alrededor, veo un sitio en la acera de enfrente, aparco, apago el motor y respiro hondo antes de bajarme.

—Voy a entregarle lo que quiere, me aseguro de que todo esté correcto y… ¡adiós! —me digo para calmar la tensión.

Sin embargo, mis palabras logran lo contrario. Algo en mí anhela que esto sea más que una simple reunión de trabajo.

Al entrar en el edificio, veo un cartel que anuncia que el ascensor está averiado. Subo los escalones con el eco de mis pasos resonando en la escalera. Las paredes agrietadas y el aire denso me acompañan hasta la segunda planta, donde la llamo. Responde enseguida.

—¿Damian? —pregunta.

—El mismo. ¿Qué planta es?

—Último piso —responde con voz cantarina.

—Claro, tenía que ser el último.

—Quiero verte sudado.

—Practico boxeo. No me vas a ver sudado por unas simples escaleras, Abi —le sigo el juego, intentando mantener la calma.

—¿Eso es un reto?

Río, pero la llamada se corta por la mala cobertura. Al llegar a su puerta, respiro hondo, no

porque esté cansado, sino para prepararme. Golpeo suavemente y, al instante, aparece ella frente a mí.

Por un segundo, me quedo sin palabras. Apoyada en el marco de la puerta, me mira con una sonrisa segura. Lleva un top ajustado y unos vaqueros que no me ayudan a mantener la compostura. Trago saliva, consciente de que la estoy mirando demasiado.

—¿Esperabas otra cosa? —me pregunta, con esa sonrisa traviesa que siempre me descoloca.

—Quizá… pero no está mal lo que veo —digo sin pensar, sonando más torpe de lo que me gustaría.

Abi ríe de manera coqueta y el sonido me provoca una mezcla de nerviosismo y atracción que no entiendo del todo. Siento un latigazo en la entrepierna. ¡Joder!

—¿Vas a quedarte ahí, mirándome, Blackwood? —pregunta, abriendo más la puerta—. ¿O te has quedado con ganas de más?

Sonrío, intentando recuperar la situación. Asiento y entro. Abi cierra la puerta detrás de mí. Me sorprende lo acogedor que es este lugar. No es lo que imaginaba desde fuera. Aunque, con ella, nada es como uno espera.

—¿Lo has traído todo? —pregunta, interrumpiendo mis pensamientos.

—Sí, claro. Todo lo que me pediste.

Metiendo la mano en el bolsillo del abrigo, saco el papel con los accesos y registros que mencionó y abro el maletín para entregarle las carpetas.

—¡Qué eficiente, señor Blackwood! —exclama juguetona, tomando los dosieres con una ligera sonrisa. Sus dedos rozan los míos intencionadamente y una descarga me recorre.

—Perfecto. Con esto puedo empezar —dice, hojeando los papeles.

Aprovecho ese instante para comprobar que no se me note la erección que me ha provocado.

«¡Joder! Este no es el momento ni el lugar, contrólate», pienso.

Abi levanta la vista y sonríe al verme. Yo hago lo mismo, aunque creo que se nota forzado.

Sin decir nada, la sigo por el estrecho pasillo, incómodo y con tensión en el pecho. Pasamos junto al baño y el dormitorio de Abi, y se detiene frente a una puerta cerrada. La abre y me indica que pase.

La habitación está llena de pantallas, cables y discos duros, una auténtica estación de trabajo que parece salida de una película de ciencia ficción. Todo parece desordenado, pero estoy seguro de que ella controla cada detalle. Hay tres monitores encendidos con símbolos parpadeantes que no comprendo del todo.

—Vaya... —murmuro, acercándome al escritorio—. Esto es... impresionante. ¿Todo esto necesitas?

Abi ríe suavemente cerca de mi oído, y la piel se me eriza.

—Ahora mismo, tengo todo lo que necesito —responde, carraspeando—. Y si me falta algo, ya te lo pediré —añade con picardía, haciendo que mi mente divague.

Me quedo callado, sin saber si es mejor seguirle el juego o no. La observo mientras se sienta frente a uno de los monitores.

16

# Abigail

Llevo un buen rato trabajando, concentrada en las pantallas, pero siempre consciente de su presencia detrás de mí. Damian está sentado en el pequeño sofá, justo a mis espaldas, y siento su mirada clavada en mí.

—Parece que esto te va como anillo al dedo —comenta de repente.

Su forma de hablar es tranquila. Giro mi silla despacio y lo miro. Damian aparenta estar relajado, pero sé que hay algo más tras esa fachada.

—¿Te refieres al trabajo… o a ti? —le respondo, alzando una ceja y cruzando las piernas muy despacio.

Su mirada sigue el movimiento, deteniéndose apenas un instante. Sé que he captado su atención y disfruto al desarmarlo, aunque sea solo un poco.

—Sabes a lo que me refiero —responde, carraspeando. Su voz baja un poco y se torna más grave, casi susurrante.

—Ten cuidado con lo que das por supuesto. Tengo mucha imaginación —le advierto, mordiéndome el labio inferior.

Veo cómo traga saliva, y el movimiento de su nuez despierta algo en mí. Sin esperarlo, Damian se levanta y se acerca. Mi respiración se acelera, y sé que él lo nota. Me observa detenidamente y, en lugar de retroceder, le sostengo la mirada. Se inclina despacio, apoyando una mano en el respaldo de mi silla y la otra en el reposabrazos, encerrándome entre él y las pantallas.

—¿No vas a hacer nada más? —murmuro, sin intención de que se aleje.

—Tal vez —responde, acortando la distancia entre nuestros rostros—. O, quizás, esto es justo lo que necesito hacer ahora —susurra, acercándose a mi oído.

Siento cómo mi piel se eriza. Esto va más allá de nuestros habituales juegos verbales. Desde el primer encuentro, nuestras provocaciones han sido constantes, pero esto es una línea que, de cruzarla, no tendría vuelta atrás.

—Nunca pensé que fueses de los que dudan —lo provoco, intentando romper su estabilidad. Quiero ver a Damian sin esa corbata invisible que le impide soltarse.

Pero su autocontrol es fuerte. Lo veo en su rostro cuando se aleja unos centímetros.

—No debería estar aquí —dice, con un matiz que no logro descifrar. Lo miro, y aunque he desencriptado códigos imposibles, no consigo leer lo que este hombre calla.

Sin embargo, me gustan los retos y Damian es el más complicado al que me he enfrentado. No pienso retroceder.

—Pero… estás aquí —respondo juguetona, con una sonrisa coqueta.

Y ahí está: una pequeña sonrisa aparece en sus labios. Su resistencia está tambaleándose. Sin embargo, cuando pienso que cederá, se da la vuelta y vuelve a su sitio.

Frunzo los labios, frustrada.

—¿Estás más cómodo ahí? —le pregunto, provocándolo.

—No es el lugar lo que me incomoda —responde, antes de levantarse rápido y caminar hacia la ventana.

Lo observo en silencio, con una sonrisa traviesa asomando a mis labios.

—Entonces, ¿qué te incomoda? —pregunto en de manera inocente, aunque ambos sabemos que mi comentario está lejos de serlo.

—Ya lo sabes —contesta.

Trago saliva al oír su voz, ahora más ronca y excitante.

—¿Yo? —finjo sorpresa, disfrutando cada segundo de provocación. No sé de qué hablas.

—Abi… —suena como una advertencia. No sé si va dirigida a mí o a él, pero ambos sabemos que algo en Damian está cediendo.

Me levanto y me acerco lentamente, sin tocarlo, pero la proximidad es suficiente para que ambos sintamos el calor del otro. Damian se gira, enfrentándome, y me inclino hacia él.

—Si realmente soy yo quien te incomoda —le susurro al oído, imitando su gesto anterior—, siempre puedes elegir marcharte. —Me separo despacio, disfrutando de la tensión que se está creando.

Damian suspira y mi sonrisa satisfecha crece. Estoy logrando lo que quiero: llevarlo al límite. Lo noto en la intensidad de su mirada y en la tensión de sus manos, que parecen debatirse entre sostenerme o no.

—Estás jugando con fuego —murmura, con un brillo peligroso en los ojos, aunque no se aleja.

—Tal vez. —Sonrío—. Pero me gusta el peligro.

Damian exhala con fuerza y por un instante creo que va a retroceder. Pero hace lo contrario. Con un movimiento rápido, me agarra de la cintura y me atrae hacia él. Su rostro queda a escasos centímetros del mío y sus labios están tan cerca que apenas puedo respirar. Mi corazón se acelera al ver la tormenta en sus ojos, esa que he ido provocando poco a poco y que por fin se desata.

—Abi, no juegues conmigo —me dice, con una mezcla de deseo y advertencia.

—¿Y qué pasa si lo hago? —le replico, desafiándolo y rozando mis pechos contra su torso.

No me responde.

Sus labios se encuentran con los míos; no con la suavidad de la duda, sino con la pasión de quien se ha reprimido demasiado tiempo. Su beso es feroz y mi respuesta es igual de intensa. Envuelvo los brazos alrededor de su cuello mientras él me sostiene con más fuerza, atrayéndome todo lo que puede. Su cuerpo firme contra el mío me hace sentir vulnerable y encendida .

# Damian

El beso es firme, sin rodeos. Es pura y jodida necesidad. Todo lo que llevaba guardándome salta por los aires. No hay marcha atrás.

No puedo parar. No quiero parar.

Abi me devuelve el beso con la misma intensidad y eso lo hace peor. O mejor. A estas alturas, ya no lo sé ni me importa. Me lleva directo al borde del precipicio, y dejo que lo haga. Cada movimiento de su lengua me engancha más y arrasa con cualquier mierda que me decía para no llegar aquí. Todo lo demás desaparece. Y, sinceramente, que se joda el resto. No quiero pensar. Solo quiero perderme en ella y que este momento no termine nunca.

El teléfono vibra en mi bolsillo.

Joder.

Me aparto de Abi con un gruñido, los puños apretados y la mandíbula tensa.

Vuelve a sonar, insistente, como si no pudiera esperar un maldito segundo. Meto la mano al bolsillo, lo saco y miro la pantalla. Es de casa.

Joder.

No quiero descolgar, pero tengo que hacerlo. Joder.

—¿Vas a contestar? —pregunta en un susurro, aunque ya sabe la respuesta.

Pulso para responder y todo se va al carajo.

La miro, y su expresión me dice que entiende lo que pasa, pero no hace que esto sea menos jodido. El momento se desvanece en un segundo.

La voz al otro lado de la línea es urgente. No hace falta que diga mucho; ya sé lo que significa.

Tengo que largarme y lo odio.

—Me voy. —Las palabras salen como un gruñido, cargadas del asco que siento por tener que decirlas.

Su reacción es apenas un leve movimiento de cabeza. No dice nada, aunque veo en su rostro que no le gusta. Tampoco a mí.

El silencio entre nosotros se hace incómodo. Busco algo que decir, algo que haga esto menos mierda, sin embargo, no me sale nada que no suene vacío.

—Va a estar bien —digo al final, más por llenar el silencio que porque lo crea de verdad.

Abi asiente, sin mirarme. Todo se queda en pausa, como si el tiempo se detuviera un segundo antes de romperse.

Doy un paso atrás, después otro. Me giro y cruzo la puerta.

Maldita sea.

# Abigail

Cuando la puerta se cierra, el silencio me envuelve. Me quedo en el mismo sitio, respirando profundo. El beso aún está presente en mi cabeza y hasta en mis labios, pero ya no sabe igual. Hay algo amargo, sí, aunque también es una sensación extraña.

Me siento un poco molesta porque se ha ido, sí, pero también sé que he logrado algo. He visto lo que he provocado en él, la forma en que se ha dejado llevar, y eso es lo que cuenta. Puede que se haya marchado, pese a eso, nadie puede negar que he ganado terreno. Y con eso, ahora mismo, eso me basta.

—Este tira y afloja apenas comienza —me digo, dejándome caer sobre el escritorio.

Suspiro y me acerco al sofá donde él ha estado, donde aún percibo su perfume. Inspiro y repaso lo sucedido: sus manos en mi cintura, la intensidad de su mirada, el sabor de sus labios… El control que siempre exhibe, roto por un momento. Sonrío, a pesar de mi enfado.

Con resignación, busco mi teléfono y marco el número de Dayana. Necesito distraerme y saber cómo le va en Las Vegas.

—¿Qué pasa, hermanita? —La voz de Dayana suena vibrante.

—Aquí, en casa, pensando en ti y en cómo va el torneo —contesto, intentando sonar casual.

—¡Vamos bien! Aún falta, pero las cosas pintan mejor de lo que esperaba. —Dayana ríe, y su risa es contagiosa, ayudándome a dejar de pensar en Damian un rato—. ¿Y tú, cómo andas?

—Digamos que he tenido una reunión... interesante. —Sonrío.

—¿Con Damian? —me pregunta, divertida.

—Y sus hermanos —agrego, quitándole importancia.

Seguimos hablando un poco más. Escucho un murmullo que la reclama, así que me despido rápido. Sin embargo, cuando cuelgo, la calma que trajo la conversación se desvanece. Me levanto, inquieta, pensando en los próximos pasos. Al segundo, lo desecho. Hay cosas más importantes que Damian. Me pongo a trabajar en el caso de Elysium.

Frente a mis pantallas, reviso los datos con precisión. Mis dedos vuelan sobre el teclado, iluminada por el brillo de los monitores. La concentración se rompe cuando el teléfono vibra en la mesa. Mi corazón da un pequeño salto y contesto sin dejar de mirar la pantalla.

—¿Diga?

Al otro lado, silencio. Un silencio que dura demasiado.

—¿Sí?

Mis dedos dejan de teclear y, justo cuando voy a colgar, una voz fría y desconocida irrumpe en la línea.

—Aléjate de lo que estás haciendo… o lo lamentarás.

Casi por inercia, activo un programa de rastreo en el ordenador principal. La pantalla se llena de líneas de código que intento seguir.

—¿Quién eres? —pregunto, con la idea de ganar tiempo.

Aparecen coordenadas fluctuantes, saltando de un punto a otro como si la señal estuviera rebotando.

¿Qué demonios…?

Frunzo el ceño y ajusto el rastreo. No sirve de nada. La señal sigue cambiando sin parar.

—¿Intentas distraerme? —comenta él, divertido.

Respiro hondo y muerdo el labio, mis dedos aceleran.

—Para nada… —respondo con ironía, manteniendo la compostura.

Añado otro programa para triangular la posición, pero solo obtengo ruido. Me llevan de una ciudad a otra, de un continente a otro… Están jugando conmigo.

—Maldita sea… —mascullo, frustrada.

Una carcajada rompe el silencio. Él sabe lo que intento y quiere que fracase. Un segundo después vuelve a hablar con frialdad. Me hiela.

—No intentes encontrarlos.

Mis ojos se clavan en las coordenadas. Sé que no tiene sentido seguir; estoy lidiando con alguien preparado para esto. Desconecto el rastreo, consciente de que insistir solo me expone más.

—¿Quién eres? —repito, aunque ya sé que no habrá respuesta. Al otro lado, solo queda silencio.

A pesar de que debería echarme atrás, no lo hago. Estoy demasiado cerca de desentrañarlo todo. Respiro hondo y, con las manos temblorosas, le envío un mensaje a Richard:

**Abi**: He recibido una amenaza. Están más cerca de lo que pensábamos.

La respuesta no tarda en llegar. Richard, como siempre, es directo:

**Richard**: Déjalo. Quédate al margen.

Frunzo el ceño. ¿De verdad piensa que voy a retroceder ahora?

**Abi**: Estamos muy cerca.

Me contesta tajante:

**Richard**: No pongas en riesgo tu vida. Retírate. Es una orden.

Dejo el teléfono a un lado, frustrada. No voy a rendirme. Me siento frente a las pantallas, rodeada de teclados y cables, y retomo el trabajo. Las amenazas no me detendrán.

# Damian

El motor del coche se detiene, dejando un silencio incómodo. Me quedo sentado, con las manos aún sobre el volante, apretándolo más de lo necesario, como si eso me fuese a ayudar a encontrar una dirección en medio del lío que tengo encima.

Respiro hondo, pero no sirve de mucho.

Salgo del coche y ahí está la casa. No sé si llamarla hogar, no ahora.

Camino hacia la puerta y cada paso es más pesado que el anterior. No quiero estar aquí, no quiero lidiar con esto, pero no tengo opción. Hay cosas que no puedes dejar pasar, aunque preferirías estar en cualquier otro lugar.

Al subir las pequeñas escaleras, busco las llaves, pero antes de sacarlas, la puerta se abre de golpe. Ahí está María, la encargada de las labores domésticas desde hace seis años. Sus ojos, siempre serenos, ahora están alterados. Baja la mirada y traga saliva.

—Señor Damian… yo... —tartamudea, su acento latino se marca aún más—. No sabía qué hacer... No le he dicho nada de su marcha, pero…

—No te preocupes, María —la interrumpo.

—Está… muy alterada...

Su voz se apaga y luego lanza una mirada de reojo hacia dentro. No necesito ver ni oír más; sé lo que me espera ahí.

—Has hecho bien en llamarme, María —afirmo tenso—. Márchate, tómate el resto del día libre. Yo me encargo.

María asiente aliviada y, en menos de un minuto, está bajando a toda prisa por las escaleras.

Respiro hondo. Es el momento. Debo entrar.

Al cruzar la puerta, la presión en mi pecho es casi insoportable.

Ella está ahí, esperándome en el recibidor. En cuanto cierro la puerta, la furia en sus ojos se hace más palpable que nunca. Tiene la cara desencajada y el rastro de lágrimas aún brilla en sus mejillas. Sostiene una lámpara en la mano, lista para lanzármela. Todo su cuerpo tiembla, atrapado en una rabia que apenas puede contener.

—No has dormido aquí, Damian —escupe Etienne. La voz se le quiebra por la rabia y el dolor —. Tus cosas... ¡¿Dónde están tus cosas?!

—Etienne, por favor. Vamos a…

—¡¿Me estás abandonando?!

Cada palabra duele como la primera vez, aun así, controlo mi expresión, aunque por dentro algo se desmorona. No es nuestra primera discusión ni será la última, pero esta vez es diferente. He hecho todo lo posible por mantenerme sereno, intentar entenderla, darle tiempo para recuperarse, adaptarme a todo… sin embargo, nada es suficiente. Y lo peor es que no lo es para mí, porque ahora siento cómo todo se me ha ido de las manos.

—No es lo que piensas, Etienne —respondo, sorprendido de lo débil que suena mi voz.

Ella suelta una carcajada fría y sarcástica. Sus ojos me atraviesan. Por cómo me mira, sé que ha llegado a una conclusión y que nada de lo que diga la cambiará.

—Ah, ¿no? ¿Y qué es, entonces? Porque lo que yo veo es que te largas cuando las cosas se

ponen difíciles. Justo cuando más te necesito.

Suspiro, agotado. Debería irme, dejar de complicar las cosas, pero no puedo dejarla sola en este tormento del que ambos somos culpables.

—¡Eres un maldito cobarde, Damian Blackwood!

—Etienne… —advierto entre dientes, con una calma que no siento.

Me estoy conteniendo, apretando cada músculo para no perder los estribos, pero el límite está cada vez más cerca.

—¡¿Es que no me ves?! —grita, su voz quebrada—. ¿Acaso no te importo nada?

—¡Esto no se trata de ti! —replico más alto de lo que pretendía—. ¡No todo gira en torno a ti, Etienne!

Por un momento, se queda callada, pero no dura.

—Claro, ¡cómo no! A ti te da igual todo. Solo piensas en ti mismo.

Tomo aire como puedo, sintiendo cómo la presión se acumula en mi pecho. He pasado por esto más veces de las que puedo contar, pero hoy... hoy no puedo más.

—Para ya, Etienne —gruño.

Siento cómo se agota lo poco que me quedaba de paciencia y cada palabra que dice añade un peso enorme a algo que ya no puedo cargar.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Es que no ves por lo que estoy pasando?

—No puedes seguir jodiéndonos la vida así.

Su mirada se vuelve dura, cargada de incredulidad.

—¡¿Me estás culpando a mí?! —espeta, como si lo que he dicho fuera el mayor insulto que existe.

—No todo gira en torno a ti. Necesito respirar, necesito espacio… Eso no es huir.

—¡Es el camino fácil!

—¡Eso no es el camino fácil!

Ella me fulmina con la mirada, como si mis palabras fueran una traición imperdonable.

—Te odio —susurra, y, aunque no quiera admitirlo, esas dos palabras me atraviesan como un cuchillo.

Mi cuerpo entero se tensa. Sería de idiota quedarme aquí. Me doy la vuelta, incapaz de soportarlo un segundo más. Las palabras de Julian resuenan en mi cabeza: «va a salir mal, va a ser una jodida tormenta de mierda».

Apenas me he girado cuando escucho el estruendo de algo estrellándose contra la pared, probablemente la lámpara. Está fuera de control.

—¡Basta! —grito, incapaz de contenerme más—. ¡No puedo ser tu salvador! ¡Y no soy responsable de tu vida ni de lo que estás haciendo con ella!

Las lágrimas vuelven a inundar sus ojos, cargados de ira. No puedo evitar sentirme culpable, aunque sé que no hay nada que pueda hacer.

Ella se da la vuelta, derrotada, a punto de derrumbarse.

Yo me quedo donde estoy, observándola. Estoy harto de esta mierda de relación, de discutir, de sentirme atrapado. Solo quiero dejarlo todo atrás.

—Voy a quedarme en el ático de Ethan por un tiempo —digo al fin, sabiendo que es la única salida.

—Lárgate —susurra, casi sin voz, pero con suficiente desprecio para que me calen bien hondo.

# Damian

Mi respiración está descontrolada, siento la tensión en cada músculo. Subo al coche y cierro la puerta con fuerza. El metal retumba en mis oídos. A pesar de que mis manos se aferran al volante, no arranco. Aún no. Necesito calmarme antes de conducir.

Saco el teléfono de la chaqueta y noto que tengo las manos temblorosas. Necesito claridad, hablar con alguien que no esté atrapado en esta mierda. Respiro hondo y marco el número de Nathan. Siempre ha sido la voz de la razón, quien me ayuda a ver las cosas desde fuera cuando todo se oscurece. Aunque para todos soy el frío y dueño de un control absoluto, pocos saben que Nathan ha sido mi conciencia desde que éramos niños.

—¿Nate? —pregunto cuando responden al segundo tono, sin darle tiempo a hablar.

—No, soy Julian —responde la inconfundible voz de mi otro hermano—. Nathan está en la ducha. ¿Ocurre algo?

Mierda.

Mi primer impulso es colgar. Aunque Julian y yo compartimos muchas cosas, nuestros caracteres son opuestos, y no sé si estoy listo para que me hable con la franqueza con la que él suele hacerlo. Me obligo a resistir la tentación. No puedo seguir fingiendo que tengo todo bajo control cuando sé que no es así. No esta vez.

—Voy al ático —digo finalmente, soltando la frase sin más explicación—. No… puedo…

Las palabras se atragantan. Julian sabe de qué hablo; conoce lo que está pasando y me advirtió que esto ocurriría, por lo que me entiende sin decir mucho.

—Vamos para allá —responde sin dudar y, antes de que pueda protestar, ya ha colgado.

Me quedo en el coche unos minutos más, con el teléfono en la mano. Las luces de la calle parpadean sobre el capó, un puto reflejo de que el mundo sigue girando, ajeno a mi desastre. Tras unos minutos así, inspiro hondo y arranco el coche, sintiendo el zumbido del motor bajo mis pies.

Al llegar, el dolor en el pecho me asfixia y me esfuerzo por respirar. Camino despacio hacia el ascensor, arrastrando los pies. Cuando entro en el ático, dejo caer las llaves sobre la mesa, me quito la chaqueta, me aflojo la corbata y me desplomo en el sofá, mirando al techo, como si las respuestas estuvieran ahí.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que la puerta se abre de golpe. Nathan y Julian entran sin llamar.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Nate al cruzar su mirada con la mía, con esa calma que siempre me hace sentir que, de alguna manera, todo estará bien.

—Lo mismo de siempre —respondo, agotado—. Etienne está fuera de sí y no puedo hacer nada. Ni siquiera sé si quiero hacerlo.

Julian se apoya en la pared frente a mí, con una sonrisa socarrona que parece reservada para momentos como este.

—Te lo dije —comenta con brutal honestidad—. Te dije que estarías en un lío si seguías con esa estúpida idea. Hace semanas que deberías haber tomado esta decisión —añade, mirando el ático—. Total, el muñeco está demasiado ocupado jugando a los papás y las mamás en medio de

la montaña.

Su comentario sobre nuestro hermano menor pretende aliviar el peso de sus palabras, pero no lo consigue.

Me paso una mano por el rostro.

—No es tan sencillo, Julian —replico. Mis hermanos se miran, alertados por mi apatía. Hoy no tengo energía ni para discutir—. No puedo… dejarla, sin más. Fingir que todo va bien mientras ella se hunde. No soy así.

Nathan me observa con serenidad, evaluando cada palabra. Siempre ha sido el más comprensivo y razonable, pero incluso él tiene un límite y sé que está harto de verme en este ciclo.

—Nadie te pide que finjas —interviene—. Solo tienes que entender que no puedes salvar a alguien que no quiere ser salvado, Damian. Ya lo has intentado varias veces. No tienes que cargar con la culpa por no poder con todo.

Mis manos tiemblan, lo que me molesta. Soy Damian, un puto robot que lo maneja todo con precisión, frío incluso en los peores momentos. O eso creía…

Ahora, sin embargo, estoy al borde del abismo. La presión, la culpa, el trabajo, Etienne... Abi… Todo se mezcla en mi cabeza y no veo una salida.

—Deberías quedarte aquí una temporada, al menos, hasta que las cosas se calmen —dice Julian, leyéndome la mente—. No te dejes llevar por la responsabilidad. Etienne ha hecho su elección. Y lo que pasó no fue tu culpa… ni la de nadie. Solo sucedió.

—¿En serio, Julian? —replica Nathan, sonriendo—. Me alegra ver que mis esfuerzos están dando resultados. Por una vez pareces humano.

—¡Vete al carajo, Nate! No soy un *happyflowers* como tú —responde Julian.

Este diálogo improvisado busca sacarme del bucle destructivo en el que estoy, y lo logra, al menos un poco.

—Puede que tengáis razón —digo sin mucha convicción.

—Eso mismo —añade Nathan, suave pero firme—. No tienes que cargar con todo solo. Nos tienes a nosotros, Damian.

Asiento lentamente, aunque por dentro mi mente sigue girando en círculos. Todo lo que dicen tiene sentido, pero algo en mí se resiste a aceptar la facilidad con la que plantean dejarlo todo.

—No puedo. No… dejarla así —murmuro, contradiciéndome.

Nathan suspira y se sienta en el reposabrazos, a mi lado, con una mirada empática, pero más dura de lo que estoy acostumbrado.

—Nadie te pide que le des la espalda —dice con suavidad—. Solo que entiendas que no puedes destruirte para salvarla. Porque si sigues así, Damian, acabarás tan roto como ella.

Miro al suelo y veo una lágrima caer. Me restriego la mano por el rostro, intentando ocultar que he tocado fondo. Mis hermanos guardan silencio.

Julian se levanta y comienza a caminar por la habitación, inquieto.

—¡¿Hasta cuándo vas a aguantar esto?! —pregunta, alterado—. ¡Mírate! Estás hecho mierda. Déjame ser el imbécil que te diga que las cosas no funcionan así. Tienes que pensar en ti. ¡¿Me oyes?!

Sus palabras, aunque duras, contienen una verdad que ya no puedo ignorar. Me paso una mano por el pelo, cerrando los ojos. Esta lucha me está desgastando, y lo sé.

—Tenéis razón —admito, en un susurro—. No voy a volver. No puedo hacerlo. —Ambos asienten, satisfechos.—Me quedaré aquí, en el ático, el tiempo que sea necesario. Necesito

distanciarme para pensar con claridad.

Nathan y Julian asienten, dejando escapar un suspiro de alivio.

# Abigail

Agarro con fuerza la bolsa de mi cena mientras la humedad de la noche se adhiere a mi piel y el frío atraviesa la chaqueta ligera. Acelero el paso para entrar en calor. Escucho el eco de mis botas resonando en el asfalto, aún mojado por la llovizna de esta tarde. Siento cómo el móvil vibra en el bolsillo. Al sacarlo, veo el mensaje:

**Desconocido**: No sigas. Ya sabes de lo que somos capaces. No habrá más advertencias.

Mis dedos se quedan suspendidos sobre la pantalla, paralizados. Enfadada y asustada, apago el móvil en un vano intento de restarle importancia. Sin embargo, mi respiración se agita y un nerviosismo impropio me invade. Vuelvo a encender el móvil, releo el mensaje, buscando alguna pista entre las letras, aunque sé que no la habrá.

Cruzo la calle más rápido, mirando a todas partes. De repente, la sensación de que alguien me observa se intensifica con cada paso.

«No seas idiota, Abi. Estás paranoica», me digo varias veces para calmarme.

No puedo evitar mirar de reojo hacia las sombras de los callejones. Suspiro al ver mi edificio al final de la calle. Estoy cerca de la seguridad del hogar.

En cuestión de segundos, el aire se vuelve más denso y mis músculos se tensan involuntariamente. Un escalofrío me recorre.

No estoy sola.

Siento una presencia detrás de mí. No quiero volverme, pero estoy segura de que es real. El eco de mis pisadas, cada vez más rápidas, resuena a mi alrededor.

Me convenzo de que lo mejor es salir corriendo y, antes de hacerlo, una mano se cierra sobre mi brazo con fuerza, tirándome hacia atrás. Voy a gritar, pero otra mano me cubre la boca. Intento girar la cabeza, pero la presión es brutal y no puedo moverme.

—Te dijeron que no siguieras, ¿verdad? —susurra una voz rasposa y baja, muy cerca de mi oído.

El terror me paraliza. Intento moverme, pero quien me sostiene parece de hierro. Apenas puedo respirar.

—O paras o la próxima vez no serán tan amables.

Ni siquiera soy capaz de asentir.

—¿Lo has entendido?

Lo hago de manera reiterada, movida por un instinto automático.

Sin previo aviso, me empuja hacia adelante y el contacto desaparece. Me tambaleo, respiro profundo para recuperar el aliento, pero mis pulmones parecen negarse.

Pasados unos segundos, reacciono y giro la cabeza. Ya no hay nadie. Las calles están desiertas, silenciosas, excepto por el lejano sonido de un coche. Si no fuera por el temblor de mi cuerpo y el pánico que me consume, pensaría que todo ha sido una pesadilla.

Saco el móvil del bolsillo y casi se me cae al desbloquearlo. Marco su número sin pensarlo dos veces.

—Vamos, contesta…

# Damian

No han pasado ni cinco minutos desde que mis hermanos se han marchado, cuando el teléfono vibra sobre la mesa. Veo que es Abi quien aparece en la pantalla y respondo de inmediato, intrigado por su llamada, sobre todo, porque no he sabido nada de ella desde que me fui de su apartamento.

—Damian… —dice al descolgar.

Su voz tiembla. Habla rápido, entre sollozos, y no logro entender mucho, solo palabras sueltas: ataque, amenaza, sola. El pánico me recorre, pero intento no perder la compostura.

Sin pensarlo, me lanzo al garaje, desbloqueo el coche y pongo el motor en marcha.

Ya en la carretera, mi cabeza no deja de pensar. Cada kilómetro que recorro me arrastra hacia las peores imágenes: Abi herida, Abi indefensa. La idea de que alguien le haya hecho daño me consume de una manera que no esperaba.

Intento calmarme, respirar hondo, pero el maldito nudo en el estómago no se va.

He enfrentado montones de mierdas en mi vida, pero nada me ha dejado tan jodidamente vulnerable.

Aparco al lado de la acera, bajo del coche y siento que mi corazón va a estallar. Subo las escaleras sin perder un segundo.

Cuando llego, la puerta está entreabierta. La empujo, y el chirrido metálico me perfora los oídos. La veo de inmediato.

Abi está sentada en el suelo, respira con dificultad y tiembla.

—Abi… —Apenas logro hablar.

Me arrodillo junto a ella. Alza la mirada y la enlaza con la mía. Es entonces cuando noto que la necesidad de protegerla es irremediable.

Me pierdo en sus ojos, llenos de dolor y miedo.

—Ya estoy aquí —digo, intentando darle seguridad, aunque mi voz suena rota.

Coloco mi mano sobre la suya, fría y frágil. Intento mostrarme sereno, pero por dentro me estoy haciendo añicos.

¿Cómo he podido ser tan ciego?

Ella es más importante de lo que quería admitir.

—No sé qué ha pasado, pero no puedes quedarte aquí, Abi. Es peligroso. —Hablo con determinación, pese a los nervios que me oprimen.

El barrio no es seguro y la han atacado. No necesito saber más.

Abi tiene la cabeza gacha y parece que sus ojos están anclados en nuestras manos unidas. Niega varias veces al oírme.

—Vente conmigo.

Al decir eso, alza el rostro y me observa. Sus ojos están consumidos por el miedo y algo más que no puedo identificar. Intenta sonreír, pero el gesto se desmorona.

—No voy a huir, Damian —responde con voz temblorosa—. Ha sido un susto. Solo… me han pillado desprevenida. Estoy bien.

—No, no lo estás. —Mi tono es más duro de lo que me gustaría—. No vas a seguir sola aquí,

no después de lo que ha pasado.

Abi se queda en silencio y me relajo al ver que no me discute. Esa mínima relajación permite que una idea empiece a formarse en mi cabeza.

—¿Esto ha sido por el trabajo? Si es así, tienes que decirlo.

—Damian... no todo gira en torno a ti —me interrumpe, con un destello de sarcasmo que no suena convincente.

—Abi… —Me acerco aún más—. Necesito saber si está relacionado con Elysium.

Guarda silencio durante unos segundos que se me hacen eternos. La tensión crece. Me está ocultando algo, lo sé.

—Puedo con esto yo sola —contesta.

—Abi, no puedes. No sé qué cojones ha pasado, pero si no me lo dices, no puedo ayudarte.

—Esto es solo… mi problema.

—¡No! Dejó de ser tu problema cuando me llamaste.

—Damian…

—¿Querías verme perder los nervios? Pues ya lo has hecho —replico, enfadado, más conmigo mismo que con ella.

Se muerde el labio. Quiero pensar que está dudando, pero no dice nada.

Intenta ponerse en pie, pero sus piernas flaquean. Maldigo al verla. La rodeo con un brazo antes de que se caiga, sujetándola con suavidad.

—Damian... —murmura, con la cabeza apoyada en mi pecho—. No soy una niña asustada. Te lo digo en serio: es cosa mía.

Sus palabras contradicen su actitud.

—No lo pongo en duda, pero no te voy a dejar sola. —Alza la cabeza y me mira, tensa y desafiante—. Te han atacado. No sé si esto tiene que ver con lo que estás investigando para mí… —Niega—. Me da igual, no voy a permitir que te quedes aquí.

Abi se muerde el labio.

—Lo siento. No debí llamarte. Yo… pensé que no te preocuparías tanto.

—Está claro que te equivocaste —replico, cabreado—. Vas a venir conmigo. Ahora.

Su resistencia flaquea, lo veo en su mirada.

Alargo el brazo y le retiro el cabello de la cara, adherido por las lágrimas. No habla. Solo me mira. Dibuja una triste sonrisa y asiente en silencio.

# Damian

¿Cómo puede decirme que puede con esto sola? Está claro que quien fuera no solo quería asustarla. ¿En qué demonios se ha metido? Me paso la mano por la cara, intentando no perder la cabeza mientras miro el desastre que tengo delante.

La observo cuando entramos al salón, pero ella sigue avanzando hacia la habitación donde están los ordenadores. Actúa como si no le afectara el estado en que está todo. Al llegar a la puerta, me quedo paralizado. Las pantallas están destrozadas, los teclados en pedazos, los cables cortados y el suelo cubierto de montones de papeles desparramados.

—¿Por qué entraste? —le pregunto, tenso. Abi se gira, con una mirada de incomprensión.

—No pensé que hubieran… —murmura, con los ojos brillando de lágrimas mientras recorre con la vista su rincón favorito.

—Aun así, te arriesgaste demasiado. —Mi tono suena más duro de lo que esperaba, pero su imprudencia me irrita.

Ella asiente, mostrando el agotamiento acumulado. Devastada, rebusca en los cajones y observa con incredulidad cómo lo han revuelto todo. Cuando creo que va a romper a llorar, sus ojos se iluminan brevemente. Sale y vuelve a los pocos minutos, cargando una bolsa grande.

—Guardo una laptop en mi armario por si tengo que irme deprisa —me explica—. Está todo sincronizado.

—Me alegro. —Le devuelvo una sonrisa amable, aunque no me ve, porque se ha girado hacia el escritorio para buscar algo más.

Miro su cuerpo inclinado y me reprendo por hacerlo. No es el momento ni el lugar. Puedo sentir cómo su respiración se vuelve entrecortada al notar que me coloco detrás de ella. Cuando voy a girarla, encararla y… no sé… ¿besarla?, porque es lo único que me apetece ahora, Abi, que pasa por mi lado, dejándome con ganas de devorarle la boca y tranquilizarnos mutuamente.



El trayecto hacia el ático no es tan rápido como debería. Doy varias vueltas, cruzo calles sin rumbo y desvío mi ruta para asegurarme de que, si alguien la sigue, pueda despistarlo. No voy a dejarla sola ni un segundo, pese a que la casa de mi hermano tiene vigilancia y un portero, lo que la hace más segura que su apartamento.

Al llegar, le indico que entre. No parece sorprendida, hasta diría que se mueve con soltura, inspeccionando el lugar.

—Aquí estarás bien —le aseguro, intentando mantener la calma.

Se vuelve hacia mí, apoyándose en la mesa, y se cruza de brazos. Me esfuerzo por concentrarme en su rostro, aunque su escote me distrae.

—No deberías hacer esto, Damian —comenta.

Por un momento, pienso que se refiere a mi mirada. Me esfuerzo en recuperar la compostura.

—Nunca quise arrastrarte a esta situación —prosigue.

Suelto el aire contenido.

—No estoy tan seguro de eso —respondo con una sonrisa sugerente, permitiéndome algo de arrogancia.

Sus ojos se apartan un segundo, pero, al volver a mí, están cargados de complicidad.

—Debería tener cuidado, abogado —dice con una sonrisa astuta—. No quisiera ser la culpable de…

—No me hagas decirte de qué eres culpable —la interrumpo, mi voz ronca—. Lo sabes de sobra.

La chispa en sus ojos me hace contener la respiración y contar hasta tres antes de cometer la locura que tengo en mente.

Avanza con calma y cuando la tengo bastante cerca, mi mano se mueve instintivamente hacia su cintura y la atraigo hacia mi cuerpo. Una parte de mí me dice que pare, que tengo demasiados problemas, pero esa voz se apaga cuando siento tan cerca el calor que emana de ella.

—Damian... —susurra, con una mezcla de deseo y vulnerabilidad.

Se inclina, alentándome a seguir. Respiro hondo, intentando controlar las ganas, las mismas que llevan reprimidas durante todo el día y que bullen en mi interior. Cualquier razón para resistirme se desvanece cuando siento su mano subiendo por mi pecho.

Exhalo con fuerza y la pego totalmente a mí. Nuestros labios se encuentran en un beso hambriento. El roce de nuestras lenguas es feroz. Mis manos recorren su espalda, intensificando la necesidad que tengo de ella.

Le agarro el culo con firmeza y la levanto, haciendo que sus piernas me rodeen, mientras seguimos besándonos. Camino y voy tropezando con los muebles. Ella se deshace de mi chaqueta, me afloja la corbata y empieza a desabrocharme la camisa con urgencia, avivando el fuego que consume.

Al sentir mi erección, Abi lanza una sonrisa traviesa.

—Señor Blackwood, no pensé que fuese tan impaciente —susurra juguetona, moviéndose despacio sobre mí.

—Puta ropa —maldigo, frustrado.

Ella ríe. Es un sonido tan sensual que me arranca una carcajada. Echo un vistazo al sofá . Avanzo rápido hacia él y me dejo caer , haciéndola quedar a horcajadas sobre mí.

Cuando encaja su peso sobre mi polla, suspiro. Estoy tan excitado que mi respiración se acelera. Me acerco a sus labios y, antes de besarla, paso mi lengua por ellos, provocándola.

—Me tienes muy cachonda, abogado —responde, jadeando.

Le aprieto el culo, acercándola más. Su gemido me enloquece.

—Y yo voy a correrme en los pantalones si sigues provocándome —le advierto, arrancando los botones de su camisa.

—Prefiero que lo hagas sobre mi cuerpo —me contesta sin pudor.

El sonido gutural que sale de mi garganta parece encenderla aún más. Ella continúa moviendo las caderas, con un gesto pícaro en su cara. Se levanta y se desabrocha los vaqueros, sin apartar la mirada de mí.

Ya en ropa interior, vuelve a colocarse encima. Mi boca busca la suya mientras exploro su cuerpo.

Respiramos entrecortadamente, llenos de deseo. Deslizo la mano por su costado y subo por su piel desnuda.

—Abi... —murmuro contra su cuello.

Paseo la lengua por su piel y comienzo a descender, jugando con sus pezones por encima de la ropa. Antes de retirar la prenda, la miro. Me observa con deseo. Asiente, agarra mi pelo y me acerca a sus tetas, donde deposito besos húmedos. Tiro del sujetador, escuchando cómo cruje la tela. Abi rompe a reír.

—Menos mal que me he traído ropa de sobra —murmura.

—Mejor no te la pongas.

—Y tú mejor no te distraigas.

Sin dejar de saborearla, bajo la mano hasta donde sé que desea sentirme. Abi se arquea al notarlo, pega su rostro a mi cuello y me lame la clavícula.

—No sigas por ahí.

Su lengua provoca estragos en mí.

Sonríe, pegada a mi cuello.

—Si quieres, puedo seguir por aquí —me dice, acariciándome la polla.

No contesto, demasiado concentrado en no correrme después de siete putos meses sin sexo.

La dejo recostada en el sofá y me coloco encima.

—Debí suponer que en esto también te gustaba mandar —advierte, juguetona.

—¿Lo dudabas? —replico, bajando el rostro por su vientre mientras retiro la tela que cubre su sexo.

Un jadeo la hace callar al sentir mi boca lamiendo y succionando. La observo mientras continúo.

Se retuerce de placer, buscando mayor movimiento y fricción. Sonrío satisfecho al notar

cómo se deshace cuando llega al orgasmo.

—Tienes el ego hinchado, ¿no?

—No es lo único que tengo hinchado —añado, mirando mi erección.

Abi se ríe, se incorpora y me observa con picardía. Con un leve empujón, me indica que me tumbe sobre el sofá. Lo hago. Se pone sobre mí y me besa con urgencia.

En el instante en que nuestros cuerpos están a punto de encajar, lo recuerdo.

—¡Joder! —maldigo, apartándola de inmediato.

—Sí, eso es, Damian. Se trata de joder… ¿A dónde vas? —cuestiona al verme recoger la ropa.

—A por condones —le contesto, vistiéndome rápido, maldiciendo por no llevar ninguno.

Antes de salir, me acerco rápido a ella y le devoro la boca.

—No tardes —me indica, sonriente, mordiéndose el labio.

—Tócate mientras. Te quiero caliente.

Abi comienza a reír a carcajadas y yo salgo del ático más rápido de lo que he hecho nunca nada en mi vida.

# Damian

El sonido del teléfono me arranca del sueño. Parpadeo desorientado y miro hacia la mesilla. El móvil vibra, llenando la habitación con su zumbido. Alargo el brazo y, con un gesto torpe, contesto.

—¿Señor Damian Blackwood? —pregunta una voz femenina, fría y mecánica.

—Sí —respondo en un murmullo, bajando la voz al notar que Abi sigue dormida a mi lado.

Escucho en silencio mientras la mujer habla. Su tono profesional me produce una extraña mezcla de confusión y urgencia. Cada palabra se filtra en mi cerebro adormilado. Afuera, la primera luz del amanecer entra por las ventanas.

—De acuerdo. Gracias. —Cuelgo, sintiendo cómo el peso de la cruda realidad me arranca de la tranquilidad que disfrutaba.

Me levanto con cuidado para no perturbar el sueño de Abi. Camino descalzo, recogiendo la ropa esparcida en el salón desde la noche anterior. Cada movimiento es silencioso, aunque dentro de mí hay un torbellino. El crujido de la puerta y el sonido de unos pasos me detienen.

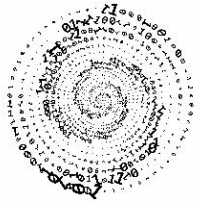
—¿Qué haces? —La voz de Abi rompe la calma, suave pero tensa. Se queda en el umbral, mirándome con el rostro adormilado y los ojos llenos de preguntas.

—Tengo que irme —digo, sin girarme, concentrado en revisar que lo llevo todo.

—¿Qué? —Detecto a la perfección el enojo y la sorpresa que le causan mis palabras.

—Tengo que irme —repito, sintiendo cómo la urgencia me aprieta el pecho.

El silencio se hace pesado. Sé que me observa, pero no me atrevo a mirarla. Con un último vistazo, salgo antes de que pueda hacer más preguntas, dejando atrás la confusión y la calidez de la cama que aún huele a nosotros.



El motor ruge, aunque apenas lo noto. Mi mente es una batalla absurda desde que salí del ático; me aferro a la poca cordura que me queda mientras acelero. Con las manos apretadas en el volante, trato de regular mi respiración, pero la ansiedad no afloja. Acabo de colgar después de hablar con Julian y Nathan; siempre están disponibles, sin importar la hora. Julian se ha reído de mi solicitud, pero me aseguró que me ayudaría. Sin embargo, eso no alivia el nudo en mi pecho, que crece con cada segundo.

Etienne...

Nunca pensé que llegaría a este punto. Sé que tiene sus propios demonios, pero... ¿esto? No puedo procesarlo.

Mi mente se desvía hacia Abi; el recuerdo de lo que siento con ella parece una calma engañosa que solo me angustia más.

¿Qué estoy haciendo?

Lo que comparto con ella y lo que me espera en el hospital son dos mundos incompatibles.

Todo se me escapa de las manos.

El teléfono suena, interrumpiéndome. Miro la pantalla.

—¡¿Nassef?! ¿Qué cojones pasa ahora? —murmuro antes de descolgar—. ¿Sí?

—Damian, ¿has visto la noticia? —Su voz es atropellada y furiosa.

—No, no he visto nada —respondo, tenso—. No me ha dado tiempo.

—Elysium… otra vez. Han publicado un artículo acusando a varios socios de financiar actividades ilegales en el extranjero. No han dado nombres, pero lo harán. Sabes lo que eso significa, ¿verdad? —Me paso una mano por la cara—. ¡Estamos jodidos, Damian! Las acciones están cayendo en picado. Si no encontramos quién está detrás de esto, será el fin de la empresa. —Su voz se quiebra, mezcla de furia y pánico—. Necesitamos encontrar al bastardo que está hundiéndonos. ¡Y rápido!

—Estamos investigándolo, Nassef. Tengo a alguien encargado de ello. Vamos a encontrar al responsable.

—Más nos vale. Si esto no se resuelve pronto, las consecuencias serán terribles. La junta está al borde de un ataque y eso que ni siquiera saben de esos documentos ni del vídeo. Ven a la oficina.

—Nassef... —trato de sonar calmado—. Voy camino del hospital. Es… personal. Hoy no iré a trabajar. Estaré al tanto de todo. Daremos con el culpable, pero necesito un poco de tiempo para...

—¿Tiempo? No tenemos tiempo, Damian. Si no encontramos a ese hijo de puta, ¡Elysium se hundirá! —grita, colgando bruscamente.

Me deja solo con el eco de sus palabras. Si no consigo parar esto, voy a colapsar. Lo sé. Lo noto. Es demasiado: Abi, Etienne, el trabajo...

Un zumbido en mis oídos crece, implacable. La respiración se me acelera y el sudor corre por mi frente. La vista se nubla y aflojo la corbata. Me asfixio.

Aferrado al volante, lucho por mantener la mirada en la carretera. Busco a los lados, pero no hay salida. El hospital está cerca, aunque eso no me alivia. No puedo dejar de pensar en el torrente de problemas que me envuelven.

Por fin llego. Aparco de cualquier manera y me quedo atrapado en el asiento, con el corazón martilleando en mis oídos. La ansiedad me inmoviliza. Mis manos tiemblan en el volante y sé que estoy al borde de un ataque de pánico. Intento respirar hondo, cierro los ojos y me esfuerzo por dejar la mente en blanco.

Al abrirlos, miro el edificio, que me parece distante, atrapado en una neblina que no consigo atravesar. No entiendo cómo he llegado sin estrellarme, pues los recuerdos de los últimos minutos son un borrón. Respiro hondo antes de abrir la puerta del coche. Con esfuerzo, echo a andar. Cada paso hacia la entrada pesa toneladas. Las responsabilidades se acumulan y son como un muro imposible de escalar. Por primera vez en mucho tiempo, no sé por dónde empezar.

Las puertas automáticas se abren con un leve zumbido, pero el ruido a mi alrededor es lejano, apenas un eco en la distancia. Lo único que escucho es la misma pregunta una y otra vez: ¿Cómo demonios soluciono todo esto?

# Abigail

Damian se va antes de que pueda decir algo, dejándome sola tras la noche que hemos pasado juntos. Me siento tonta por no haberlo detenido. Sé que debe ser por algo importante, pero ¡ni una sola explicación! Me molesta más la forma en que se ha ido que su partida en sí. Me acuesto de nuevo, mirando el techo y escuchando el silencio que hay, preguntándome por qué no ha confiado en mí.

En algún momento, el timbre de la puerta me despierta.

Con una mezcla de esperanza y enfado, me levanto pensando que puede ser Damian.

Corro en pijama hasta la entrada y abro la puerta. ¡Sorpresa! Es Julian, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí… tan temprano? —digo, aunque lo que realmente quiero preguntar es qué hace aquí, sin importar la hora.

—Yo preferiría estar durmiendo, hoy era mi día libre —responde, encogiéndose de hombros y entrando como si el lugar fuera suyo—. Mi hermano, el señor *no se me puede escapar nada porque soy una puta máquina de pensar*, ha decidido que no debías estar sola, así que me ha tocado hacer de niñera.

—No necesito niñera. Sé cuidarme sola.

Levanto una ceja, cruzando los brazos mientras lo veo acomodarse en el sofá.

—Eso lo discutes con él —dice, repantingándose un poco más.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuánto tardará en volver la *puta máquina de pensar*? —pregunto, algo molesta.

Julian se encoge de hombros.

—Ni idea. Ya te irás dando cuenta de cómo es Damian... Siempre en sus cosas. Nadie sabe lo que pasa por su cabeza.

—Claro —respondo, sin disimular el sarcasmo—. Y me imagino que tampoco sabe nadie qué ha sucedido tan importante como para dejarme aquí sola.

Julian me observa y parece que va a bromear, pero su expresión cambia.

—No puedo contarte mucho. Es asunto de Damian. Solo te diré que él cree estar haciendo lo correcto, aunque... ¿quién sabe? —Luego, una chispa pícara aparece en su mirada—. Oye… buena fiesta la de anoche. ¡Joder con Damian! —Suelta una risita al ver mi ropa dispersa por el suelo.

Me sonrojo y me apresuro a recogerlo todo, sintiendo su mirada en mi espalda.

—Tranquila, no voy a contarlo por ahí —me dice.

No sé si reírme de la situación o enfadarme por su actitud, como si fuéramos amigos de toda la vida.

Dejo la ropa en el dormitorio y, al volver al salón, lo enfrento. Él sonríe al verme.

—A ver, chica hacker —su mote me hace sonreír—, sé que esto no es lo ideal y que preferirías a otro en mi lugar, pero al menos tienes mi encantadora presencia para amenizar la espera. Si te cansas del trabajo, puedo distraerte. No soy bueno con los ordenadores, pero hablo más que mi hermano, te lo aseguro.



Estoy concentrada frente a la pantalla del ordenador, inmersa en líneas de código y documentos encriptados. Julian sigue en el sofá, haciendo ruidos con la boca mientras revisa algo en su móvil.

—¿Cómo va lo de Elysium? —pregunta, rompiendo el silencio tras unos minutos.

Levanto la vista y lo veo sonriendo, como si hablara del clima y no de un tema delicado.

—Avanza. Es complicado; sin embargo, hago progresos —respondo, evitando entrar en detalles.

—Y del famoso vídeo ¿has descifrado algo?

Frunzo el ceño.

—¿Cuál de todos? —digo, intentando disimular.

Julian parece sorprendido.

—No sabía que había más de uno —replica—. Hablo del vídeo... ya sabes, el de la menor.

—Ese no lo he visto —me apresuro a contestar, a ver si así obtengo más información.

Julian se coloca detrás de mí, toma el ratón y empieza a buscar en un pendrive que salga del cajón. Encuentra la carpeta, le da a reproducir y se aleja. Apenas aparece la escena, siento náuseas y lo quito de inmediato.

—Ya he visto suficiente.

Tras la primera impresión, algo hace clic en mi mente. Las piezas comienzan a encajar. ¡Menuda estúpida! Tener a Damian cerca me ofusca los sentidos. Ahora, todo cobra sentido: el misterio de los fondos desviados en Elysium, las pistas que he seguido y el caso de Richard... Todo converge en ese vídeo. Estoy segura. Mi instinto nunca me falla.

—No. No sé nada aún —miento.

—Tienes que encontrar a ese cabrón —me pide con vehemencia.

—Claro, tenlo por seguro. —Julian asiente y sonríe.

Antes de que pueda decirle algo más, le suena el teléfono y se apresura a contestar.

Este es el momento que esperaba.

—Voy al baño —susurro.

Él levanta el pulgar al verme incorporarme, y salgo rápidamente de la habitación.

Una vez dentro, cierro la puerta y saco el móvil. Escribo un mensaje:

**Abi**: Estoy casi segura de que el implicado es alguien de Elysium. Estoy cerca de conseguir pruebas directas, solo necesito tiempo.

Se lo envío a Richard. Su respuesta llega en segundos:

**Richard**: Te dije que te mantuvieras al margen, Abi. Es peligroso.

Frunzo el ceño, conteniendo las ganas de responderle. No tengo tiempo. Tiro de la cadena

para que sea creíble y regreso al salón.

Julian levanta la vista del móvil al verme.

—Necesito ir a mi casa.

—¿Para qué? —pregunta, arqueando una ceja.

—Hay algunos aparatos allí que me serían útiles.

No sé si seguirán operativos después del desastre, pero tengo que intentarlo. Este pequeño ordenador no da para tanto.

Julian duda un segundo y asiente.

—Vale, te acompaño. No voy a dejarte sola, se lo prometí a Damian.

—Joder con Damian —mascullo.

Julian rompe en carcajadas.

—Bienvenida al club —suelta, divertido.

Me muerdo el labio, irritada por su insistencia, aunque sé que discutir no servirá de nada.

—De acuerdo —acepto—. Vamos.

# Damian

Estoy en el pasillo del hospital, esperando. El sonido de camillas, pitidos de máquinas y susurros de médicos me envuelven, pero apenas los registro. Siento la ansiedad apretándome el pecho, es un peso que apenas me deja respirar. Nathan, a mi lado, trata de mantener la calma, pero también está al límite.

—Tienes que cortar con esto, Damian —dice en voz baja y firme.

Quiero responder, pero las palabras se me atoran. Sé que tiene razón; lo he sabido durante mucho tiempo, pero no logro dar el paso.

—Si sigues así, te vas a enfermar. No puedes con todo —añade, con una mirada compasiva que me reconforta y molesta a la vez.

Me paso una mano por el rostro, buscando aliviar el agotamiento. Por suerte, Nathan cambia de tema.

—¿Qué hay de Abi?

Mi cuerpo se tensa y mi hermano lo nota.

—Ha pasado algo, ¿eh? —pregunta, sorprendido—. Se te nota en la cara, Damian.

—No quiero hablar de Abi ahora; no con Etienne ahí y… así.

—Tienes derecho a vivir tu vida también, sin cargar con todo el peso de los demás —dice, señalando hacia la puerta de la habitación.

Estoy a punto de responder cuando veo a mi padre acercarse. Adam, con su presencia imponente, me mira preocupado.

—Damian, ¿qué ha pasado?

—Lo avisé yo —interviene Nathan, ante mi gesto confuso.

Asiento agradecido. Papá nos observa, esperando una explicación.

—Etienne tuvo un episodio de rabia que ha terminado de esta forma —le resumo brevemente.

—¿Dónde estabas? —pregunta mi padre, frunciendo el ceño al percatarse de que no me encontraba en casa, porque de ser así, esto no habría llegado tan lejos.

—Me mudé al ático hace dos días.

Nathan nos observa mientras nuestro padre asiente, complacido.

—Es lo mejor —añade, dejando clara su aprobación.

—No creo que ella lo vea igual —murmuro, apoyándome contra la pared, agotado.

—La situación no puede seguir así, hijo. Os está destrozando a ambos. Etienne necesita ayuda profesional.

Su firmeza me agobia aún más.

—Lo sé —respondo en un susurro.

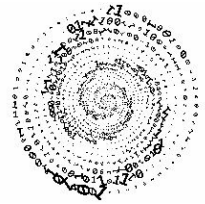
Papá tiene razón, Nathan también... Todos. Y, sin embargo, aquí estoy, esperando, con la angustia y la culpa ahogándome.

La puerta de la habitación se abre y, al ver salir a las enfermeras, mi padre y mi hermano me observan expectantes.

—¿No vas a entrar? —pregunta papá.

—No... —respondo, desviando la mirada—. No soy capaz ahora.

Ellos asienten y Nathan es el primero en acceder a la habitación, mientras yo me quedo aquí, quieto y sin saber cómo actuar.



Después de unos minutos como un pasmarote, me largué de allí Y aquí estoy, refugiado en la cafetería con una infusión entre las manos, tratando de calmarme.

Reviso mi móvil:

**Julian**: Etienne sigue igual, ¿no?

**Damian**: Sí, no ha mejorado.

Miento, porque no he sido capaz de entrar.

**Julian**: Te lo dije, necesita ayuda profesional.

Aprieto los dientes. Otro con la misma cantinela.
Lo mejor será cambiar de tema.

**Damian**: ¿Qué tal Abi?

**Julian**: Increíble, tío. Es un genio con los ordenadores; parecen parte de ella.

Imagino la escena y una mezcla de orgullo y preocupación me invade.

**Julian**: Aunque no me contaste lo de su casa. Menudo desastre.

¿Su casa? ¿Por qué han salido del ático? ¡Es un irresponsable!

**Damian**: ¿Su casa?

Me contengo para no escribirle lo que pienso.

**Julian**: Sí, su casa. Fuimos a por unas herramientas que necesitaba.

**Damian**: No debería ir por allí…

**Julian**: Está bien, te lo aseguro. Solo cogió esos chismes y nos largamos. Fui prudente, al menos, cuando me contó lo sucedido.

Respiro hondo y me recuerdo que confío en Julian.

**Damian**: De acuerdo. Gracias.

**Julian**: ¿Por qué no sabe nada del vídeo?

Suspiro.
Creo que dejar a Julian a cargo no ha sido tan buena idea.

**Damian**: Para dejarte ese honor a ti…

**Julian**: ¡Gilipollas! Me di cuenta tarde de que no lo sabía. No podía retractarme.

**Damian**: Nassef no quiere que ese vídeo salga a la luz sin pruebas. Podría hundirnos si actuamos precipitadamente.

**Julian**: Ella es quien está a cargo de esto. Es de idiotas ocultarle información; estamos hablando de abuso de menores.

Sé que tiene razón, pero la situación no depende de mí.

**Damian**: Ten más cuidado de ahora en adelante. Abi es inteligente y curiosa.

**Julian**: También está molesta contigo, ¿lo sabes?

**Damian**: Lo sé. Aunque pensaba que ya se le habría pasado.

**Julian**: Sí, claro… Pues ya te digo yo que no.

**Damian**: Gracias por el dato. Muy amable de tu parte.

**Julian**: Joder, es que manda cojones que esto te lo tenga que decir yo, que no me caracterizo por ser el más responsable, pero… ¿sabes qué? Las mujeres no suelen perdonar que las dejes plantadas después de follar.

La pantalla me pesa en las manos.

**Damian**: No debería haberme ido.

**Julian**: Ya, pero lo hiciste. Ahora te va a tocar arreglarlo. Si te sirve de consuelo, el enfado la ayuda a concentrarse.

**Damian**: Claro. Gracias por nada, entonces.

**Julian**: Para eso estamos, capullo.

**Damian**: No te soporto.

**Julian**: Bueno, habérselo dicho a papá, que se la guardase en los pantalones.

**Damian**: En cinco minutos tiro para el ático.

**Julian**: Perfecto. Ah, ¿puedo darte mi opinión?

**Damian**: ¿Sobre…?

**Julian**: Abi me cae bien. Esta vez has tenido mejor gusto.

Sonrío como un idiota al leer eso.

**Julian**: Le contaré un par de chistes para que esté de mejor humor cuando llegues.

**Damian**: Gracias.

**Julian**: En el fondo me quieres.

**Damian**: Muy en el fondo.

**Julian**: Menos es nada. Venga, nos vemos en un rato.

# Damian

Llego al ático casi de noche. La luz me da de lleno al entrar en el salón y distingo de inmediato a Julian y a Abi sentados al otro lado de la habitación. Julian me ve y se levanta con una ligera sonrisa.

—Bueno, ya está aquí el jefe —dice, mirándome con suspicacia—. Yo me largo —le indica a Abi, que asiente sin girarse—. Cuida a mi chica, ¿eh? —Me guiña un ojo mientras se despide de ella, que le responde con una sonrisa.

Asiento, serio y molesto por lo bien que se llevan cuando solo han pasado un día juntos. Me reprendo por pensar así. Julian puede ser irresponsable, pero es mi hermano y está aquí porque se lo he pedido.

Se coloca a mi lado, como si fuera a hacer una broma, pero solo me da una palmada en el hombro antes de salir.

Cuando nos quedamos solos, el silencio se instala entre Abi y yo. Ella me mira de reojo, supongo que para asegurarse de que sigo aquí. Soy un idiota. Quiero decirle algo, pero no sé qué. Espero que ella hable primero, pero sigue tecleando como si no existiera. Me molesta que mantenga las distancias y, aún más, porque sé que es por mi culpa.

Consciente de que debo arreglar esto, me acerco despacio. Camino con dudas, sin saber cómo empezar. Cuando me coloco a su lado, veo que no está enfadada, sino indiferente. Eso es todavía peor.

—¿Qué tal estás? —pregunto con cautela, tanteando el terreno.

No contesta; se encoge de hombros.

—Abi...

—Trabajando, Damian. Trabajando, que es para lo que me has contratado —responde, sin apartar la vista de la pantalla. Sin embargo, deja los dedos quietos, lo que indica que mi presencia la altera.

—Abi, por favor, mírame —le pido, intentando sonar firme, pero solo logro que me mire con desdén.

Suelto el aire, agotado por este intercambio poco productivo. Estoy a punto de rendirme y marcharme, pero ella se gira.

—¡¿Qué quieres?! —Se cruza de brazos, esperando mi respuesta.

Me paso una mano por el pelo, buscando las palabras adecuadas.

¡Joder!

No quiero cagarla. La situación con Etienne es complicada, demasiado para exponerla sin medir cada detalle.

—Lo de esta mañana... —empiezo. La veo levantar una ceja, escéptica, así que me apresuro a continuar—. No fue planeado. Yo no quería…

—Ah, ¿no? —replica sarcástica.

Tomo aire y cierro los ojos un momento.

—Es complicado, Abi —respondo, aunque sé que no es una buena excusa.

—¿Acaso crees que soy tonta? —Niego, confundido—. Explícamelo —me reta.

Dejo escapar un suspiro. Me acerco un paso más, intentando reducir la distancia, pero ella se levanta y se aleja. A regañadientes, me dirijo al sofá y me siento. Ella permanece de pie. Una parte de mí quiere evitar la conversación y evadir el tema.

—Estoy esperando —agrega, al ver que me quedo en silencio.

—Me fui por Etienne. Ella…

«¡Idiota!», me digo. Ni siquiera sé si Abi sabe quién es.

—¿Etienne? —repite—. Es… ¿tu pareja?

—No es mi novia —me apresuro a decir—. No, desde hace tiempo. Te lo juro. —Quiero que le quede claro—. Nuestra historia es…

—Complicada —termina por mí, algo molesta.

Abi alza una ceja y cruza los brazos.

—Sí, complicada —reitero.

—De acuerdo. Más te vale empezar por el principio, o de lo contrario, lo recojo todo y me voy —me advierte.

Su forma de hablar es fría y distante, dejándome claro que está dispuesta a dejarme en la estacada, incluso en lo profesional.

En el fondo, sé que yo lo he provocado.

Asiento, dispuesto a contárselo todo.

—Nos conocimos hace más de diez años, en París. Yo estudiaba idiomas allí. Tropezamos por casualidad y fue un flechazo. Sin embargo, sabía que aquí me esperaba un buen futuro laboral en la empresa familiar, así que ella decidió acompañarme. Nos mudamos juntos de inmediato Mi familia nunca aprobó nuestra relación, especialmente Ethan y Julian, quienes no confiaban en ella. Pensaban que le gustaba mucho el lujo y vivir sin privaciones de nada y que estaba conmigo por interés. Al final, dijeron que intentaba aislarme de todos.

—¿Y era cierto?

—No… o eso creo. Siempre fui claro: mi familia es lo primero para mí.

Abi asiente en silencio.

—Todo se complicó cuando arrestaron a Ethan —continúo—. Pasaba los días buscando una solución. Etienne me insistía en que me apartara de él, que siguiera con mi vida y que otro abogado se encargara de mi hermano.

—¿En serio? —Abi parece asombrada—. Está claro que no le hiciste caso. —Sonríe.

—No. Los Blackwood siempre permanecen unidos. No iba a abandonar a Ethan. Y ahí empezaron nuestros problemas. Etienne se distanció, molesta por mi decisión de seguir hasta el final. —Me detengo, porque sé lo que viene y me cuesta decirlo—. Julian la vio salir de un hotel con otro hombre. Cuando se lo reproché, me admitió que estaba harta de nuestra vida… y de mí. Nos separamos.

Abi frunce el ceño, intrigada.

—¿Y por qué ha vuelto ahora?

—No lo ha hecho. Regresó un mes después para decirme que estaba embarazada. —Suspiro al recordar—. No estaba seguro de que el niño fuera mío. Ella insistía en que sí. Le aseguré que me haría un test de paternidad. Le dolió que dudara de su palabra y, pese a que se quedó en casa, la convivencia se volvió insoportable. A las dos semanas de estar juntos, discutimos de nuevo: ella no entendía que necesitaba tiempo para asimilarlo todo. Intenté perdonarla, pero no podía olvidar que me había engañado. Ese día, cansado, se lo solté todo. Ella se enfadó y se fue.

Abi me observa en silencio. Al ver que no continúo, carraspea.

—¿Y?

—La atropellaron en la puerta de casa. Iba tan ciega de ira que no miró antes de cruzar. Perdió al bebé. Desde entonces, tiene episodios depresivos. Y son cada vez más frecuentes. No puedo dejarla sola. Me siento culpable por lo que pasó, por no haberlo sobrellevado mejor… por no haber estado ahí.

Un silencio pesado se instala entre nosotros. Abi me observa, procesando lo que acabo de decir. Sus ojos muestran comprensión, pero también frustración.

—¿Y ahora? —pregunta suavemente—. ¿Aún te sientes culpable? ¿Por eso acudes cada vez que te llama?

—Intentó suicidarse anoche —confieso, y la crudeza de mis palabras pesa en el aire—. Por eso me fui de esa manera.

Abi aprieta los labios. Sé que eso no era lo que esperaba oír.

—Entiendo que puedas sentirte responsable, aunque no lo seas. Ella fue quien cruzó. Todo el mundo discute —dice tras una pausa—. Sin embargo, no es justo para ninguno de los dos. No puedes estar atado a alguien por culpa.

—Lo sé, es que...

Abi niega con la cabeza, cortándome.

—Comprendo muchas cosas, pero si no eres capaz de avanzar… Si quieres seguir amarrado a tu pasado, lo siento, no voy a ser yo quien te acompañe en ese camino. Quiero vivir el presente y el futuro, no estar a la sombra de un fantasma. —Me pongo tenso al oírla—. Y no, no te estoy obligando a elegir. Solo te muestro las cartas; tú decides cómo jugarlas. Ayudar a alguien no es lo mismo que hipotecar tu vida y tu felicidad. Cuando sepas qué vas a hacer, házmelo saber.

Tras decir eso, pasa por mi lado y se va, dejándome con un regusto amargo que no sé cómo digerir.

Su sinceridad es aplastante. Y duele. Aun así, esa forma directa de hablar me recuerda por qué me atrae tanto.

Me quedo en silencio, sabiendo que no tiene sentido seguir defendiendo lo indefendible.

# Damian

Me quedo solo unos minutos antes de seguirla.

Abi está en el dormitorio, asomada a la ventana, con los brazos cruzados. La habitación permanece en silencio, aunque la tensión se palpa en el aire. Al oírme entrar, se gira y nuestras miradas se encuentran.

—Abi…

Ella frunce los labios y levanta una ceja.

—Damian, no estoy enfadada, si es eso lo que quieres saber. Todos tenemos un pasado —dice.

Asiento. Me quedo callado, sin saber muy bien qué responder.

Quiero acercarme, aunque no sé cómo reaccionará.

Me la juego. Doy un par de pasos hacia ella.

No se mueve; solo me observa.

—Me gustas, Damian —confiesa. Me detengo en seco—. Aunque también soy lo suficientemente adulta para entender que si esto ha sido solo sexo, perfecto. No insistiré más, lo respeto.

—¡¿Qué?!

—Déjame terminar —me interrumpe, descruzando los brazos y metiendo las manos en los bolsillos—. Ya salí hace años con alguien que no había superado a su ex. Créeme, no fue agradable enterarme de que era el segundo plato. Así que, si no estás preparado, no pasa nada. En serio. Tuvimos una muy buena noche de sexo, y ya está. No voy a obcecarme con alguien que vive atado al pasado y no sabe cortar la cuerda.

Veo en sus ojos el dolor que intenta ocultar con sus palabras.

—No —niego con la cabeza—, no es eso. Es que todo ha sido tan rápido entre nosotros que…

Ella suelta un suspiro y vuelve a cruzarse de brazos. Tengo la impresión de que está intentando poner una barrera entre nosotros, aunque seguramente sea más una forma de protegerse.

—Tienes razón —admito, inspirando hondo—. No más secretos, te lo prometo. Tú también me gustas, Abi. Y esto —nos señalo— es tan caótico y precipitado que has mandado a la mierda todos mis esquemas. Aun así, me gusta este desorden y no quiero dejarte ir tan rápido.

No aparta los ojos de mí. Veo el cambio que originan mis palabras. Se relaja y me acerco un poco más, despacio, dándole tiempo para que retroceda si lo desea. No lo hace. Alzo la mano y la pongo sobre su mejilla, sintiendo alivio al tocarla.

Me acerco y apoyo mi frente contra la suya.

—Abi… —susurro.

—Debería saber que su alegato deja mucho que desear, señor Blackwood —dice ella, retomando el juego que nos trajo a esta situación—. Tendrá que convencerme con algo más para que no me vaya.

Sonrío, aliviado al fin.

Nuestros labios se buscan y se encuentran, y siento cómo toda la tensión se disuelve en ese

beso. Al principio, es lento, casi dubitativo. Enseguida se vuelve más profundo. Desesperado. Hambriento.

Doy unos pasos más hacia adelante, empujándola suavemente contra el cristal de la ventana, mi cuerpo queda pegado al suyo, presionándolo.

—¿Te parece suficiente motivo?

—Grande es, al menos —murmura en mi oído, mientras acaricia la protuberancia de mis pantalones.

Me río y le agarro las manos, alzándolas sobre su cabeza. Ella me mira, traviesa.

Vuelvo a devorar su boca y, sujetándole las muñecas, bajo una mano hasta sus pechos. Los acaricio por dentro de la tela y ella responde a mi contacto con un suspiro. Jadea cuando le desabrocho el pantalón, que cae hasta sus pies. Paseo los dedos por encima de la poca tela que la cubre. No aparto mis ojos de ella, comprobando cómo se va encendiendo con mis caricias.

—Este gran motivo, señorita Abigail, está deseando estar en tu boca. Pero antes, quiero ver cómo te corres.

Sigo pasando los dedos por su sexo, humedeciéndolo, sin apartar las braguitas.

—¿No puedes dejar de lado el control alguna vez? —me pregunta entre jadeos.

Sonrío de lado, observando cómo cambia su expresión cuando tiro hacia abajo de su ropa interior y toco el punto exacto que me reclama. Abi gime y lo hace aún más fuerte cuando introduzco dos dedos en ella.

Acerco mi boca y muerdo uno de sus labios.

—Hace rato que lo perdí.

Y la beso. Lo hago mientras la embisto con mis dedos. La suelto para sostenerla mejor. Ella se agarra a mi nuca con fuerza. Me gime al oído y pronuncia mi nombre justo antes de llegar al orgasmo. Cuando su cuerpo se relaja, se queda prendida a mi cuello. Al cabo de unos minutos, separa el rostro, que estaba enterrado en mi cuello, y me besa.

—Y ahora, abogado, puede usted dejarme ver ese gran motivo por el que no debo marcharme.

Rompo a reír. Abi hace lo mismo y el brillo travieso de sus ojos se intensifica. Agarra mi corbata y tira de ella, arrastrándome hasta la cama. Me tira sobre el colchón y se coloca encima.

Y si antes ya lo presentía. Ahora, acabo de confirmarlo.

Ella es mía. Y yo soy suyo.

Y juntos somos caos y pasión.

# Abigail

Me despierto con los primeros rayos. Parpadeo y siento el cuerpo caliente de Damian detrás. Sonrío y me acurruco más cerca; al notarlo, él me estrecha hasta que no queda espacio entre nosotros. Permanezco en silencio, disfrutando la paz de este momento. Pasados unos minutos, su respiración se vuelve más profunda, señal de que ha vuelto a dormirse. Con cuidado, aparto la mano de mi costado y me levanto sin hacer ruido.

—¿Hoy eres tú la que se va? —murmura, su voz suena ronca y adormilada.

Me giro hacia él. Está recostado boca arriba, con los brazos bajo la cabeza y el torso desnudo, mientras la sábana ha resbalado justo hasta el inicio de esa V que me enloquece.

Me estiro un poco sin apartar la vista de ese cuerpo tan bien trabajado y recojo la camiseta que usaba anoche y que ahora está tirada en el suelo.

—No, no soy tan vengativa —respondo.

Él sonríe, y me acerco a la cama para sentarme en el borde.

—El ordenador ha trabajado toda la noche, quiero ver si...

—¡Qué eficaz, señorita Tucker! —dice, fingiendo seriedad, aunque el brillo pícaro en sus ojos revela lo contrario.

—Deberías saber que no me gusta dejar las cosas a medias.

Damian se ríe, me toma de la mano y tira de mí hasta dejarme sobre su pecho. Alzo la mirada. Antes de decir algo, me besa.

—Pues a mí me estás dejando a medias, Abi —murmura, guiando mi mano hasta su erección.

—Tal vez, porque no sabía que habías empezado siquiera —respondo, provocadora.

Me acerco de nuevo a su rostro y, sin darle tiempo a reaccionar, lo beso con avidez. Mi mano se desliza dentro de sus pantalones de dormir y siento cómo se tensa su cuerpo. Gruñe en respuesta.

—Tú has empezado. —Le lanzo una mirada desafiante.

—Es cierto y tú me sigues el juego demasiado pronto.

Me detengo un segundo. Su sonrisa traviesa hace que no pueda resistirme y vuelvo a mover la mano por su miembro. Mientras, lo miro a los ojos, inundados de deseo.

—Solo lo hago porque me lo has pedido… —replico de manera inocente.

—Eres peligrosa, Abi —susurra, y puedo notar la tensión en su voz.

—Tú me lo pones demasiado fácil.

Sin esperar respuesta, se incorpora un poco y me besa. Mis labios se mueven sobre los suyos, cada vez con más urgencia. Siento cómo su respiración se acelera y eso me enciende aún más.

Con un movimiento rápido, empujo su torso hacia atrás, obligándolo a recostarse.

—Esto es algo que tú has comenzado, Damian. Ahora no te quejes si se te escapa de las manos.

—Mientras no se te escape a ti —susurra, a la par que desciendo con mi boca por su vientre hasta llegar al punto exacto que reclama mi atención.

Mis labios rozan su piel, dejando un rastro de besos húmedos que lo hacen estremecerse bajo mis manos. Su respiración se vuelve irregular, cada vez más pesada, y sus dedos se hunden en la

tela de las sábanas.

Sin apartar la mirada, saco los pantalones de su camino y dejo que mis labios encuentren su objetivo.

Cuando finalmente llego a la base de su erección, levanto la vista para encontrarme con sus ojos.

Damian gruñe, un sonido bajo y profundo que me envuelve, y su cabeza cae hacia atrás mientras su pecho sube y baja en un ritmo descontrolado.

—Abi... —jadea mi nombre, su voz entrecortada, y me provoca un escalofrío que recorre todo mi cuerpo.

Le sujeto las caderas con las manos, controlando cada movimiento mientras mi lengua explora, trazando círculos lentos antes de intensificar el ritmo. Cada sonido que escapa de sus labios me enciende aún más. Enreda los dedos en mi cabello, tirando suavemente para marcar el compás.

—Joder, Abi... así... —susurra entre dientes. Apenas mueve las caderas, solo lo justo para demostrarme que es cierto y hace tiempo que no tiene el control.

Mi boca trabaja con más intensidad, alternando caricias suaves y firmes. Con las manos voy explorando y sintiendo cómo cada músculo se tensa.

Antes de llegar al orgasmo, Damian se incorpora ligeramente, atrapándome con su mirada azul, brillante y cargada de deseo. Sube la mano hasta mi mandíbula y me guía hacia él.

—Ahora yo —gruñe, su voz es ronca y autoritaria.

Antes de que pueda reaccionar, me toma de las caderas y me gira con facilidad, colocándome debajo. Su boca encuentra la mía en un beso hambriento, y sus manos recorren mi cuerpo con una urgencia que me deja sin aliento. Mi camiseta no tarda en desaparecer, y cuando sus labios bajan por mi cuello hasta mis pechos, se me escapa un gemido, uno que no intento contener.

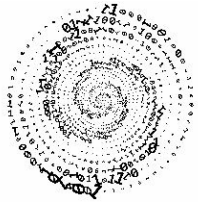
Cada beso, cada caricia, está cargado de intención, de promesas que no necesitan palabras. Sus manos se deslizan por mis muslos, separándolos con firmeza. Su boca sigue explorando mi piel, enviando descargas de placer que hacen que mi espalda se arquee contra él.

—Eres jodidamente perfecta —murmura contra mi abdomen, dejando un rastro de besos que me hacen perder la cabeza.

Cuando finalmente encuentra mi centro, un gemido más alto escapa de mis labios. Sus movimientos son firmes, seguros, y mi cuerpo responde a cada uno de ellos como si estuviera hecho para esto, para él.

El resto del mundo desaparece mientras nuestros cuerpos se encuentran, moviéndose al unísono. Cada embestida, cada susurro, nos lleva más cerca del borde, hasta que finalmente todo explota en una ola de placer que me deja temblando entre sus brazos.

Nos quedamos así, con nuestras respiraciones mezclándose y con el silencio de la habitación envolviéndonos. Damian me mira a la vez que con sus dedos traza líneas suaves por mi mejilla, y sé que no necesito palabras para entender lo que ambos estamos sintiendo.



Dejo a Damian en la ducha tras nuestra sesión mañanera de sexo. Preparo café y, con la taza en

mano, me acerco al ordenador. La pantalla parpadea, mostrando líneas de código y fragmentos del vídeo que intenta desencriptar. Me siento y empiezo a teclear, tratando de averiguar quién se lo ha proporcionado, porque la codificación es sorprendentemente buena. Esto tiene el sello de profesionales.

Damian sale del baño poco después, inundando el ambiente con su aroma. Se me acerca por detrás, coloca una mano en mi hombro y me besa el cuello. Aunque suene exagerado tras la intensidad de la mañana, mi piel se estremece con un solo roce suyo. Me vuelvo tonta cuando lo veo así, sin la fachada rígida que insiste en mostrar siempre. Me gusta más cuando es él mismo.

—¿Algún avance? —pregunta.

Sacudo la cabeza.

—No mucho. El sistema intenta identificar al hombre del vídeo —le explico, ya que anoche hablamos de eso. Me pidió discreción al respecto y también me dijo que Julian tenía la boca muy grande—. Quien lo protegió sabía lo que hacía. No sé cuánto tomará revertirlo.

—¿Y los archivos?

—Eso va mejor. Ayer encontré dos de las cuentas a las que se desvían los fondos. Mira. —Le tiendo el papel con los datos anotados—. Ahora no puedo mostrarte la ruta. Este ordenador es demasiado básico para manejar tantas tareas a la vez.

Damian revisa el papel y luego se inclina más, envolviéndome en sus brazos. Siento su aliento cálido en mi oído.

—Lo resolverás. Lo sé.

Sonrío ante su confianza. Nos quedamos abrazados, en silencio, mirando la pantalla, hasta que suena el teléfono de Damian en algún lugar de la casa. A regañadientes, se separa de mí para contestar.

—¿Nassef? —saluda, haciendo una pausa. Me acerco a la entrada de la cocina para escuchar —. ¿Nuevos datos?

Damian sostiene el teléfono, así que solo oigo fragmentos de la conversación. Su actitud cambia, volviendo a ser el abogado serio que conocí.

—Da igual que sea sábado. Ven al ático. Sí, al de Ethan… —le dice antes de despedirse.

Cuando cuelga, se vuelve hacia mí, mucho menos relajado.

—¿Nassef viene a… aquí? —pregunto.

—Sí, tiene nueva información sobre el caso. Tal vez nos ayude a identificar al tipo del vídeo.

Instintivamente, miro el ordenador al fondo de la sala y luego a Damian.

—No me gusta que la gente sepa quién soy. Lo que hago no es precisamente legal. —Mi voz se apaga. No puedo contarle que tengo un contacto que me cubre ni que trabajo casi exclusivamente para alguien, ni que prefiero que su jefe no me conozca, ya que, en parte, también lo estoy investigando.

Damian asiente, captando mi preocupación.

—No te preocupes. Quédate en el dormitorio mientras él está aquí. Nassef sabe que he contratado a alguien, pero no necesita saber que eres tú.

Asiento y empiezo a trasladar mi equipo. En menos de media hora, el timbre suena y corro al dormitorio, decidida a no salir hasta que la visita termine, aunque me acomodo cerca de la puerta, atenta a la conversación.

—Me ha llegado esto —dice Nassef al entrar. Es lo primero que escucho y ya estoy ansiosa por saber más—. Es sobre el desvío de fondos.

Silencio. Imagino que Damian está revisando la información.

—Hay que descubrir qué empresa es esta —añade Damian—. Pero… ¿y el vídeo? ¿Qué tienen en común?

—No lo sé. Sospecho que no es una empresa real y que todo está conectado.

Acerco el oído a la puerta, apenas escucho. Parece que han bajado la voz o se han movido a otro lado. De repente, sus voces vuelven, esta vez más cerca.

—Ya te he dicho que tengo a alguien trabajando en esto. —La voz de Damian suena molesta, lo que me tensa—. Si quieres mi consejo, deberías ir a la policía e informar del caso.

—Prefiero mantener discreción.

—En ese vídeo sale un hijo de puta abusando de un menor. No podemos mirar para otro lado.

—Es delicado, Damian. No puedo decirte mucho más. Tengo sospechas y no quiero a la policía detrás sin saber con certeza quién está involucrado.

—¿Sospechas? ¿Tienes nombres, Nassef?

—No, pero he notado a ciertas personas de mi entorno más nerviosas y eso no es buena señal. Además, he recibido datos anónimos sobre el caso.

—¿De dónde vienen esos datos?

—Llegaron sin firma, aunque sospecho de un periodista. Me contactaron poco después para recabar información.

La conversación continúa, pero cambia de rumbo y no vuelven a mencionar a los posibles implicados. Durante casi una hora, Nassef y Damian discuten detalles sobre el desvío de fondos y movimientos sospechosos en la empresa.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, la puerta se cierra y escucho a Damian dirigirse al dormitorio. Respiro hondo y cierro el portátil.

—¿Todo bien? —pregunta, acercándose.

—Sí… he escuchado casi todo —le confieso, y no parece sorprenderse—. Dame lo que ha traído. Con esos nuevos datos quizás estemos más cerca de algo.

# Damian

Me dejo caer en el sofá, observando cómo Abi conecta de nuevo el ordenador y los nuevos aparatos que recogió con Julian. Cuando termina, se queda de pie frente a la pantalla y, tras unos segundos, se sienta a mi lado.

Me acerco un poco más y la atraigo hacia mí. Ella se acomoda en mi hombro.

—Gracias por entender lo de Etienne —murmuro, rompiendo el silencio. Mis palabras suenan torpes. Hablar de esto con alguien que no sea uno de mis hermanos me resulta confuso.

Abi me mira, sorprendida, y me encojo de hombros, consciente de que no suelo abrirme con nadie. Me hace sentir vulnerable y, a la vez, reconfortado.

—No es la situación ideal, aunque lo entiendo. No soy tan… —baja la mirada y sonríe— ¿bruja? —bromea.

Nos quedamos en silencio. Sin pensarlo, agarro su mano y entrelazo nuestros dedos.

—Ya no forma parte de mi vida… no de ese modo, al menos —susurro. Abi aprieta mi mano —. Esto, tú y yo… sí quiero que sea real. Intentar que lo sea.

—¿Y si te digo que ya es real? —murmura, y aunque no levanta la cabeza, sé que está sonriendo.

Suelto una pequeña risa y acaricio su mano. La atraigo hacia mí, y ella sube las piernas a mi regazo. La coloco a horcajadas y cuando la tengo de frente, me dejo llevar. Besarla es algo adictivo. Al principio, el beso es suave, pero pronto se vuelve más profundo, despertando el deseo.

—Sí… definitivamente, es real —digo, separándome lo justo de sus labios. Sostengo sus caderas y la acerco más, haciéndole sentir mi creciente excitación.

—Muuuy real —ratifica entre risas.

Aunque deseo quedarme y perderme en este momento, tengo algo pendiente. La beso una vez más y luego me aparto.

—Tengo que ir al hospital —digo, rompiendo la magia—. Ayer no fui capaz de entrar en la habitación.

Abi asiente, tensa, al oírlo.

—Claro —contesta, bajándose de mi regazo—. Yo seguiré trabajando y llamaré a Day para ver cómo sigue el torneo.

Antes de que se ponga de pie, le doy un último beso. Luego, me levanto y camino hacia la puerta, notando su mirada en mi espalda mientras lucho con el deseo de quedarme. Sin embargo, hay cosas que no pueden esperar.

Al cerrar la puerta, suspiro, consciente de que mi vida acaba de dar un giro de 180 grados.



La luz blanca del hospital me ciega y el olor a desinfectante me revuelve el estómago mientras

avanzo hacia la habitación de Etienne. Culpa y sinceridad se debaten en mi mente, pero intento despejarme de pensamientos negativos.

Al llegar, me encuentro con Priscille, la hermana de Etienne, que me recibe molesta porque ayer me di la vuelta y me fui. No la culpo; en su lugar, yo habría hecho lo mismo.

—Damian —me saluda sin rodeos, casi gruñendo.

—¿Cómo está? —pregunto, yendo al grano.

Priscille y yo nunca nos hemos llevado bien, pero desde que en una de sus visitas conoció al que hoy es su marido, la he tenido que soportar con más frecuencia.

—Igual que ayer. Claro, eso lo sabrías si hubieras entrado tú en lugar de tu padre o tu hermano —responde, visiblemente enfadada.

—¿Puedo verla? —ignoro su reproche.

Priscille duda; al final, se aparta.

—Sí, pero no la hundas más —me advierte.

Asiento, sabiendo que, pese a todo, voy a hacerlo.

Empujo la puerta, tratando de sacudirme la pesadez que me dejan sus palabras. Dentro, la habitación está iluminada. Etienne está en la cama, pálida, con el rostro vuelto hacia la ventana. Al oír la puerta, gira la cabeza y, al verme, sus labios se curvan en una sonrisa amarga.

—Te has tomado tu tiempo —suelta, cortante.

Intento ignorar sus palabras y mantenerme neutral.

—Nuestra discusión fue lo que te llevó a esto. Quería asegurarme de que estuvieras mejor antes de venir —miento, incapaz de enfrentar la verdad.

Ella suspira con desdén y vuelve a mirar por la ventana.

—¿Cómo voy a estar mejor? ¿Crees que es posible cuando sé que me estás dejando?

Me acerco y me siento al borde de la cama.

—Fuiste tú quien me dejó —respondo, reprendiéndome de inmediato: no es el momento de reproches—. Aun así, quise intentarlo… solo te pedí espacio para asimilarlo todo.

Etienne me observa y las lágrimas comienzan a asomar en sus ojos.

—¿Espacio? Creo que eres un cobarde que se larga cuando las cosas se complican.

Su acusación me cala hondo, pero no me defiendo. Solo respiro.

—No voy a seguir siendo el blanco de tu frustración. He querido ayudarte, lo he intentado, pero ya me he dado cuenta de que no soy yo quien debe hacerlo. Necesitas otro tipo de ayuda. Alguien que te haga ver que…

—¡Era mi hijo, Damian! —grita, destrozada.

—Lo sé —respondo, reprimiendo la punzada que siento al oírla decir «mi» en lugar de «nuestro»—. Nadie está preparado para algo así, Etienne, pero sucedió. Es algo que debes aceptar para poder seguir adelante.

Ella suelta una carcajada amarga.

—¿Seguir adelante? ¿Cómo haces tú?

—Piensa lo que quieras. No he venido a discutir. Sabes tan bien como yo que, después de todo, seguir juntos era… complicado, por no decir imposible. Las heridas no se sanan con un simple «lo siento» o «me arrepiento».

Etienne baja la mirada, frágil.

—Entonces, ¿ya has tomado una decisión? —pregunta con voz temblorosa.

—Creo que siempre lo supe —admito, consciente de que no hay vuelta atrás—. La verdad duele, y vivir una mentira es aún peor.

—Quieres que me vaya…

Niego de inmediato.

—No, quédate el tiempo que necesites. Yo me iré. Solo deseo que te recuperes. —Las lágrimas caen por su rostro—. Lo nuestro terminó hace meses, Etienne. Ya no podemos volver atrás. —Ella asiente, sorprendiéndome con su disposición a aceptar la situación—. Estaré aquí si me necesitas… como amiga.

Rompe en un sollozo. Me acerco y la abrazo.

—No quiero perderte —murmura, aferrada a mi pecho.

Sé que debería decir algo, pero no puedo. Solo la sostengo mientras llora, esperando que esta vez comprenda que no podemos volver a estar juntos.

# Abigail

Estoy frente al ordenador y las manos me tiemblan mientras observo la pantalla. Después de horas de trabajo, por fin lo tengo: la identidad del hombre del vídeo. Pero mi alegría se ve eclipsada por una batalla interna.

Me debato entre enviar la información a Damian para ayudar a resolver lo que sucede en Elysium o seguir las órdenes de Richard. No puedo quedarme callada.

Recuerdo una palabra clave que dijo Nassef esta mañana: discreción.

Decidido. No voy a permitir que alguien así quede impune.

¿Discreción? ¡Mis ovarios, discreción!

Busco a tientas el móvil y, sin pensarlo, marco el número de Richard. Activo el altavoz para seguir tecleando mientras hablo. El teléfono suena varias veces antes de que conteste.

—¿Abi? ¿Qué ocurre? —Su voz tiene una mezcla de preocupación y seriedad.

Respiro hondo.

—He descubierto algo, Richard... Tengo la identidad de uno de ellos. —Trato de sonar tranquila, pero la tensión se cuela en cada palabra.

Silencio al otro lado. Miro de reojo el teléfono, pensando que tal vez se ha cortado, pero sigue en línea.

—Te dije que te mantuvieras al margen —me reprende, y me sobresalto—. ¿Qué parte de «no involucrarte» no entiendes? Deja esto al FBI.

La frustración crece en mí.

—No. No pienso hacerlo. Necesito ir a casa y…

—No vuelvas a tu casa —me interrumpe—. Después del ataque, puse vigilancia en la zona. Han estado rondando por allí. No sé cómo han dado con tu identidad, pero no regreses, Abi. Quédate donde estás.

—De acuerdo. Me quedaré aquí —respondo, cediendo a regañadientes.

—Gracias —replica con sarcasmo, porque se da cuenta de que lo hago contra mi voluntad.

—Pero olvídate de que pare. Esto va a ver la luz y lo sabes. Déjame ayudar. Necesito hacerlo.

—¡Abi, maldita sea! —Richard alza la voz y me encojo. Nunca me ha gritado—. Te pedí que te mantuvieras al margen por una razón. Deja de ponerte en peligro. ¿Acaso quieres acabar como él? Piensa en Dayana.

—Richard, eso es un golpe bajo.

Enfadada, comienzo a teclear con fuerza.

No voy a abandonar.

—Y tú eres una inconsciente. Destaparlo no lo traerá de vuelta. No se trata de las mismas personas. Esto no es una venganza.

La mención de la muerte de mi padre hace que las lágrimas asomen a mis ojos.

—No, no es una venganza. Pero soy su hija y quiero que el mundo sea un poco mejor. Esa gente merece…

—¡Es una orden, Abigail! ¡Envíame el material y quédate al margen!

—Richard…

—¡Es una orden! —repite, alterado.

—Yo no recibo órdenes de nadie. Si quieres el material, ven a por él. Te pasaré la dirección.

Con suerte, podré hacerlo entrar en razón cuando estemos frente a frente. Richard es demasiado protector y se ofusca cuando las cosas se complican. No es la primera vez que pasa algo así, aunque sí la primera vez que discutimos de este modo. Normalmente, consigo convencerlo.

—Mándame un mensaje e iré cuando digas.

Cuelgo.

Un carraspeo detrás de mí me hace tensarme. Me giro despacio y me encuentro a Damian, plantado de pie, muy cerca. Me observa con atención. En sus ojos veo preguntas que no puedo responder y, sobre todo, decepción al darse cuenta de que le he ocultado algo.

El corazón se me acelera.

—Todo tiene una explicación —empiezo, pero él alza la mano para detenerme.

—No creo que la necesite. He oído suficiente —replica.

Su voz es cortante. Un nudo en el estómago me confirma que ya no sirve de nada ocultar lo evidente.

# Damian

Me quedo apoyado en el marco de la puerta, con las últimas palabras de Abi resonando en mi cabeza. La observo, sin apartar los ojos de su rostro, pálido al darse cuenta de que la he oído hablando con alguien. Me contengo. Pese a que le he dicho que no necesito explicaciones, las ansío. Quiero hacer mil preguntas, pero mi orgullo es mayor que mi curiosidad.

Abi se levanta despacio y da un par de pasos hacia mí. Le hago un gesto para que se detenga. Ella suspira.

—Creo que merezco la oportunidad de explicarme —dice, mirándome con seriedad. Veo cómo aprieta las manos a sus costados, nerviosa.

—¿Con quién hablabas? —pregunto, sin disimular mi malestar. Quiero que entienda que, aunque le dé la oportunidad de hablar, no pienso cambiar mi postura, al menos, por ahora.

—Damian, no es lo que piensas… —comienza.

—Eso ya lo has dicho —la corto.

—Es que es la verdad. Te aseguro que nada de lo que se te pase por la mente se parece a la realidad.

Niego y me paso una mano por la cara.

—¿Y qué es entonces? Por lo poco que he oído, parece que no estás aquí por el motivo que me dijiste.

Ella baja la vista, se aparta el pelo de la frente y sacude la cabeza.

—Sí lo es. Esto es… paralelo —contesta.

—Abi, quiero respuestas claras.

Por un instante, temo que se niegue. Eso es algo idiota de mi parte, puesto que está pidiéndome la oportunidad de explicarse.

—De acuerdo —accede casi de inmediato.

Pasa por mi lado y, con un gesto rápido, me indica que me siente junto a ella en el sofá.

Avanzo despacio, sin quitarle los ojos de encima. Tiene las piernas cruzadas y juega nerviosa con un mechón de su cabello.

—Mi padre… —comienza, mirándose las manos—. Mi padre era agente del FBI. Siempre quiso ser de los buenos, de esos que ayudan a las personas. Y lo hizo, hasta que un día... todo cambió.

La escucho sin interrumpir. Nunca me había hablado de su familia y la poca información que tengo es por Dayana, aunque ella tampoco suele hablar mucho de eso. ¡Joder! No sabía ni que Abi era su hermana. Debo reconocer que esto despierta aún más mi curiosidad. Me siento, pero mantengo cierta distancia con ella.

—Hubo un caso… —continúa con la voz baja y sombría. Siento un nudo en el estómago—. Un niño, Damian. Un niño del que abusaban. Su padre pertenecía a una red corrupta y le daba igual todo, incluso su propio hijo. El sentido justiciero de mi padre no le permitía ignorar algo así. Le dijeron que dejara el caso porque sería transferido a un departamento especializado, pero él se involucró más de lo debido. Investigó, hizo preguntas y consiguió información importante, hasta que… una noche, de regreso a casa, le dieron una paliza y lo mataron de un disparo.

Un escalofrío me recorre entero. Entiendo por qué no me había contado esto antes; supongo que es una herida que nunca ha cerrado y nosotros nos conocemos hace poco, pese a lo que hemos compartido. Abi levanta la vista y en sus ojos veo una mezcla de dolor y determinación.

—Por eso Dayana comenzó a boxear —explica, forzando una pequeña sonrisa triste—. Para poder defenderse si alguna vez lo necesitaba y no la tomasen desprevenida como le sucedió a él. Y yo… —Hace una pausa—. Yo empecé a trabajar con los ordenadores para ayudar a los buenos, siguiendo el legado de mi padre... pero desde las sombras, así no me expondría a seguir sus pasos.

Asiento, procesando lo que dice.

—Pero lo has hecho. Tu casa… —añado.

—Sí… — Se queda en silencio mientras nos miramos.

—¿Y quién es Richard? —pregunto, buscando una conexión entre su historia y la conversación que he escuchado.

Abi asiente y sorbe por la nariz.

—Richard era su compañero. Eran amigos desde el instituto y también es mi padrino. Cuando papá murió, él se encargó de nosotras. Mamá estaba devastada y no podía sola con todo. Nos cuidó y me enseñó muchas cosas. Ahora, además, es mi contacto en el FBI. Y sí, ya sé lo que estás pensando: me advirtió que me mantuviera al margen. Pero no puedo, Damian. No puedo quedarme sin hacer nada sabiendo que hay desalmados que actúan así.

Distingo la culpa en sus palabras, esa responsabilidad que la empuja a involucrarse más de lo que debería. La he vivido en primera persona. Permanezco en silencio, esperando a que continúe. Estoy harto de recibir la información a cuentagotas.

—En eso estamos de acuerdo —digo para romper el silencio.

—El caso en el que trabajo con Richard… —retoma, haciendo una pausa antes de mirarme de nuevo— y para el que me contrataste están entrelazados. Hay una red de abuso a menores, Damian. Muy grande, con celebridades y personas de poder detrás. Gracias a lo que hemos descubierto, también sabemos que gente de Elysium está implicada. Todo se va cerrando. También sabemos que se están desviando fondos a algún paraíso fiscal para escapar si todo explota, además de para financiar este tráfico y abuso de niños.

—Entiendo. Hay algo que me preocupa. —Ella me mira atentamente—. ¿Tienes idea de quién podría haber filtrado los datos a Nassef?

Niega. Suspiro decepcionado, porque si encontramos a esa persona, podremos interrogarlo y obtener información sobre quiénes están detrás.

—Es posible que alguien sospeche, pero no quiera señalarse.

—¿Alguien de la empresa?

—Probablemente.

—Si pudiéramos saber quién…

—Lo sé —responde en un susurro.

El aire en la habitación se vuelve denso. Mi estómago se hunde ante el peso de sus palabras. Al verme, Abi se levanta, camina hacia el ordenador y enciende la pantalla de nuevo. Sus dedos vuelan sobre las teclas hasta que la imagen del hombre del vídeo aparece pixelada.

Me acerco, intrigado.

—Quiero que veas esto —dice, con voz temblorosa.

La veo pulsar una tecla con fuerza y me quedo inmóvil, observando cómo se descubre el rostro del desgraciado.

Lo reconozco.

—No puede ser —murmuro, sintiendo cómo la rabia crece en mi interior.

No puede ser.

Me vuelvo hacia Abi, buscando alguna explicación. Pero ella solo asiente, confirmando lo que ya sé.

# Damian

Mientras las puertas del ascensor se cierran, mi reflejo en el acero pulido me muestra a alguien que intenta, sin éxito, controlar el aluvión de pensamientos que lo asaltan. La conversación con Nassef, a pesar de los días pasados, sigue latente como un eco que me persigue. Fue difícil mantener la calma mientras le contaba, con ciertas reservas, lo que Abi había descubierto. Observé su expresión impasible, aunque su tensión era evidente. Sabía que mi petición no era fácil: quedarse al margen. «Déjalos especular», le dije, sosteniéndole la mirada. «No comentes ni intentes defender lo indefendible».

Recuerdo el leve asentimiento que selló su promesa. Confío en él, pero no sé cómo reaccionará si la presión aumenta o, por mala suerte, se filtra la imagen del malnacido del vídeo. Ya le he dado el mejor consejo: silencio. Un comentario imprudente podría hundirlo, a él y a la empresa. Espero que sepa estar a la altura cuando llegue el momento.

El ascensor se detiene y, al salir, algo me pone en alerta. La puerta del ático está entreabierta. Avanzo un poco y compruebo que Abi no está sola. Hay un hombre con ella, sentado de espaldas. Es mayor, canoso, de complexión fuerte; veo que tiene el porte de alguien acostumbrado a manejar asuntos delicados.

No necesito más para reconocerlo: Richard.

Abi me ve entrar de inmediato. Su expresión me incomoda. Richard se vuelve y me mira con desdén; luego, se levanta.

—Nos vemos —le indica, dándole un beso en la coronilla.

Abi asiente y lo mira mientras él pasa junto a mí sin dedicarme una palabra. Observo cómo sale, cerrando la puerta tras de sí. El silencio que queda en la sala es ensordecedor.

—¿Qué demonios está pasando? —pregunto a la defensiva.

Abi suspira.

—El FBI va a intervenir en Elysium —dice, con un leve temblor en la voz—. Quieren arrestar a varios socios; hay más implicados de lo que esperaban.

—¿Qué? —No doy crédito.

—Damian… es que…

—¿Dónde cojones queda eso de «vamos despacio» y «queremos estar seguros»? —protesto.

—Van a destapar el caso de corrupción; el de abuso sigue en proceso. Están esperando el momento adecuado para pillarlos con las manos en la masa.

—Efecto dominó —concluyo.

Asiento, porque conozco y entiendo la estrategia.

—¿Y Nassef? Es inocente, Abi. No pueden meterlos a todos en el mismo saco. Hay que avisarlo.

Ella niega con la cabeza. Su mirada es firme, aunque refleja el conflicto que mantiene.

—No podemos, Damian. Si lo hacemos, podría delatarnos y dar la voz de alarma al resto. No podemos confiar en que se quede quieto, sabiendo quién está detrás.

—No se lo diremos —aseguro.

—Lo siento, esta información no puede salir de aquí, es confidencial. Ni siquiera tú deberías

conocerla, pero… —agacha la mirada— no podía dejarte al margen. Si Nassef es inocente…

—Lo es —aseguro.

—Si lo es, no tiene nada que temer.

Asiento, pese a no estar de acuerdo. No estoy conforme, pero sé que tengo las manos atadas. La rabia me consume, junto con el miedo a perderlo todo. La abrazo y noto que ella me sostiene más fuerte de lo normal. Entonces, me doy cuenta de que hay algo que no me ha contado.

—¿Qué me ocultas, Abi?

Suspira, indecisa.

—Han vuelto a entrar en mi casa. Me están siguiendo y las amenazas no cesan. No te lo he dicho antes porque no quería preocuparte, pero… las cosas se están complicando.

Me separo y empiezo a caminar en círculos.

—¡¿Qué mierda me estás diciendo?! ¡Maldita sea, Abi! ¡¿Qué pensabas, que podías con todo tú sola?! ¿Otra vez?

Me mira, con tristeza y desafío en los ojos, como si admitiera su culpa, pero sin arrepentirse del todo.

—Damian... —comienza.

—No. No te atrevas a justificarte —respondo, sin dejarla continuar. Doy un paso hacia ella, que sigue quieta.

Se muerde el labio y baja la mirada hacia la puerta. Sigo el rumbo de sus ojos y veo la mochila en el suelo.

—¿Qué cojones…?

—Tengo que irme. Richard me está esperando.

—¡¿Qué?!

—Sería imprudente que te relacionaran conmigo. Eres el abogado de Elysium y yo…

Avanza unos pasos y se detiene a mi lado. Cabreado, desvío la mirada hacia cualquier punto. Estoy demasiado enfadado para enfrentarla. Aprieto los dientes y los puños.

—Cuídate, Damian —susurra antes de agacharse a coger la mochila.

Me quedo quieto, viendo por el rabillo del ojo cómo se aleja. Mi mente me grita que la deje ir, pero algo en mi interior se rebela. No puedo dejar que se marche así.

Antes de que cruce la puerta, la sujeto del brazo. Se detiene, sorprendida. Ambos guardamos silencio.

—Espera. —Mi voz suena más suave de lo que pretendía. Carraspeo para recuperar el control —. No te vayas así.

Abi sonríe con ese brillo travieso en la mirada que tanto me gusta.

—Vaya, nunca pensé que fuera de los que suplican, señor Blackwood.

—Solo si te vas sin despedirte como se debe —respondo, deslizando mis manos hasta su cintura y dejando caer la mochila al suelo.

La atraigo hacia mí. Ella sonríe traviesamente y juega con mi corbata. Siento su respiración acelerada sobre mi pecho.

—Damian, tengo que irme —susurra, pero sus ojos, clavados en mi boca, me dicen lo contrario.

—Lo sé.

Su mano deja de juguetear y se queda quieta sobre mi torso. Aunque parece despreocupada, noto que tiembla.

—Abi…

—No me mires así —me pide en voz baja, dejando ver que su juego es solo una fachada.

—Vamos a vernos pronto —afirmo, apoyando mi frente contra la suya.

Ella cierra los ojos, respira hondo y acaricia mi mandíbula.

—Por supuesto. No te vas a librar de mí tan fácilmente, abogado.

—Eso espero.

Abi suelta una risita tensa y ya no puedo contenerme. La beso con urgencia, queriendo que este beso exprese todo lo que me callo por miedo a reconocer la magnitud de lo que compartimos. Abi responde con pasión y, al separarse, sonríe casi desafiante.

—¿Ves? Solo es un hasta luego, Damian —susurra.

La observo alejarse hasta la puerta, que se cierra tras ella, dejándome solo, con el corazón acelerado y la mente en caos, atrapado en sentimientos que no sé cómo manejar.

# Abigail

El operativo del FBI fue rápido y preciso, tal como Richard prometió. Arrestaron a todos los socios presentes y emitieron órdenes de captura para los que lograron escapar. La prensa se abalanzó sobre la noticia, creando titulares sobre fraudes y paraísos fiscales que rodeaban Elysium. Sin embargo, nadie sabe lo que realmente se oculta tras todo esto.

Hace tres semanas que dejé a Damian, el mismo tiempo que llevo encerrada en este piso franco bajo la vigilancia del FBI. Desde aquí, observo cómo la verdad va saliendo a la luz y, aunque debería concentrarme en el caso, no puedo evitar pensar en él y en cómo estará lidiando con la traición que se aproxima para Nassef. Aunque nunca le he escuchado decirlo, sé que lo considera casi como un amigo, ya que comparten mucho más que el trabajo.

Nunca pensé que lo echaría tanto de menos y que mis sentimientos por él se escaparían de esta manera. No es solo deseo, es mucho más.

Mientras miro la ciudad desde la ventana, recapitulo lo ocurrido después de mi partida, que se ha convertido en mi única distracción. Confío en que Damian cumpla su promesa de no alertar a Nassef, quien también ha sido llevado a declarar. Por lo que he oído, nunca sospechó nada, demasiado centrado en su trabajo para prestar atención a los movimientos de sus socios.

No sé si ya se habrá enterado de los implicados; nadie del FBI me ha dicho nada, ni tampoco la prensa. Eso será un verdadero golpe para él, además de un escándalo para el mundo de la moda. Uno de los hermanos de Nassef, junto a su tío y un primo, son los principales responsables de este imperio de corrupción. Pero lo peor será cuando descubra que su propio hermano es el que aparece en el vídeo.

¿Cómo se enfrenta uno a eso?

El FBI espera pacientemente a que caigan los demás implicados; Richard me explicó que debo mantenerme alejada hasta que esto termine. «Cualquier error ahora y todo se irá al traste», me dijo con seriedad.

Aun así, se lo conté a Damian, porque la idea de que estuviera al margen me hacía sentir mal. Richard, tras enfadarse al principio, terminó entendiéndome, consciente de que ya era tarde para enojos.

Un ruido en el pasillo me saca de mis pensamientos. Richard entra con su habitual aire impasible.

—Veo que todo ha salido según lo previsto —comento, intentando sonar más tranquilade lo que me siento.

Él asiente, cruzándose de brazos tras dejar el almuerzo sobre la mesa.

—Esto es solo el principio, Abi. Cuando salgan a la luz todos los nombres, las cosas se pondrán aún más feas.

—¿Y Nassef? —pregunto, incapaz de contenerme—. Damian me juró que no estaba implicado.

Richard me observa un momento antes de responder.

—Por ahora, está limpio. Pero cuando se destape lo de su familia, tendrá que decidir de qué lado está. Y eso no es fácil. Si quiere limpiar la imagen de los Al-Fahd…

—Damian tendrá que hacerlo, Richard. No es tan simple como posicionarse de un lado u otro. Es su trabajo.

Mi padrino asiente, con una mirada casi compasiva.

—Por eso, tendrás que decidir si estás dispuesta a ver cómo se hunde con ellos.

Asiento lentamente, comprendiendo lo que implica.

Después, comemos en silencio. No tengo ganas de charlar, aunque tampoco de comer, pero lo hago solo por agradecerle el *risotto* de mi italiano favorito. Richard se va, dejando mi mente revuelta en dudas y suposiciones.

Damian, con su integridad y su sentido del deber, no debería verse atrapado en algo tan sucio. Pero sé que si Nassef le pide ayuda, sentirá la presión de aceptar. No quiero que tenga que elegir entre lo correcto y su lealtad, y mucho menos que esa decisión lo destruya.

Camino inquieta por el apartamento, intentando concentrarme, pero mi mente vuelve una y otra vez a él y a cómo estará con todo esto. Me frustra no poder estar a su lado, pero el FBI fue claro: debo mantenerme al margen hasta que la investigación termine, sin saber cuánto tardará.

Sin embargo, lo único que deseo es regresar.

# Damian

El ascensor se detiene y, cuando las puertas se abren, Richard y yo intercambiamos una última mirada. No hace falta decir nada: ha violado las reglas para traerme aquí. Veo en sus ojos cansados que comprende lo que esto significa para ambos.

—Gracias —le digo, aunque no sé aún por qué no soy santo de su devoción.

Camino hacia la puerta, que parece retroceder mientras acorto la distancia. Richard se queda atrás, dándome espacio. Ni siquiera yo sé con exactitud dónde estamos, ya que me ha traído con los ojos vendados hasta el ascensor. Pero, sinceramente, no me importa. Solo quiero verla.

Abi está bajo estricta vigilancia. Nadie, salvo los cuatro agentes asignados, conoce su paradero. El FBI teme por su seguridad y Richard, protector como siempre, no se arriesga. Desde el principio me dejó claro que no puede haber conexión entre nosotros: soy el abogado de Elysium y cualquier vínculo comprometería su identidad. Hoy es una excepción, la primera y la última, como me ha dicho. La prensa vigila cada paso y si alguien nos descubre, todo se vendría abajo.

Al llegar a la puerta, lo miro de reojo. Richard asiente, con una mezcla de advertencia y aprobación en su expresión. Respiro hondo y toco. La espera parece eterna hasta que por fin escucho pasos acercándose. La puerta se abre y ahí está Abi. Me observa sorprendida, como si dudara de que soy yo quien está frente a ella. La veo más delgada, con sombras bajo los ojos, pero sigue siendo la misma que me hace perder la cabeza.

—Damian... —murmura, su voz apenas es audible.

No espero más. Entro, y en cuanto la puerta se cierra, se lanza hacia mí, rodeándome el cuello con los brazos, aferrándose como si temiera perderme. Susurra mi nombre varias veces. La siento temblar contra mi pecho y la envuelvo con más fuerza.

—Abi… —pronuncio, queriendo decirle tanto que las palabras se me atascan en la garganta.

Sus manos me acarician mientras su respiración se entrecorta. Me empuja suavemente hacia atrás, hasta que sus labios rozan los míos con esa urgencia que me vuelve loco. Mis manos le recorren espalda, memorizando cada parte de ella. Entre nosotros, el silencio lo dice todo.

—Te he echado de menos —afirma, con la voz quebrada.

—Yo también —respondo, estrechándola más contra mí.

Mis manos buscan su rostro, levantándolo para que nuestros ojos se encuentren.

—Vaya, señor Blackwood, veo que esto no es solo una visita de cortesía —suelta, acariciando la evidencia de mi deseo.

Me río y la beso con intensidad; se pega a mí hasta que el aire queda atrapado entre nosotros.

—Ya hablaremos luego —dice, mientras sus manos se deslizan bajo mi chaqueta y la deja caer al suelo.

En un movimiento ágil, se sube a mis caderas.

—Allí —señala el pequeño pasillo, divertida.

Me río, porque no hay mucha pérdida en un apartamento tan pequeño. La llevo al dormitorio sin separar nuestras bocas y nos dejamos caer sobre la cama. Abi se posiciona a horcajadas.

La vuelvo a besar, esta vez más despacio y profundo.

—Cuando todo esto termine... —empieza.

—Vas a ser mía cada noche. Te lo prometo —le digo, sin dudar.

Nos besamos de nuevo y el resto del mundo desaparece. Solo estamos ella y yo. No estamos dispuestos a desperdiciar el tiempo que nos han regalado.

Abi desliza sus dedos por mi camisa, desabrochándola con una lentitud exasperante, que contrasta con la urgencia que siento. Su sonrisa traviesa me desarma mientras pasea los labios por mi cuello, dejando un rastro de besos húmedos que encienden cada nervio de mi cuerpo.

—Más rápido, Abi —gruño, incapaz de contener la impaciencia.

—Paciencia, señor Blackwood —responde, con la voz cargada de provocación.

Pero accede. Me incorporo y desliza la camisa por mis hombros antes de lanzarla al suelo.

Me aferro a sus caderas, guiándola para que se frote contra mí. El roce de su cuerpo contra el mío me hace perder la poca cordura que me quedaba. Deslizo las manos bajo su blusa, levantándola despacio, hasta que la prenda queda olvidada junto a mi camisa.

Abi se inclina hacia adelante y nos besamos a la par que juega con el cinturón de mis pantalones. La dejo tomar el control por un momento, disfrutando de la manera en que su confianza se mezcla con su deseo. Cuando finalmente logra deshacerse de ellos, la invierto con un movimiento rápido, posicionándome sobre ella.

—No pienso quedarme atrás —murmuro con una sonrisa ladina, dejando que mis manos bajen por sus costados.

Le recorro la clavícula con la lengua y voy descendiendo mientras mis manos exploran cada centímetro de piel que encuentro. Sus gemidos suaves me animan a continuar. Mis labios encuentran sus pechos, y me tomo mi tiempo, disfrutando de su reacción mientras mi lengua traza círculos lentos alrededor de sus pezones antes de capturarlos con mi boca.

Abi arquea la espalda, presionándose contra mí. Mis manos descienden hasta el borde de sus pantalones cortos. Los deslizo, dejando al descubierto sus muslos mientras mi respiración se acelera al verla así, tan hermosa, tan mía.

—Me vuelves loco —murmuro.

Me rodea con sus piernas, atrayéndome mientras mis dedos encuentran su centro y juguetean un poco en su entrada. Muevo mis dedos en círculos, trazo líneas imaginarias, hasta que sucumbo a sus súplicas y empiezo a explorarla mientras mi boca sube de nuevo a sus pechos.

—Damian... —jadea.

La intensidad entre nosotros crece, cada caricia, cada beso nos lleva más lejos. Cuando finalmente la penetro, nuestros cuerpos se mueven al unísono. Cada embestida está cargada de emoción y deseo. Abi se aferra a mí y noto cómo su cuerpo tiembla bajo el mío mientras alcanzamos juntos el éxtasis.

Nos desplomamos sobre la cama, con la respiración aún desbocada. La abrazo con fuerza, sabiendo que este momento tendrá que valernos hasta que podamos volver a estar juntos. Pero, por ahora, no pienso en el mañana, solo en lo mucho que me importa y en cómo haré todo lo posible para que este no sea nuestro último momento juntos.

# Epílogo

De pie frente al ventanal de mi oficina, observo cómo el cielo se oscurece sobre la ciudad. El día ha sido largo y la tormenta que se avecina parece un eco de lo que hemos pasado en el último año. Es difícil creer que hayamos llegado hasta aquí, y sé que las cicatrices de este caso nos acompañarán mucho después de que los titulares se apaguen.

El caso explotó como una bomba, dejando un caos a su paso. Los estafadores y abusadores implicados en actividades ilícitas están tras las rejas, enfrentándose a cargos que aseguran que no volverán a pisar la calle. La red de lavado de dinero fue tan compleja que incluso los auditores más veteranos quedaron perplejos. Lo más repulsivo fue ver lo involucrados que estaban el hermano, el tío y el primo de Nassef.

Aún recuerdo su reacción al descubrir que su propia familia estaba en el centro de todo, moviendo los hilos. No sabía nada, tanto, que ni siquiera se percató, hasta que fue tarde, de las desapariciones ni del paradero de los socios que huyeron antes del escándalo. Comprobar que su hermano mayor era uno de los cabecillas lo destrozó. Pero en lugar de quedarse en la sombra, actuó. Se puso del lado de la justicia, decidido a destapar la red y asegurarse de que todos pagaran. Fue él quien me convenció de que era necesario alejarme de Elysium para proteger el apellido Blackwood. Pero no lo hice; no por proteger mi empleo, sino porque su integridad merecía mi apoyo. Juntos transformamos Elysium, librándola de la corrupción.

La justicia hará el resto. Aunque el proceso es largo, estamos seguros de que el desenlace será el que merecen. La red de explotación de menores está destruida y eso es lo que importa.

Ahora, Abi y yo estamos juntos, y no nos hemos separado desde que nos vimos por primera vez tras la investigación. Aquella noche fue un cúmulo de emociones: alivio, deseo, amor. Nos instalamos en mi casa en Forest Hills y, por primera vez, vivimos en paz.

Etienne ya no forma parte de mi vida. Se fue a París con sus padres después de confesarme que el niño que perdió no era mío. Fue duro escucharlo, pero también liberador; cerró un capítulo de mi vida que nunca estuvo bien escrito. Etienne y yo no estábamos destinados a estar juntos y, por fin, ambos podemos seguir adelante.

Los malnacidos que destrozaron la casa de Abi eran chavales a los que les pagaron una gran cantidad de dinero por ello. Las amenazas, sin embargo, provenían de esferas más altas; nunca supimos exactamente quién fue el responsable. Sospechan que eso fue obra de alguien externo, aunque nada es seguro. El vídeo que recibió Nassef y los datos de los movimientos sospechosos de dinero fueron enviados por un periodista, a quien se lo hicieron llegar con la condición de que pusiese a Nassef al corriente. Fue uno de sus primos quien se encargó de ello, sospechando de las actividades de su hermano y su padre. Prefirió no arriesgarse y no contárselo a nadie, en definitiva, comprobar la reacción de Nassef para saber si estaba dentro o no. En cuanto se supo que era inocente, se delató ante su primo y le confesó la jugada.

El sonido de la puerta me saca de mis pensamientos. Al girarme, veo a Abi. Se apoya, en el marco con su sonrisa traviesa luciendo.

—¿Qué piensas? —pregunta, con un tono casual pero cargado de significado.

—En ti, por supuesto. —Le sonrío mientras me acerco.

—Vaya, no sabía que seguirías siendo tan meloso después de tres meses viviendo juntos —me dice, levantando una ceja.

—Ya sabes que soy de extremos.

Se ríe; esa risa sigue excitándome y dejándome a su merced. La tomo de las manos, envolviéndolas entre las mías.

Abi ha dejado atrás sus actividades como hacker, al menos por ahora, y trabaja en ciberseguridad para una empresa que colabora con Elysium y otras muchas más empresas. Quién lo diría: la misma persona que se escondía en las sombras ahora brilla en un entorno legal.

—¿Qué te parece si lo celebramos esta noche? —le susurro, bajando el rostro para besarle el cuello.

—Celebrar ¿qué exactamente?

—Que estamos juntos. Que ya no tengo que dejarte ir cada vez que aparece un problema. Que puedo encerrarte en casa si me apetece —bromeo, soltando una carcajada.

—¿Encerrarme? Uh… ¿y atarme?

—Con la corbata. —Le guiño un ojo y ella tuerce el gesto, traviesa, mientras la toma entre sus manos. Seguro que se está imaginando la escena.

—Qué atrevido te has vuelto, abogado.

—Tú, que te empeñaste en sacar mi lado oscuro.

La acerco a mí. Sus manos suben hasta mi cuello y, en ese instante, los juicios, los titulares, las noches de insomnio... desaparecen y solo estamos nosotros dos en esta burbuja que al fin nos pertenece. No necesitamos palabras; sabemos lo que significamos el uno para el otro y lo que hemos pasado para estar aquí.

—Sabes que no puedo prometer que me portaré bien todo el tiempo, ¿verdad? —dice, sonriendo y haciendo que arda por dentro.

—No esperaría menos de ti, Abi. De hecho, cuento con ello.

Su risa es suave, casi inaudible, pero para mí es lo más perfecto del mundo. Abi es luz y sombra, caos y calma. Y juntos somos el tándem perfecto.

# FIN

# Nota de autora

Espero que te haya gustado la historia de Damian y Abi, la segunda de la serie de los hermanos Blackwood. Por supuesto, no será la última, ya que todos están deseosos por contar la suya. Si no has leído la primera, puedes encontrarla en Amazon, tanto a través de mi nombre, Layla Knox, como por el título de la novela, *Ethan. Lujuria y redención*.

Si te ha gustado, te agradecería que la valorases en Amazon, así me ayudas a llegar a más lectores que, como tú, quieren disfrutar de historias como estas.

Gracias por contribuir a que este sueño de ser escritora se haga realidad.

# Biografía

Layla Knox es apasionada de la literatura desde pequeña. Después de mucho pensárselo, decidió escribir la historia de los hermanos Blackwood. Actualmente escribe desde un rincón de casa, donde intenta buscar paz, algo difícil con sus dos hijos. Aun así, siempre logra encontrar ese instante para calmar la ansiedad de sus dedos y ponerse a teclear.

Fiel a su género preferido, se ha lanzado a escribir romance, esperando de todo corazón que todas las historias que tiene en mente sean bien recibidas y logren ver la luz algún día, y que, sobre todo, emocionen a lectores como tú.